

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXIV

Nº 10

NOVIEMBRE 2011



NUESTRA PORTADA:

RETABLOS DE LA CATEDRAL DE OURENSE

Capilla del Rosario. Representación en relieve y pintura del Misterio del Rosario. Retablo de Juan de Angés, siglo XVI, y pintura de Arnao Leytao. Figuras de los beatos Sebastián Aparicio y Juan Jacobo Fernández.

Director: MANUEL EMILIO RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense (Sede vacante)

Año CLXXIV

Noviembre 2011

Nº 10

SUMARIO

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Nombramientos 985

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Discurso Inaugural de la XCVIII Asamblea Plenaria de la CEE 989

Palabras de salutación de Mons. Renzo Fratini, Nuncio Apostólico, a la XCVIII Asamblea Plenaria 1003

Acción de gracias y exhortación después de la JMJ 1004

Nota de prensa final de la XCVIII Asamblea Plenaria de la CEE 1008

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Angelus 1017

Audiencias 1023

Discursos 1041

Homilías 1051

Mensajes 1061

Viaje Apostólico a Benín (18-20 de noviembre de 2011) 1063

CRÓNICA DIOCESANA

Noviembre 979

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

NOMBRAMIENTOS

Con fecha **1 de noviembre de 2011**, el Sr. Administrador Apostólico de la Diócesis de Ourense, Monseñor D. Luis Quinteiro Fiuza, ha tenido a bien realizar los nombramientos del **Rvdo. D. Luis Martín Fernández Rodríguez** como Administrador parroquial de Santa Mariña de Congostro y del **Rvdo. D. Félix Álvarez Rodríguez** como Administrador parroquial de Santa María de Pontefechas.



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Discurso Inaugural de la XCVIII Asamblea Plenaria de la CEE

(Madrid, 21/25-11-2011)

Queridos Hermanos Cardenales, Arzobispos y Obispos, Señor Nuncio, colaboradores de esta Casa, señores y señoras:

La Asamblea Plenaria de nuestra Conferencia Episcopal comienza hoy, según el calendario previsto, su nonagésima octava reunión ordinaria. Al tiempo que agradezco a nuestro Señor que podamos encontrarnos una vez más para ayudarnos en nuestro servicio al Pueblo de Dios, doy a todos los Hermanos obispos la más cordial bienvenida y saludo con todo afecto a quienes nos acompañan en esta sesión inaugural.

Deseo comenzar notando que se encuentra por primera vez entre nosotros el señor obispo de Huesca y de Jaca, Mons. D. Julián Ruiz Martorell, consagrado el día 5 de marzo en la catedral oscense; y también el señor obispo de Tarazona, Mons. D. Eusebio Hernández Sola, consagrado el 19 de marzo en Veruela. Para ellos, nuestra más cordial enhorabuena y nuestras oraciones. Mons. D. Rafael Zornoza Boy ha tomado posesión de la diócesis de Cádiz-Ceuta el pasado día 22 de octubre. En

comendamos al Señor la nueva misión que le ha sido confiada. En las manos del Padre de las misericordias y de todo consuelo, ponemos el alma de los dos Hermanos que han muerto en estos meses: el obispo, emérito, de Guadix, Mons. D. Juan García-Santacruz Ortiz, fallecido el 12 de marzo, y el arzobispo, emérito, de Valencia, cardenal D. Agustín García-Gasco Vicente, fallecido el 1 de mayo en Roma. Descansen en paz.

I. “Una verdadera cascada de luz”: la JMJ Madrid 2011

Comenzamos nuestros trabajos de esta Asamblea de otoño, cuando todavía no se han apagado los ecos de la sonora riada de jóvenes de todo el mundo que el pasado mes de agosto se dieron cita en Madrid, respondiendo a la llamada que Su Santidad el papa Benedicto XVI les había lanzado desde Sydney en 2008. Acudieron por centenares de miles, contentos de venir a la gran fiesta de la Jornada Mundial de la Juventud, deseosos de encontrarse con sus coetáneos del orbe católico y de celebrar su fe en Jesucristo en esa asamblea tan especial que es la Jornada Mundial de la Juventud, sin avergonzarse en absoluto de mostrar ante el

mundo entero su pertenencia al Señor y a la Iglesia.

Madrid y España entera quedaron gozosamente sobrecogidas; en particular, nuestras comunidades eclesiales: ¡hay una juventud de hoy, alegre, educada, sacrificada, expansiva y comunicativa que es Iglesia al cien por cien! ¡Es posible transmitir la fe a las nuevas generaciones! Mejor dicho: ¡son los mismos jóvenes quienes se han convertido en evangelizadores de sus compañeros y de los mayores! De este modo somero, podemos describir los efectos más externos y generales de aquella gracia extraordinaria, de un valor espiritual y pastoral inmenso -¡incalculable!- que ha sido la XXVI Jornada Mundial de la Juventud no solo para Madrid, para las diócesis de su provincia eclesial y para todas las diócesis de España, sino también, sin duda alguna, para toda la sociedad española.

1.- Preparación espiritual, pastoral y apostólica

Antes de la semana del 18 al 20 de agosto -cuando tuvo lugar, propiamente hablando, la JMJ- la Iglesia que peregrina en España vivió un intenso proceso de preparación espiritual, pastoral y apostólico, acompañado por la necesaria organización técnica y de comunicación social. Recordemos los momentos más sobresalientes de esa preparación.

En primer lugar, hay que mencionar la peregrinación de la Cruz de las

Jornadas Mundiales y del Icono de la Virgen por toda la geografía española a lo largo de dos intensos años. El camino comenzó en Roma, el domingo de Ramos de 2008, cuando los jóvenes y el arzobispo de Sydney, sede de la anterior Jornada Mundial, hicieron entrega de la Cruz y del Icono a los jóvenes y al arzobispo de Madrid, en presencia del Papa. Allí arrancó su recorrido por todas las diócesis de España, a partir de las de Madrid. Vosotros, queridos hermanos en el episcopado, sabéis bien lo que supuso aquella peregrinación. Muchos habrían deseado que la Cruz y el Icono se hubieran podido quedar por más tiempo. Su presencia fue ocasión para un espléndido testimonio público de la fe, para la adoración orante y para la penitencia que sigue a la conversión; todo protagonizado por los jóvenes de las diversas comunidades diocesanas, que participaron en los actos con un fervor y afluencia desconocidos, junto con padres, educadores y sacerdotes.

En segundo lugar, no podemos dejar de mencionar la caudalosa corriente de oración e intensa plegaria que surcó sin parar los campos de nuestras Iglesias diocesanas en aquel tiempo de preparación. Ocupan aquí un lugar eminente las comunidades de religiosas contemplativas de toda España, pero tampoco se pueden olvidar tantas y tantas comunidades parroquiales, asociaciones piadosas, de apostolado, etc.; y tantas almas, que presentaron en escondido su oración al Padre, haciendo ofrenda personal de sus vidas por los frutos de la Jornada Mundial de la Juventud.

Solo Dios sabe los nombres de todos ellos. Pero estamos seguros de que sin el fluir de la oración y del sacrificio así ofrecidos no hubiera sido posible el acontecimiento de gracia que se nos ha dado vivir.

En tercer lugar, ya a las puertas de la semana culminante de Madrid, tuvieron lugar los llamados “Días en las Diócesis”. Fueron días en los que las comunidades diocesanas pudieron recoger los frutos de maduración interior y de compromiso apostólico a los que había conducido la peregrinación previa de la Cruz y el Icono de la Virgen por toda España, cuando llegó el momento de acoger a jóvenes peregrinos venidos de todos los puntos del planeta, en número cercano a los doscientos mil. A estos jóvenes, se les ofreció la posibilidad de un encuentro vivo con la historia y la realidad presente de la Iglesia en las distintas ciudades y lugares de España, con sus parroquias, familias, jóvenes, etc. Las comunidades locales, que con tanta generosidad abrieron sus puertas a los peregrinos, se vieron agraciadas, en un ejemplar intercambio de dones, con el entusiasmo de quienes llegaban dispuestos a celebrar la fiesta de la fe, vivida y proclamada en la comunión de la Iglesia católica, celebrada en los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía y manifestada y verificada en la fraternidad y la amistad compartida. Todo ello contagió ya en aquellos días a muchos pueblos y ciudades de la alegría de la vida cristiana, públicamente expresada, y les ayudó a redescubrir en su propia casa la riqueza humana del impagable tesoro de la fe en

Jesucristo. Parecía como si el lema de la JMJ 2011 -“Arrraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”- brillase ya por toda la geografía española, vertiendo su luz bienhechora sobre todos, especialmente sobre los jóvenes.

2. Y llegamos a la semana de la JMJ en Madrid

a) Para ir a lo esencial de lo acontecido en los días de la JMJ, nada mejor que las mismas palabras pronunciadas por el Santo Padre, el papa Benedicto XVI, en la audiencia general del miércoles 24 de agosto, en Castelgandolfo, cuando hizo un primer balance de los que él calificaba como «extraordinarios días transcurridos en Madrid para la Jornada Mundial de la Juventud». «Fue, y lo sabéis -decía- un acontecimiento eclesial emocionante. Cerca de dos millones de jóvenes de todos los continentes vivieron, con alegría, una formidable experiencia de fraternidad, de encuentro con el Señor, de compartir y de crecimiento en la fe: una verdadera cascada de luz».[01]

Efectivamente, eso fue lo esencial que vivimos en aquellos días inolvidables y lo que hemos podido comprobar por nuestra propia vivencia pastoral de los mismos: ¡un acontecimiento eclesial emocionante, una experiencia festiva y un echar raíces en el Señor!

Fue un acontecimiento eclesial emocionante, porque pocas veces se tiene la ocasión de poder vivir así, en toda su plenitud católica, la comunión de tan-

tos, de todos en la Iglesia con quien es su Cabeza y Pastor visible, el Sucesor de Pedro y Vicario de Cristo. Pocas veces se tiene la experiencia de que tantos pastores, con tantos fieles, hagan visible en torno a Pedro la comunión católica: no anduvieron lejos del millar los obispos llegados de todo el mundo; y fue notabilísimo el número de sacerdotes, cercano a los catorce mil. Fueron también muchos consagrados y guías de la juventud los que acompañaron a los jóvenes en esta magna asamblea. No hay duda: los jóvenes son los protagonistas de la JMJ. Pero la JMJ no ha sido una concentración azarosa y amorfa; la JMJ ha sido una gran asamblea de comunión eclesial. Los números no valen solo de por sí: no se trata antes que nada de enumerar grandes cifras. Lo importante ha sido la cualidad eclesial de los grandes números. Lo emocionante ha sido el buen ser Iglesia de tantos y tantos jóvenes en torno a Pedro, con sus pastores y con sus educadores en la fe, poniendo de relieve que la Iglesia, en su comunión jerárquica, es un don inapreciable de Dios para la humanidad.

La Jornada fue una experiencia festiva: sencillamente, ¡una Fiesta, con mayúscula! Porque hizo aflorar desde el fondo de tantas almas jóvenes la inconfundible verdadera alegría de la fe: esa que es posible vivir en la generosidad del sacrificio y en las contrariedades personales y sociales e incluso en la persecución; porque es la alegría que brota del existir personal en Cristo, en quien se ha encontrado al Hermano, con quien somos hijos del

Padre; al Amigo, que da su sangre redentora por nosotros y nos fortalece con su Espíritu; al Señor, a quien es posible consagrar por entero la vida y la muerte. El encuentro con Cristo se celebra festivamente en el sacramento del perdón y en la participación activa en la mesa del sacrificio eucarístico. En este contexto, la consagración que el Papa hizo de los jóvenes al Sagrado Corazón de Jesús, ante la custodia, en la Vigilia de Cuatro Vientos, adquirió un relieve y una fuerza totalmente única: «mira con amor a los jóvenes aquí reunidos -rogaba el Papa-. Han venido para estar contigo y adorarte. Con ardiente plegaria los consagro a tu Corazón para que, arraigados y edificados en ti, sean siempre tuyos, en la vida y en la muerte».[02]

La JMJ, en fin, si fue una emocionante experiencia eclesial y una fiesta perfecta es porque ha pivotado sobre la edificación de la vida de los jóvenes en Cristo, piedra angular de todo el edificio. Todo tiende en la JMJ a ese fin. En la Misa de inauguración de la Jornada, el obispo diocesano de Madrid, al dar la bienvenida a los jóvenes, centró su homilía precisamente en este punto, en el que se halla «la clave del éxito de toda Jornada Mundial de la Juventud», es decir, en «dejarse encontrar por Él», [03] por el Señor. Se celebró la Misa de la memoria del beato Juan Pablo II, el providencial iniciador de las Jornadas Mundiales, un “valiente de Cristo” a quien nada pudo apartar de su amor, hecho en el que radica el secreto de la confianza que los jóvenes

le otorgaron y el amor de él por los jóvenes, a quienes no dudó en desafiar en nombre de la Verdad salvadora del Evangelio, que es Cristo mismo.

En esa dirección, fueron también las catequesis que los obispos de todo el mundo impartieron en las más variadas lenguas de la tierra en cerca de trescientos lugares: iglesias y otros grandes espacios. La afluencia de los jóvenes fue masiva. Las comunidades que los acogieron quedaron edificadas por la devoción, la alegría y la dedicación con la que tantos chicos y chicas escuchaban la explicación multiforme del lema de la Jornada: "Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe". Escuchaban, compartían y celebraban la eucaristía todos los días.

El sacramento de la reconciliación se celebró esos días por todo Madrid, Alcalá y Getafe, convertidas en un gran templo de templos. Pero tuvo especial significado la "Fiesta del Perdón", como se llamó a la celebración continuada y plurilingüe de confesiones en el parque del Retiro, transformado en lugar abierto para el encuentro con el Amor misericordioso de Dios.

Naturalmente, los encuentros y las celebraciones con el Santo Padre constituyeron los momentos culminantes, que abrieron el espacio litúrgico, piadoso y espiritual para el gran sí a Cristo: el personal e íntimo y el público y manifiesto, delante de los ángeles y de los hombres: ¡delante de todo el mundo! Recordémoslos brevemente.

b) Benedicto XVI fue acogido por los jóvenes en la emblemática plaza madrileña de Cibeles, después de que también el pueblo de Madrid le hubiera tributado un recibimiento masivo, cálido, emotivo y entusiasta en su recorrido por las calles de la ciudad desde el aeropuerto de Barajas a la Nunciatura y, de nuevo, desde la Nunciatura hasta la Puerta de Alcalá. En medio de la incontenible emoción de aquel primer encuentro, el ambiente se llena de gestos simbólicos, y la música, bella y festiva, elevaba los espíritus. En la liturgia de la Palabra, el Papa, glosando la parábola de la casa edificada sobre roca (cf. Mt 7, 24-27), invitó sin rodeos a los jóvenes: «Sed prudentes y sabios, edificad vuestras vidas sobre la roca firme, que es Cristo». «Él no enseña lo que ha aprendido de otros, sino lo que Él mismo es, el único que conoce de verdad el camino del hombre hacia Dios». [04] Ese es el camino de la felicidad y de la libertad -les recordaba- no el de creerse dioses que «desearían decidir por sí solos lo que es verdad o no». [05]

En el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, el Papa sostuvo sendos encuentros con religiosas y profesores universitarios jóvenes. El entusiasmo fue indescriptible en ambos casos. El Santo Padre les emplazó a vivir a fondo su vocación, con fidelidad generosa a Jesucristo y a la Iglesia. A ellas, les recordó que la radicalidad evangélica de la vida consagrada «significa ir a la raíz del amor a Jesucristo, con un corazón indiviso, (...) con una pertenencia

esponsal como la que han vivido los santos». Lo cual «cobra una especial relevancia hoy, cuando se constata una especie de eclipse de Dios».[06] A los profesores les animó a ejercer como verdaderos maestros, hablándoles de que su tarea de universitarios consiste en la búsqueda de la verdad, antes que de la eficacia instrumental; y de que la verdad es inseparable del bien. Por eso les dijo- «no debemos atraer a los estudiantes hacia nosotros mismos, sino encaminarlos hacia esa verdad que todos buscamos; (...) a Cristo, en cuyo rostro resplandece la Verdad».[07]

El Santo Padre presidió el ejercicio del viacrucis que, en la tarde del viernes, discurrió, en medio de un gran silencio, entre las plazas de Colón y Cibeles. Al final, invitaba a los jóvenes a llenarse del amor a Cristo, para entregarse, con Él, al amor a los hermanos: «La pasión de Cristo nos impulsa a cargar sobre nuestros hombros el sufrimiento del mundo, con la certeza de que Dios no es alguien distante o lejano del hombre y sus vicisitudes. Al contrario, se hizo uno de nosotros para poder compadecer Él mismo con el hombre, de modo muy real, en carne y sangre; (es) el consuelo del amor participado de Dios, y así aparece la estrella de la esperanza».[08]

En la mañana del sábado, la catedral de Madrid no podía contener a los miles de seminaristas, venidos de todo el mundo, que llenaban también la explanada a la que el templo se abre, para participar en la celebración de la Santa

Misa, presidida por Benedicto XVI. El Papa les dijo que «al veros, compruebo de nuevo cómo Cristo sigue llamando a jóvenes discípulos para hacerlos apóstoles suyos»; les recordó que «como seminaristas, estáis en camino hacia una meta santa: ser prolongadores de la misión que Cristo recibió del Padre»; y, por eso, les exhortó a «configurarse cada vez más con Aquel que se ha hecho por nosotros siervo, sacerdote y víctima; la tarea en la que el sacerdote ha de gastar toda su vida».[09] «Una vida así, a pesar del posible ambiente adverso e incluso del menosprecio, será nueva y atractiva para quienes buscan a Dios» -concluyó el Papa.

Por la tarde, de camino hacia el aeródromo de Cuatro Vientos, donde iba a tener lugar la gran Vigilia de oración, el Papa hizo un alto en la Fundación Instituto San José para visitar a los jóvenes y mayores discapacitados y enfermos que son atendidos allí. Les dijo que se encontraba agradecido al Señor por haberlos conocido. El dolor y la enfermedad, particularmente cuando se hace presente en vidas jóvenes -dijo el Papa- «suscita en nuestros corazones, frecuentemente endurecidos, una ternura que nos abre a la salvación». Citando su encíclica *Spe salvi*, recordó que «la grandeza de la humanidad está determinada esencialmente por su relación con el sufrimiento y con quien lo padece».[10]

La Vigilia de Cuatro Vientos ofreció un espectáculo inolvidable. La inmensa asamblea, multicolor y universal, sopor-

tó primero uno de los días más calurosos del verano madrileño, y luego fue azotada por una corta pero fuerte tormenta veraniega, de lluvia y viento. Algunos jóvenes de los cinco continentes tuvieron tiempo de formular al Santo Padre sus inquietudes, dudas y problemas personales o procedentes de los desafíos de su entorno. La respuesta fue, de hecho, la exposición del Santísimo en la majestuosa custodia toledana de Arfe y la adoración en emocionante silencio de los dos millones congregados, estando a la cabeza de todos el Papa, arrodillado, clavado ante el Señor, con sus jóvenes, mientras ya amainaba la tempestad. «Os doy las gracias por el maravilloso ejemplo que habéis dado -dijo el Santo Padre al despedirse-. Igual que esta noche, con Cristo podréis siempre afrontar las pruebas de la vida».[11]

La mañana del domingo amaneció radiante. Era el momento de la celebración de la eucaristía de clausura de la JMJ, de despedida y de envío. Era el momento del sí clamoroso a Jesucristo resucitado y a su llamada, a seguirle por la senda de la santidad y del compromiso apostólico en la comunión de la fe de la Iglesia, cuya roca firme es la confesión de fe de Pedro (cf. *Mt* 16, 13-20). «No se puede seguir a Jesús en solitario -comentó el Papa-. Quien cede a la tentación de ir por su cuenta o de vivir la fe según la mentalidad individualista, que predomina en la sociedad, corre el riesgo de no encontrar nunca a Jesucristo o de acabar siguiendo una imagen falsa de Él. (...)

Os pido, queridos amigos, que améis a la Iglesia, que os ha engendrado en la fe, que os ha permitido conocer mejor a Cristo, que os ha hecho descubrir la belleza de su amor».[12]

No podía el Papa volver a Roma sin haberse encontrado con los voluntarios que ayudaron decisivamente al buen desarrollo de la JMJ. Camino del aeropuerto de Barajas hizo un alto en la Feria de Madrid, donde le esperaban en un gran pabellón miles de aquellos chicos y chicas de la camiseta verde. Fue una despedida intensa, como a un gran amigo. El Papa les dio las gracias, pero les hizo también una última petición: es -les dijo- «la misión del Papa, el Sucesor de Pedro, (...) que respondáis con amor a quien por amor se ha entregado por vosotros». Y precisó, como resumiendo todo: «Es posible que en muchos de vosotros se haya despertado tímida o poderosamente una pregunta muy sencilla: ¿qué quiere Dios de mí? ¿Cuál es su designio sobre mi vida? ¿Me llama Cristo a seguirlo más de cerca? ¿No podría yo gastar mi vida entera en anunciar al mundo la grandeza de su amor a través del sacerdocio, la vida consagrada o el matrimonio? Si ha surgido esta inquietud, dejaos llevar por el Señor».[13]

II. Los frutos de la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011

1. *Frutos inmediatos y de fondo*

No podemos desperdiciar la gracia tan singular de la JMJ de Madrid, a la

que el Papa ha calificado como «una estupenda manifestación de fe para España y, ante todo, para el mundo».[14] Hemos de recoger sus frutos y hemos de aprovechar el impulso apostólico que de ella se deriva para proseguir con decisión y confianza la tarea de la nueva evangelización en todos los campos, pero, en particular, en la pastoral juvenil.

No es posible medir ni contar los efectos exactos que la gracia de la JMJ haya podido tener en el corazón de los fieles, jóvenes y mayores. Pero sí sabemos que son muchos los jóvenes y los mayores que han sido tocados por esa gran manifestación de fe; y que no son pocas las conversiones que se han operado y que seguirán produciéndose gracias a ella. Muchos han vuelto a recibir los sacramentos mejor preparados, y otros se han acercado por primera vez o desde hacía mucho tiempo a ellos como, por ejemplo, a la confesión. Consta que hay lugares donde se ven ahora colas junto a los confesionarios. Se han suscitado o decidido vocaciones para el sacerdocio y para la vida consagrada en jóvenes que ya han dado el paso; otros disciernen todavía el camino que deben seguir y no excluyen que el Señor les llame para alguna especial consagración. Muchos han visto con mayor claridad la belleza del matrimonio y de la familia, vividos como vocación cristiana, que es la de ellos y que tan urgentemente necesita nuestra sociedad.

Tampoco es del todo posible calibrar con precisión las consecuencias

espirituales de la profunda impresión que causó en toda la sociedad el estilo y calidad humana y religiosa de una juventud tan numerosa y sorprendentemente pacífica, solidaria, generosa y alegre que convirtió toda la ciudad de Madrid y alrededores en escaparate de una forma de vivir que irradia esperanza y entrega para el trabajo, el servicio y la convivencia. Se trataba, sin duda, de una especial manifestación de la “humanidad nueva” que nace y se desarrolla con la fe en Cristo, vivida con autenticidad.[15] Tal manifestación pública no puede dejar de ayudar mucho a la obra de la nueva evangelización.

2. En la perspectiva del crítico momento social que vivimos

La Jornada Mundial de la Juventud ha supuesto, sin duda, para la Iglesia que peregrina en España un formidable impulso apostólico que la ha llenado de ilusión y de esperanza. Incluso toda la sociedad se ha visto como aliviada, cuando atravesamos momentos de tensiones y dificultades. No podemos olvidar la gravísima crisis económica, descubierta ya en el verano de 2008, que no hace más que agravarse en toda Europa y también en España. Urge intensificar nuestra respuesta pastoral.

Los impulsos procedentes de la JMJ ayudarán, en efecto, a acrecentar la implicación de todos en el servicio de la caridad y de la solidaridad con los que más sufren los efectos de la crisis. Es necesario seguir incrementando los

recursos económicos, a través de nuestras Cáritas, pero, sobre todo, tiene que seguir aumentando el número de personas que se deciden a ofrecer su tiempo y sus conocimientos presentándose como voluntarios de la caridad; se espera, en particular, la contribución personal de los jóvenes.

Pero también continúa, sin duda, siendo particularmente urgente apuntar a las causas más profundas de la crisis, tan claramente señaladas en el magisterio de Benedicto XVI a partir de su encíclica *Caritas in veritate*, y recogidas por la Declaración ante la crisis moral y económica, publicada por esta Asamblea Plenaria[16]. Se trata, en síntesis, y en el fondo, de la pérdida de valores morales, que va de la mano del relativismo y del olvido de Dios y de su santa Ley, cuyas consecuencias son la corrupción política y económica, la codicia, la búsqueda del propio interés a toda costa, el menosprecio de la vida humana mediante políticas y conductas abortistas y antinatalistas, la desprotección y la disolución institucional del matrimonio y de la familia, la instrumentalización y el deterioro de la educación. Todo ello no puede conducir más que a situaciones sociales y económicas muy delicadas.

Los jóvenes son precisamente los más afectados por ese trasfondo de relativismo moral, de escepticismo espiritual y religioso y de concepción egocéntrica e individualista del ser humano y de la vida, que tanto daño les causa a ellos

mismos y al conjunto de la sociedad. Ellos deben ser protagonistas de su propio presente y futuro. Pero para ello es necesario que se les ofrezcan los medios adecuados, empezando por una educación integral, que no se reduzca a una pobre y a veces inmoral transmisión de conocimientos, sino que les capacite para el desarrollo de todas sus posibilidades humanas. Solo así se podrá contar con “hombres rectos” -como dice el Papa- de quienes quepa esperar una justa y solidaria comprensión del bien común y del desinteresado y entregado ejercicio del trabajo y de la autoridad en la sociedad y en la comunidad política.

III. Hacia el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal

1. *La pastoral de la juventud*

La pastoral juvenil va bien cuando el conjunto de la vida de la Iglesia tiene buen pulso apostólico. Lo mismo se puede decir de la pastoral vocacional. Pero es necesario prestarles una atención especial. Permítanme trazar algunas pinceladas sobre este tema.

El Plan Pastoral que estamos estudiando prevé la realización de un congreso nacional sobre pastoral de la juventud, que tendría lugar antes de un año, si Dios quiere. Como es sabido, los Planes Pastorales de la Conferencia no pueden ni quieren sustituir a los de las diócesis, ámbito propio de la actividad pastoral directa. El congreso no será, por tanto, un instrumento inmediato

de trabajo apostólico con los jóvenes, sino un foro en el que los responsables diocesanos y de otros ámbitos eclesiales puedan reflexionar en común y recibir estímulos para el trabajo que hay que proseguir y mejorar. Parece que, en este contexto, habría que prestar atención a asuntos como los siguientes.

La formación doctrinal ha de ser particularmente cuidada. El Santo Padre ha querido hacer un particular “regalo personal” a todos los jóvenes que participaron en la JMJ de Madrid: y fue precisamente el llamado “*Catecismo Joven de la Iglesia Católica*” o *Youcat*. El Papa lo define en el prólogo como un intento de «traducir el Catecismo de la Iglesia Católica al lenguaje de la juventud». [17] A este significativo hecho se añade la reciente convocatoria del Año de la fe, que comenzará el 11 de octubre de 2012, coincidiendo con los cincuenta años de la apertura del Concilio Vaticano II y los veinte años de la promulgación del *Catecismo de la Iglesia Católica*. Se trata de ofrecer una oportunidad a toda la Iglesia de salir al paso de la «profunda crisis de fe que afecta a muchas personas»[18], por medio de una especial confesión y celebración de la fe, a las que irá unido el testimonio correspondiente de la vida (cf. 9). El Año de la fe no es, pues, solo para los jóvenes, ni tiene solo un sentido estrictamente catequético. Sin embargo, el Papa pone un acento especial, para ese Año, en el uso del Catecismo, en los contenidos de la fe y en su mejor transmisión a las generaciones futuras (cf. 10). Subraya,

en efecto, que «para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe, todos pueden encontrar en el *Catecismo de la Iglesia Católica* un subsidio precioso e indispensable»; y añade que «el Año de la fe deberá expresar un compromiso unánime para redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe» (cf. 12). Será, pues, bueno que, en este marco trazado por el Papa, la pastoral juvenil preste particular atención al conocimiento de los contenidos de la fe, sin el que es difícil, por no decir imposible, la comunión en la Iglesia. Un campo doctrinal especialmente urgente para los jóvenes en las circunstancias actuales es el del Evangelio del amor: la educación para conocer y vivir la verdad del amor humano en Cristo.

Naturalmente, la comunión con Cristo en la Iglesia tampoco es posible sin el cultivo de los otros elementos esenciales de la vida cristiana, como son la participación activa en la liturgia y en la oración. Los jóvenes son capaces de tal participación y están abiertos a comprenderla y a vivirla mejor. Será necesario facilitarles los medios adecuados.

Como hemos recordado hace un momento, el Papa se dirigió a los jóvenes durante la JMJ con un lenguaje estimulante y exigente, para proponerles el camino de la santidad, invitándoles a descubrir la voluntad de Dios sobre sus vidas y a responder con amor decidido. La pastoral juvenil ha de mantener constantemente esa interpelación personal; ha de ser capaz de ofrecer cauces

para que los jóvenes puedan acceder al encuentro personal con Dios en Cristo y para ser capaces de ordenar su vida de modo duradero hacia Él. Ese ha de ser el objetivo de todas las actividades, acciones y planificaciones. Que los chicos y chicas, que se encuentran en un momento de la vida en el que han de tomar opciones muy determinantes de toda su existencia, puedan hacerlo en la perspectiva básica de llegar a ser santos en todo: en el estado de vida elegido; en la profesión para la que se preparan o que desempeñan; en el trabajo, en el ocio y en el disfrute de la creación y su belleza; en las relaciones de amistad; en la alegría y en el dolor.

La introducción de los jóvenes a los caminos de una vida cristiana sería, que aspira a la santidad, exige que se les ofrezcan ámbitos donde eso sea realmente factible. Será muy difícil que ese propósito fundamental de la pastoral juvenil cuaje realmente en hechos si los jóvenes participan en actividades apostólicas más o menos esporádicas y quedan luego abandonados a los ambientes y grupos de diversión despersonalizadora e inmoral, o se les deja solos consumiendo su tiempo aislados frente a alguno de sus aparatos informáticos o de comunicación. Es necesario ofrecerles cauces asociativos: a poder ser los ya conocidos y experimentados, sean antiguos o más nuevos, siempre de acuerdo con las enseñanzas y directrices del Papa. No es nada aventurado afirmar que sin tales cauces asociativos no hubiera existido

la juventud católica que ha constituido el núcleo motor de la JMJ.

La pastoral juvenil es el marco natural de la pastoral vocacional específica para una vida de especial consagración. Esta resultará muy difícil si aquella no discurre por las vías y los cauces que acabamos de referir. Y, a la inversa, una pastoral juvenil orientada al discernimiento vocacional, dotada de los elementos esenciales de una buena formación doctrinal, litúrgica y espiritual, en un marco de vida que permita desarrollar las virtudes cristianas, ofrecerá una base estupenda para las acciones específicas que ayuden al descubrimiento de la vocación de especial consagración. En esta Asamblea, dialogaremos sobre una ponencia titulada “Hacia una renovada pastoral de las vocaciones sacerdotales”.

2. La pastoral del matrimonio y de la familia

Entre los escenarios más importantes de la nueva evangelización, en cuyo marco se desarrollará el Plan Pastoral de nuestra Conferencia, tiene especial relevancia la realidad de una cultura matrimonial y familiar gravemente herida, en España y en el mundo, por el individualismo hedonista y el positivismo jurídico, a los que ha conducido el alejamiento de Dios y de la verdadera humanidad. Esperamos poder abordar con calma en esta Asamblea el estudio del documento acerca de “La verdad del amor humano”, que hubo de ser pospuesto la vez pasada por falta de tiempo.

3. *Próximos acontecimientos de relevancia para la Iglesia en España*

Además del Año de la fe, convocado por el Papa con ocasión del cincuenta aniversario del inicio del Concilio Vaticano II, en los próximos años tendrán lugar otros acontecimientos relevantes que serán tenidos en cuenta en nuestro Plan Pastoral.

Benedicto XVI anunció el pasado mes de agosto en Madrid, al concluir la celebración de la Santa Misa con los seminaristas, que declarará “próximamente” a san Juan de Ávila doctor de la Iglesia universal. Es un acontecimiento de gracia que traerá consigo muchas bendiciones. La recientemente creada “Junta San Juan de Ávila, doctor de la Iglesia”, trae a nuestra Asamblea una propuesta de acciones encaminadas a preparar la celebración de la declaración del doctorado que, previsiblemente, tendrá lugar en Roma, y también, a difundir la figura y la doctrina del nuevo doctor. El santo patrono del clero secular español, ahora con una nueva proyección, será sin duda un estímulo para los nuevos evangelizadores que hoy se necesitan.

Por otro lado, en el año 2015 se celebrará el quinto centenario del nacimiento de santa Teresa de Jesús, la primera mujer declarada doctora de la Iglesia. Estudiaremos la conveniencia de solicitar la convocatoria de un Año jubilar teresiano, centrado especialmente en el cultivo de la oración, de la que la san-

ta abulense fue y es maestra consumada. En cualquier caso, esta efemérides nos ofrece una ocasión particular para orientar nuestros planes apostólicos de manera más decidida en la perspectiva de la santidad. La figura de la santa abulense ha jugado un papel decisivo en la historia moderna de la mujer en la Iglesia. Su influencia espiritual en ese fascinante panel de mujeres santas, que a lo largo, sobre todo, de los siglos XIX y XX, ha enriquecido a la Iglesia con múltiples iniciativas de caridad, apostólicas y misioneras, ha sido extraordinaria.

Pronto va a hacer un año de la publicación de la *Sagrada Escritura*. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. La acogida que esta obra ha experimentado es, gracias a Dios, muy buena. También en los países hermanos de lengua española. Ahora, a partir del próximo año, irán apareciendo los nuevos libros litúrgicos, que incorporarán la traducción bíblica de la versión oficial de la Conferencia. Se dará a conocer oportunamente un calendario indicativo de la publicación progresiva de esos nuevos libros. Dios mediante, para el año litúrgico 2012/2013 se podrá disponer ya de los leccionarios básicos para ese año. Estos acontecimientos son también ocasiones hermosas para la nueva evangelización. En concreto, ofrecen la oportunidad de ahondar en el significado de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia[19] y también de la sagrada Liturgia como lugar especialmente apto para el encuentro con Cristo-Verbum Domini: el Verbo eterno del Padre.[20]

A modo de conclusión

Con nuestra Asamblea Plenaria, ha coincidido el comienzo de un nuevo período político para España, después de las elecciones generales de ayer. Desde nuestro ministerio de Pastores del Pueblo de Dios, deseamos a quienes han sido elegidos para gobernar, en tiempos tan difíciles, acierto, serenidad y espíritu de servicio en su noble y decisiva tarea. Como siempre hace la Iglesia con los gobernantes, les ofrecemos el apoyo espiritual de nuestras oraciones y las de todos los católicos.

Es oportuno recordar aquí algunas significativas palabras pronunciadas en agosto por Su Santidad, el papa Benedicto XVI, en la que también fue una visita suya a España. Al llegar al aeropuerto de Barajas dijo: la fe «es un gran tesoro que ciertamente vale la pena cuidar con actitud constructiva, para el bien común de hoy y para ofrecer un horizonte luminoso al porvenir de las nuevas generaciones. Aunque haya actualmente motivos de preocupación, mayor es el afán de superación de los españoles, con ese dinamismo que los caracteriza, y al que tanto contribuyen sus hondas raíces cristianas, muy fecundas a lo largo de los siglos».[21]

Al despedirse, antes de volver a Roma, de nuevo en el aeropuerto, decía el Papa: «España es una gran nación, que en una convivencia sanamente abierta, plural y respetuosa, sabe y puede progresar sin renunciar a su alma profundamente religiosa y católica. Lo ha manifestado una vez más en estos días, al desplegar su capacidad técnica y humana en una empresa de tanta trascendencia y de tanto futuro como es el facilitar que la juventud hunda sus raíces en Jesucristo, el Salvador».[22]

Ese progreso es el que, con el Papa, los obispos españoles deseamos para nuestra patria y por el que rogamos a Dios. Ofrecemos con ese fin nuestra específica y humilde colaboración. La modélica cooperación de todas las instancias concernidas del Estado, de uno u otro color político, entre ellas y con diversos sectores de la sociedad -no solo con la Iglesia-, puesta de manifiesto con ocasión de llevar a buen puerto la celebración de la JMJ, ha de ser calificada de modélica. Ojalá que pueda repetirse en el futuro, no solo para ocasiones extraordinarias, sino también en la vida de cada día.

Ponemos en manos de santa María el trabajo de estos días. Ella es la estrella de la nueva evangelización.

*Emmo. y Rvdmo. Sr. D. Antonio María Rouco Varela,
Cardenal Arzobispo de Madrid
Presidente de la Conferencia Episcopal Española*

NOTAS

- [01] Benedicto XVI, Audiencia general del miércoles 24 de agosto de 2011, en *Ecclesia* 3.586/87 (3 y 10-IX-2011) p. 14; y en Benedicto XVI, Discursos en la Jornada Mundial de la Juventud en Madrid, edición preparada por Jesús de las Heras Muela, BAC, Madrid 2011, p. 133.
- [02] Benedicto XVI, *Oración de consagración de los jóvenes al Sagrado Corazón de Jesús*, Vigilia de Cuatro Vientos, 20 de agosto de 2011, en *Ecclesia* 3584/85 (20 y 27.VIII.2011) p. 11; y en Discursos, BAC, p. 97.
- [03] Antonio M^a Rouco Varela, Homilía en la Misa de apertura de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud, en *Ecclesia* 3584/85 (20 y 27.VIII.2011) p. 14; y en Discursos, BAC, p. 20.
- [04] *Ecclesia*, p. 28; Discursos, BAC, p. 51.
- [05] *Ecclesia*, p. 29; Discursos, BAC, p. 53.
- [06] *Ecclesia*, p. 30; Discursos, BAC, p. 58.
- [07] *Ecclesia*, p. 36; Discursos, BAC, pp. 66s.
- [08] El Papa cita aquí su encíclica *Spe salvi*, 39: *Ecclesia*, p. 37; Discursos, BAC, p. 70.
- [09] *Ecclesia*, pp. 39s; Discursos, BAC, pp. 75 y 77.
- [10] *Ecclesia*, p. 43; Discursos, BAC, pp. 87s.
- [11] *Ecclesia*, p. 45; Discursos, BAC, p. 95.
- [12] *Ecclesia*, p. 49; Discursos, BAC, pp. 105s.
- [13] *Ecclesia*, p. 53; Discursos, BAC, pp. 120s.
- [14] Benedicto XVI, Audiencia general del miércoles 24 de agosto de 2011, en *Ecclesia* 35.86/87 (3 y 10-IX-2011) p. 15; y en Benedicto XVI, Discursos BAC, p. 135.
- [15] En todo caso, el impacto mediático objetivo fue excepcional: «13 veces mayor que la no selección de Madrid como organizadora de los Juegos Olímpicos y 1,3 veces superior a la beatificación de Juan Pablo II», según un estudio elaborado por la Universidad de Navarra; cf. *Ecclesia* 3.586/87 (3 y 10-IX-2011) p. 8.
- [16] Cf. Boletín Oficial de la Conferencia Episcopal Española, 84 (2009) pp. 58-61.
- [17] *Youcat* español. *Catecismo joven de la Iglesia Católica*. Prólogo del papa Benedicto XVI, Encuentro, Madrid 2011, p. 9.
- [18] Benedicto XVI, *Porta fidei*. Carta apostólica en forma de motu proprio con la que se convoca el Año de la fe, en *Ecclesia* 3.595 (5.XI.2011) pp. 24-29. Los números indicados en el texto se refieren a los párrafos correspondientes de esta carta apostólica.
- [19] Cf. XCI Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española, Instrucción pastoral *La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia*, Edice, Madrid 2011; y www.conferenciaepiscopal.es/documentos
- [20] Cf. Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, 30 de septiembre de 2010.
- [21] *Ecclesia*, p. 25; Discursos, BAC, p. 42.
- [22] *Ecclesia*, p. 55; Discursos, BAC, p. 128.

Palabras de Salutación de Mons. Renzo Fratini, Nuncio Apostólico, a la XCVIII Asamblea Plenaria

Eminentísimo Señor Cardenal Presidente, Eminentísimos Señores Cardenales, Excelentísimos Señores Arzobispos y Obispos, Señoras y Señores:

Como representante del Santo Padre en España, me es muy grato acoger la invitación presentada y poder saludarles fraternalmente al iniciar los trabajos de la XCVIII Asamblea Plenaria.

En nuestro recuerdo, están muy vivas las experiencias de la reciente Jornada Mundial de la Juventud. Fue impresionante y altamente edificante el verdadero ejemplo de fe y de civismo de más de dos millones de jóvenes. Este evento histórico, constituye un signo de esperanza importante en la misión de toda la Iglesia. Los jóvenes buscan a Jesús. Con el Santo Padre postrado, todos le adoraron presente en el Santísimo Sacramento en medio de un silencio más elocuente que cualquier palabra. Sabían que Dios estaba ahí y El, con su Espíritu Santo, ha fortalecido su fe, ha confirmado su caridad y los ha convertido ahora en testigos de esperanza en sus ambientes.

El éxito de la Jornada Mundial de la Juventud está en la gracia del Señor, en las oraciones que, movidas por el amor a la Iglesia y obedeciendo vuestras iniciativas, han elevado las almas contemplativas desde sus claustros, a las que se han sumado las de tantos cristianos,

familias, niños, jóvenes, adultos y también enfermos que ofrecen al Señor su dolor. Con la oración, cada una de las Diócesis ha sabido aprovechar la pastoral juvenil poniendo todos los medios a su alcance, implicando también en la acogida a instituciones y fieles. Ahora esa pastoral, reactivada y orientada con ilusión, debe continuar, ese es vuestro deseo.

De hecho, y con el ánimo de recoger todas las fuerzas desplegadas aquel día, el programa de esta Asamblea Plenaria presenta el nuevo Plan Pastoral.

Este Plan se sintetiza en la nueva evangelización. Pienso que el punto crucial de esta nueva evangelización se encuentra señalado en los Lineamenta para preparar la próxima XIII Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos cuando - tomando los términos del Santo Padre - nos hablan de una “emergencia educativa”. La nueva evangelización y la iniciación a la fe debe ir acompañada hoy “por una acción educativa desarrollada por la Iglesia como servicio al mundo”. Es urgente educar en la verdad. Esta tarea educativa consiste en “transmitir los valores fundamentales de la existencia y de un recto comportamiento”, de forma que los jóvenes, viviendo su relación con Jesucristo, vean el sentido de su vida y puedan contribuir en la sociedad mediante un compromiso de vida

auténtico, desde el cual ellos mismos sean capaces de cuestionar a los demás, invitándoles a la búsqueda de Dios (Cf. Lineamenta, Sínodo de Obispos XIII Asamblea General Ordinaria, n. 20).

Evidentemente que los primeros agentes de esta evangelización son los sacerdotes. Esto supone una atención particular hacia el fomento vocacional, siendo tarea de los directores espirituales, formadores y delegados diocesanos y cuantos se entregan a esta pastoral, el debido discernimiento. Asimismo es de particular importancia la atención en los seminarios a la formación filosófica y teológica, siguiendo fielmente las directrices de la Santa Sede, y el fomento de una auténtica vida espiritual, alma de toda vida sacerdotal.

La Iglesia en España tiene un preclaro modelo que ofrece a toda la Iglesia, S. Juan de Ávila. El Santo Padre, comprendiendo y apreciando altamente su figura, convencido personalmente, ha acogido muy gustoso la petición presentada y, en el marco de la Jornada Mundial de la Juventud ha querido cumplir por sí mismo su deseo de hacer pública la noticia de Su concesión al título de Doctor de la Iglesia. Este

maestro de santos es ejemplo de fidelidad sacerdotal; su palabra será siempre estímulo de la prioridad de la vida espiritual, sin la cual sería imposible ejercer un ministerio fecundo e identificarse realmente con todos los signos que comporta la propia identidad sacerdotal, la cual reclama totalmente la mente y el corazón en íntima unión con Jesucristo de por vida.

Ahora que tengo la oportunidad de estar con todo el episcopado español, reciban muy de corazón mis más sentidas felicidades porque el Santo Padre ha acogido favorablemente la solicitud de esta Conferencia Episcopal para la Declaración de S. Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia Universal; viva congratulación que extiendo también, con la seguridad de mi oración y mi cercanía fraterna, por todas las gracias que el Señor, por intercesión de su Madre Santísima la Virgen María, ha concedido a la Iglesia que peregrina en España a través de la Jornada Mundial de la Juventud.

Muchas gracias.

Mons. Renzo Fratini, Nuncio Apostólico

Acción de gracias y exhortación después de la JMJ

1. En nuestra Asamblea Plenaria del otoño, los obispos nos hemos reunido

por primera vez después de la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) que tuvo

lugar en Madrid el pasado mes de agosto. Hemos dado gracias a Dios, porque nos ha permitido celebrar ese gran acontecimiento de gracia, y hemos reflexionado acerca de su significado para la pastoral juvenil del futuro e incluso para toda la obra de la nueva evangelización. Con este motivo, dirigimos estas palabras a los hijos de la Iglesia que peregrina en España, a quienes el Señor ha encomendado a nuestro cuidado pastoral, con el deseo de alentar y sostener a todos en la alegría de la fe y en el trabajo apostólico.

2. Como ha dicho el Papa, la JMJ ha sido “una verdadera cascada de luz”. No cabe duda de que los días previos, llamados “días en las diócesis”, constituyeron ya una experiencia formidable de intercambio de dones que contribuyeron mucho a que así fuera. Lo mismo se puede decir de la generosa acogida dispensada a todos por la ciudad de Madrid y los municipios vecinos. También fue importantísimo el esfuerzo de organización de un acontecimiento de tanta complejidad, para el que fueron decisivos la aportación personal de miles de voluntarios, el trabajo de los técnicos y la cooperación ejemplar y multidireccional de muy diversas instancias de la Iglesia, del Estado, y de la sociedad. Pero lo verdaderamente decisivo para que la JMJ haya sido una auténtica “cascada de luz” ha sido el caudaloso río de jóvenes de todos los rincones de la tierra que desbordó físicamente Madrid y sus alrededores de serena y contagiosa alegría, convirtien-

do espacios públicos y privados en lugares de confraternización y convivencia de alcance universal. Las imágenes de aquellos días están todavía frescas en la mente y en el corazón de todos y no se olvidarán fácilmente.

3. Damos gracias a quienes han hecho posible la JMJ. No podemos enumerar a tantísimas personas que han prestado su inapreciable colaboración, en nuestras diócesis, en Madrid, y en muchas otras partes del mundo. Pero hemos de nombrar con profundo reconocimiento al Santo Padre, el papa Benedicto XVI; y también al arzobispo de Madrid, el cardenal Rouco, junto con los colaboradores de ambos. Tampoco podemos dejar de evocar al beato Juan Pablo II, el “Papa de los jóvenes”, que puso en marcha esta formidable experiencia de apostolado.

4. ¿Qué nos dice la JMJ para alentarnos en la fe personal y en el apostolado? Es lo que muy sencilla y brevemente queremos compartir con los católicos de nuestras diócesis –sacerdotes, consagrados y fieles laicos– para exhortarlos a proseguir y, si fuera necesario, emprender con ánimo y confianza los arduos y hermosos trabajos del Evangelio.

5. En primer lugar, la JMJ nos dice que la Iglesia es joven. Es cierto que hay entre nosotros muchos jóvenes que no han sido iniciados en la fe o que lo han sido de modo muy deficiente. No pocos se han apartado de la fe de sus

padres. Es mucho lo que queda por hacer. Urge la nueva evangelización. Pero la Iglesia está viva y es joven. No solo porque ella es el Nuevo Pueblo de Dios, en el que vive el Señor resucitado que opera, por la fuerza del Espíritu, la renovación continua de la creación y la redención de la humanidad, liberada de la vieja esclavitud del pecado. La Iglesia también es joven porque hay muchos, muchísimos jóvenes, que son Iglesia con toda el alma; y que lo son de manera muy consciente: llenos de amor a Jesucristo, sin miedo a manifestarlo públicamente; llenos de entusiasmo apostólico para llevar a sus amigos y a toda la sociedad la salvación que solo se encuentra en Él; cultos y bien formados, porque han cultivado bien sus capacidades humanas; sensibles al sufrimiento material y espiritual de los hombres; liberados de los prejuicios propios del humanismo inmanentista y de la cultura de la muerte; abiertos a la diversidad de culturas y a la nueva unidad de todos los hombres en una Tierra cada vez más pequeña. La Iglesia es joven, porque es de Cristo. La Iglesia es joven, porque el Señor le da el inmenso regalo de una juventud excepcional, que ha escuchado su llamada y que lo prefiere a Él a todas las promesas del mundo. Lo ha podido ver, con inmensa alegría, la sociedad española en los días de la JMJ. ¡La Iglesia es joven en su comunión apostólica y católica!

6. En segundo lugar, la JMJ nos dice que es posible la transmisión de la fe a los jóvenes. No es fácil, pero ¡claro

que es posible! No es fácil, porque hay mucho ruido ambiental producido por potentes altavoces que siguen propagando la falacia de la supuesta libertad sin límites: sin Dios, sin Iglesia, sin padres, sin hermanos, sin patria, sin responsabilidad. No es fácil, porque muchas familias están heridas; porque la escuela atraviesa por dificultades de todo tipo; porque en no pocos casos los mismos ambientes eclesiales se encuentran mortecinos a causa de la secularización interna padecida. No es fácil, pero la transmisión de la fe a los jóvenes es posible cuando no se les escamotea el Evangelio en toda su fuerza y su belleza; cuando se les abre el camino hacia Jesucristo, el Hijo de Dios vivo, sin adulteraciones ni recortes según la pobre medida de ideas humanas, por interesantes que sean; cuando se les hace realmente posible desplegar su capacidad de amar, en primer lugar al Dios que es Amor, y luego al prójimo, preparándolos para el sacrificio que el amor implica con una pedagogía realista y, por tanto, exigente; cuando se les orienta en la comprensión de su vida como elección y vocación divina a la que responder; cuando para todo ello –valiéndose del *Catecismo de la Iglesia Católica*, al que el *Youcat* ofrece un acceso en lenguaje juvenil–, se les ayuda con una catequesis clara y sistemática, verdaderamente acorde con la doctrina católica, y se les invita a vivir en una compañía que les permita hacer el camino de la fe sin sucumbir a las falsas promesas del mundo: en asociaciones y grupos parroquiales o diocesanos,

movimientos, etc. Entonces –nos los dice también la JMJ– no solo es posible la transmisión de la fe a los jóvenes, sino que ellos mismos se convierten en evangelizadores.

7. Efectivamente, en tercer lugar, la JMJ nos ha mostrado que los jóvenes constituyen un potencial de primer orden para la nueva evangelización. Es necesaria una nueva evangelización, porque dramáticamente nueva es también la llamada cultura secularista, ese modo de vida público sin Dios, difundido en occidente, y también ya en otras partes del mundo. Es necesaria una nueva evangelización, porque, ante ese modo de vida, la Iglesia ha de renovar su ardor, su coraje y su clarividencia, que hoy no pueden ser menores que los de los primeros cristianos. Pues bien, la Iglesia necesita especialmente a los jóvenes para esa inmensa obra del Evangelio. Ellos han crecido en un mundo que lleva las marcas dolorosas del pecado de una existencia concebida al margen de Dios y de su amor. Conocen ese mundo, saben lo que, en realidad, da de sí y por eso –como los primeros cristianos, que, abandonando los ídolos, abrazaron la fe del Dios vivo– son capaces del entusiasmo necesario para la nueva evangelización. Ellos, también, como jóvenes, son fuertes, con la fortaleza de una fe límpida, de un amor ardiente y de una esperanza grande. Ellos ya están ahí, dispuestos para la tarea: se los ha visto en la JMJ de modo llamativo; pero los vemos también en la vida ordinaria

de nuestras iglesias, cuando, en nombre de Cristo, les pedimos respuesta, les encargamos misión y les otorgamos confianza.

8. Aunque para muchos constituyera una sorpresa –agradable para la inmensa mayoría de nuestra sociedad– la JMJ no fue algo inesperado. Fue el fruto del trabajo callado y constante de muchos evangelizadores, en particular, de muchos sacerdotes y consagrados, que, en sus diócesis, parroquias, colegios, asociaciones, movimientos, grupos, etc., secundando la gracia de Dios, siguiendo las orientaciones de la Iglesia y asumiendo el sacrificio personal que ello comporta, han tomado en serio el apostolado con los jóvenes y les han dado el protagonismo necesario. Son muchos los lugares donde se trabaja así. Por eso, no podía ser inesperada la gozosa experiencia de la Jornada Mundial de la Juventud. Quienes hacen ese trabajo diario, cuidado y poco visible, nos estimulan en el camino de la evangelización. Es el fruto de su labor el que sale a la luz en las Jornadas Mundiales de la Juventud. Que Dios les siga ayudando y bendiciendo para el bien de los jóvenes, de la Iglesia y de toda la sociedad. Que bendiga también a todos los que con su oración constante y con la ofrenda de sus vidas –en especial, las comunidades monásticas– son el corazón espiritual de todo apostolado, como lo fueron de la JMJ.

9. La Iglesia es joven. La transmisión de la fe a los jóvenes es un hecho. Ellos

son grandes evangelizadores en esta nueva hora de la Iglesia y del mundo. Damos gracias a Dios de corazón por la Jornada Mundial de Madrid. Que el Señor bendiga a esta juventud, a sus guías y sacerdotes. Que todos, bajo la mirada llena de amor de la Madre del

Señor, causa de nuestra alegría, recorramos con buen ánimo el camino de la santidad, que es el de la verdadera libertad: “arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe” (cf. Col 2, 7).

Madrid, 25 de noviembre de 2011

Nota de prensa final de la XCVIII Asamblea Plenaria de la CEE

Viernes, 25 de Noviembre de 2011

Los obispos españoles han celebrado, del lunes 21 al viernes 25 de noviembre, la 98ª Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal Española.

Han participado en esta Asamblea 74 de los 75 obispos que hay actualmente en activo: 2 cardenales, 13 arzobispos más el Ordinario castrense, 52 diocesanos y 7 auxiliares. No ha podido asistir el Obispo de Orihuela-Alicante, Mons. D. Rafael Palmero Ramos, quien participa en Roma en dos encuentros relacionados con la Pastoral de la Salud. También han estado presentes en la Plenaria 3 cardenales, 2 arzobispos y 5 obispos eméritos. Además, en esta ocasión han asistido como invitados el obispo de Gibraltar y representantes de las Conferencias Episcopales de Francia, Italia, Portugal y Polonia.

El Obispo de Huesca y de Jaca, Mons. D. Julián Ruiz Martorell, y el de Tarazona, Mons. D. Eusebio Ignacio Hernández

Sola, O.A.R., han participado por primera vez tras su consagración episcopal. Mons. Ruiz Martorell es miembro de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis y Mons. Hernández Sola de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada.

La Plenaria han tenido un recuerdo especial para los dos prelados españoles fallecidos en estos últimos meses: Mons. D. Juan García Santacruz, Obispo emérito de Guadix, quien falleció el pasado 12 de marzo, y el Cardenal Agustín García-Gasco Vicente, Arzobispo emérito de Valencia, fallecido el 1 de mayo en Roma.

Discurso inaugural del Cardenal Rouco

En el discurso inaugural, el Presidente de la CEE habló de la Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011, “la Jornada fue una experiencia festiva: ¡una Fiesta con mayúscula! porque hizo aflorar en el fondo de tantas almas jóvenes la inconfundible verdadera alegría de la fe”. El Cardenal Rouco

repasó lo que fueron los preparativos, los días previos en las diócesis y cada uno de los momentos que se vivieron en los actos centrales, presididos por Benedicto XVI.

Ahora, precisó “hemos de recoger sus frutos y hemos de aprovechar el impulso apostólico que de ella se deriva para proseguir con decisión y confianza la tarea de la nueva evangelización en todos los campos, pero, en particular, en la pastoral juvenil”. También señaló que los impulsos procedentes de la JMJ han de ayudar “a acrecentar la implicación de todos en el servicio de la caridad y de la solidaridad con los que más sufren los efectos de la crisis”. Precisamente, el Cardenal, en la última parte del discurso, reflexionó sobre los efectos de la crisis y sobre la pastoral de la juventud y vocacional.

Antes de finalizar, y a propósito de las elecciones generales celebradas el pasado domingo en España, en nombre de todos los obispos, el Cardenal Rouco deseó “a quienes han sido elegidos para gobernar, en tiempos tan difíciles, acierto, serenidad y espíritu de servicio en su noble y decisiva tarea”. A la vez que “como siempre hace la Iglesia con los gobernantes”, les ofreció “el apoyo espiritual de nuestras oraciones y de las de todos los católicos”.

Saludo del Nuncio

El Nuncio de Su Santidad en España, Mons. D. Renzo Fratini, también

comenzó su saludo a la Plenaria recordando la JMJ. “Fue impresionante y altamente edificante –afirmó– el verdadero ejemplo de fe y de civismo de más de dos millones de jóvenes. Este evento histórico, constituye un signo de esperanza importante en la misión de toda la Iglesia”.

Acción de gracias y exhortación después de la JMJ

La Plenaria ha aprobado una “Acción de gracias y exhortación después de la Jornada Mundial de la Juventud”.

“En nuestra Asamblea Plenaria del otoño –comienza el texto– los obispos nos hemos reunido por primera vez después de la Jornada Mundial de la Juventud (JMJ) que tuvo lugar en Madrid el pasado mes de agosto. Hemos dado gracias a Dios, porque nos ha permitido celebrar ese gran acontecimiento de gracia, y hemos reflexionado acerca de su significado para la pastoral juvenil del futuro e incluso para toda la obra de la nueva evangelización. Con este motivo, dirigimos estas palabras a los hijos de la Iglesia que peregrina en España, a quienes el Señor ha encomendado a nuestro cuidado pastoral, con el deseo de alentar y sostener a todos en la alegría de la fe y en el trabajo apostólico”.

Los obispos recuerdan, en palabras del Papa, que la JMJ ha sido “una verdadera cascada de luz” y dan gracias a quienes la han hecho posible.

En la Exhortación, se preguntan acerca de lo que la JMJ nos dice para alentarnos en la fe personal y en el apostolado. La Jornada Mundial de la Juventud, se afirma, nos dice que la Iglesia es joven, que la transmisión de la fe a los jóvenes es un hecho y que estos “constituyen un potencial de primer orden para la nueva evangelización”. Ellos, los jóvenes, finaliza el texto, “son grandes evangelizadores en esta nueva hora de la Iglesia y del mundo”.

Información sobre la situación económica

El jueves, a las 16,30 horas, los obispos recibieron en la sala de la Plenaria al profesor Dr. D. Juan Velarde Fuertes, Catedrático emérito de Economía Aplicada, en la Universidad Complutense de Madrid, y miembro del Tribunal de Cuentas, quien les informó sobre la situación económica actual. La Asamblea se pronunció sobre este tema en la “Declaración ante la crisis moral y económica”, aprobada en noviembre de 2009.

La CEE dona a Cáritas 5 millones de euros

Los presupuestos del Fondo Común Interdiocesano para 2012 se nutren del pago a cuenta de la Asignación Tributaria de 2012 y de la liquidación de la Asignación Tributaria de 2010. A día de hoy, no se han publicado datos de la cuota íntegra total del IRPF correspon-

diente al 2010 y por tanto, la Asamblea Plenaria ha decidido mantener, de manera provisional, la misma cantidad que en 2011. Cuando se disponga de datos fiables sobre el resultado de la Asignación Tributaria, se corregirá dicha cantidad al alza o a la baja, dependiendo de su resultado.

Mientras tanto, la CEE ha decidido aumentar en un 25% la colaboración económica que ha prestado en los últimos años a las Cáritas diocesanas. El donativo será ahora de 5 millones de euros, en lugar de los 4 millones entregados el pasado año, lo que supone el 2,17% del Fondo Común Interdiocesano.

Plan Pastoral

Los obispos han conocido un primer esquema del nuevo Plan Pastoral de la CEE que girará en torno a la nueva evangelización. En ese contexto han reflexionado sobre la Pastoral Juvenil y vocacional.

Está previsto que se siga trabajando en el Plan durante la próxima Comisión Permanente y que se pueda aprobar en la Plenaria que tendrá lugar del 23 al 25 de abril de 2012.

V Centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús

En 2015 se cumplen 500 años del nacimiento de Santa Teresa de Jesús. Con este motivo, los Padres Carme-

litas Descalzos, en coordinación con la diócesis de Ávila, están preparando diversos eventos para celebrar la conmemoración.

El obispo de Ávila, Mons. D. Jesús García Burillo y el Secretario General de la CEE, Mons. Martínez Camino, han informado a la Plenaria de las acciones que ya se están preparando y han propuesto a la Asamblea una serie de iniciativas concretas que, desde la Conferencia Episcopal, se llevarían a cabo para unirse a la celebración. Esas iniciativas se incorporarán, previsiblemente, al Plan Pastoral de la CEE. Entre otras, y como adelantó el Cardenal Rouco en su discurso inaugural, “se está estudiando la conveniencia de solicitar la convocatoria de un Año jubilar teresiano, centrado especialmente en el cultivo de la oración, de la que la Santa abulense fue y es maestra consumada”.

San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia

La “Junta San Juan de Ávila, Doctor de la Iglesia” se ha reunido durante los días de Asamblea y ha presentado a la Plenaria un plan de acciones con dos objetivos: por una parte, preparar la celebración del doctorado, que tendrá lugar en Roma en la fecha que determine el Papa, y por otra, difundir la doctrina y figura del Santo Maestro, patrono del clero secular español.

Los obispos han dado el visto bueno a las iniciativas presentadas, que se darán a conocer a la opinión pública

próximamente.

Fundación “Escuela Viva”

La Asamblea Plenaria ha aprobado los estatutos de la Fundación canónica privada “Escuela Viva” y ha erigido dicha Fundación, que tiene como objetivo garantizar la continuidad de los centros educativos católicos, completando la labor de la Fundación Educación Católica, promovida por FERE-CECA en 1992.

Documentos

Los obispos han estudiado un documento titulado “La verdad del amor humano”, presentado por la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar y la ponencia “Hacia una renovada pastoral de las vocaciones sacerdotales”, que ha trabajado la Comisión Episcopal de Seminarios y Universidades. Ambos textos se remiten a los organismos correspondientes para seguir trabajando sobre ellos.

Otros temas del orden del día

En la Asamblea se ha informado también sobre diversos asuntos de seguimiento y sobre las actividades de las distintas Comisiones Episcopales, además de la aprobación de Asociaciones Nacionales. Asimismo la Plenaria ha aprobado la inclusión en el Calendario Litúrgico de España de la celebración de Santa Ángela de la Cruz, virgen, el día 5 de noviembre, como memoria libre.

La Biblia de la CEE, en formato popular

La Comisión Permanente, reunida de forma extraordinaria el jueves 24 a las 20 h., ha aprobado la edición en formato popular de la Sagrada Biblia. Versión oficial de la Conferencia Episcopal Española. Se presentará a lo largo del próximo mes de diciembre.

La Permanente ha realizado también los siguientes nombramientos:

D. Jesús Delgado Vilches, sacerdote de la diócesis de Jaén, como Consiliario de la Federación de Scouts Católicos de Andalucía.

D. Fidel Presa Merodio, laico de la diócesis de Huelva, como Presidente de la Federación de Scouts Católicos de Andalucía.

D^a Susana Fernández Guisasola, laica de la archidiócesis de Oviedo, reelegida Presidenta Nacional de Adoración Nocturna Femenina de España.

Y ha autorizado a la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar para el nombramiento de D^a Inmaculada Molina Ager, laica de la diócesis de Alcalá de Henares, como Secretaria del Departamento de Pastoral de la Juventud.



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL**SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****ANGELUS**

Plaza de San Pedro. Domingo, 23 de octubre de 2011.

Queridos hermanos y hermanas:

Antes de concluir esta solemne celebración, deseo dirigiros a todos un cordial saludo.

Me dirijo ante todo a los peregrinos que han venido para rendir homenaje a san Guido María Conforti y a san Luis Guanella, con un pensamiento de especial afecto y aliento para los miembros de los institutos fundados por ellos: los Misioneros Javerianos, las Hijas de Santa María de la Providencia y los Siervos de la Caridad. Saludo a los obispos y a las autoridades civiles y agradezco a cada uno su presencia. Una vez más Italia ha ofrecido a la Iglesia y al mundo testigos luminosos del Evangelio; alabemos por ellos a Dios y oremos para que en esta nación la fe no cese de renovarse y producir buenos frutos.

Saludo muy cordialmente a los peregrinos de lengua española que han venido a Roma para participar en la gozosa celebración de proclamación de nuevos santos. Junto a los señores arzobispos y obispos que los acompa-

ñan, a las delegaciones oficiales y a los devotos y seguidores del espíritu de los hoy canonizados, saludo en particular a las Siervas de San José, que tienen el gran gozo de ver reconocida para la Iglesia universal la santidad de su fundadora. Que el ejemplo y la intercesión de estas figuras preclaras para la Iglesia impulsen a todos a renovar su compromiso de vivir de todo corazón su fe en Cristo y de testimoniarlo en los diversos ámbitos de la sociedad. Muchas gracias.

Saludo cordialmente a los peregrinos de lengua francesa, en especial a los que han venido para la canonización del obispo Guido María Conforti, fundador de los Misioneros Javerianos, que están presentes en muchos países de África. Queridos amigos, que el testimonio de los nuevos santos os guíe por el camino del Evangelio. ¡Feliz domingo a todos!

Queridos hermanos y hermanas, me complace saludar a los visitantes y peregrinos de lengua inglesa, especialmente a los que han venido para las canonizaciones de hoy. En el Evangelio de este domingo, Jesús nos pide amar a Dios sobre todas las cosas y amar a nuestro prójimo como a

nosotros mismos. Midamos nuestras acciones cada día según esta llamada al amor, y vivámosla con gozo y valentía. Que Dios todopoderoso os bendiga a todos.

Dirijo un cordial saludo a los peregrinos polacos. Ayer, junto con la diócesis de Roma y la Iglesia que está en Polonia, hemos conmemorado en la liturgia al beato Juan Pablo II, y hoy habéis queridos participar en la canonización de tres nuevos santos. A su protección os encomiendo a vosotros y vuestras familias. Que Dios os bendiga.

A la Virgen María, que guía a los discípulos de Cristo por el camino de la santidad, nos dirigimos ahora en oración. A su intercesión encomendamos también la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo: una peregrinación a Asís, a los 25 años de la que convocó el beato Juan Pablo II.

Plaza de San Pedro. Domingo, 30 de octubre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

En la liturgia de este domingo, el apóstol san Pablo nos invita a considerar el Evangelio «no como palabra humana, sino, cual es en verdad, como Palabra de Dios» (1 Ts 2, 13). De este modo podemos acoger con

fe las advertencias que Jesús dirige a nuestra conciencia, para asumir un comportamiento acorde con ellas. En el pasaje de hoy, amonesta a los escribas y fariseos, que en la comunidad desempeñaban el papel de maestros, porque su conducta estaba abiertamente en contraste con la enseñanza que proponían a los demás con rigor. Jesús subraya que ellos «dicen, pero no hacen» (Mt 23, 3); más aún, «lían fardos pesados y se los cargan a la gente en los hombros, pero ellos no están dispuestos a mover un dedo para empujar» (Mt 23, 4). Es necesario acoger la buena doctrina, pero se corre el riesgo de desmentirla con una conducta incoherente. Por esto Jesús dice: «Haced y cumplid todo lo que os digan; pero no hagáis lo que ellos hacen» (Mt 23, 3). La actitud de Jesús es exactamente la opuesta: él es el primero en practicar el mandamiento del amor, que enseña a todos, y puede decir que es un peso ligero y suave precisamente porque nos ayuda a llevarlo juntamente con él (cf. Mt 11, 29-30).

Pensando en los maestros que oprimen la libertad de los demás en nombre de su propia autoridad, san Buenaventura indica quién es el auténtico Maestro, afirmando: «Nadie puede enseñar, ni obrar, ni alcanzar las verdades conocibles sin que esté presente el Hijo de Dios» (*Sermo I de Tempore, Dom. XXII post Pentecosten, Opera omnia*, IX, Quaracchi, 1901, p. 442). «Jesús se sienta en la “cátedra” como

el Moisés más grande, que extiende la Alianza a todos los pueblos» (*Jesús de Nazaret*, Madrid 2007, p. 93). ¡Él es nuestro verdadero y único Maestro! Por ello, estamos llamados a seguir al Hijo de Dios, al Verbo encarnado, que manifiesta la verdad de su enseñanza a través de la fidelidad a la voluntad del Padre, a través del don de sí mismo. Escribe el beato Antonio Rosmini: «El primer maestro forma a todos los demás maestros, del mismo modo que forma a los discípulos, porque [tanto unos como otros] existen solo en virtud de ese tácito pero poderosísimo magisterio» (*Idea della Sapienza*, 82, en: *Introduzione alla filosofia*, vol. II, Roma 1934, p. 143). Jesús condena enérgicamente también la vanagloria y asegura que obrar «para que los vea la gente» (*Mt 23, 5*) pone a merced de la aprobación humana, amenazando los valores que fundan la autenticidad de la persona.

Queridos amigos, el Señor Jesús se presentó al mundo como siervo, se despojó totalmente de sí mismo y se rebajó hasta dar en la cruz la más elocuente lección de humildad y de amor. De su ejemplo brota la propuesta de vida: «El primero entre vosotros será vuestro servidor» (*Mt 23, 11*). Invoquemos la intercesión de María santísima y pidamos, de modo especial, por aquellos que en la comunidad cristiana están llamados al ministerio de la doctrina, para que testimonien siempre con obras las verdades que transmiten con la palabra.

Plaza de San Pedro. Martes, 1 de noviembre de 2011. Solemnidad de Todos los santos

Queridos hermanos y hermanas:

La solemnidad de Todos los Santos es ocasión propicia para elevar la mirada de las realidades terrenas, marcadas por el tiempo, a la dimensión de Dios, la dimensión de la eternidad y de la santidad. La liturgia nos recuerda hoy que la santidad es la vocación originaria de todo bautizado (cf. *Lumen gentium*, 40). En efecto, Cristo, que con el Padre y con el Espíritu es el único Santo (cf. *Ap 15, 4*), amó a la Iglesia como a su esposa y se entregó por ella con el fin de santificarla (cf. *Ef 5, 25-26*). Por esta razón, todos los miembros del pueblo de Dios están llamados a ser santos, según la afirmación del apóstol san Pablo: «Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (*1 Ts 4, 3*). Así pues, se nos invita a mirar a la Iglesia no solo en su aspecto temporal y humano, marcado por la fragilidad, sino como Cristo la ha querido, es decir, como «comunidad de los santos» (*Catecismo de la Iglesia católica*, n. 946). En el *Credo* profesamos la Iglesia «santa», santa en cuanto que es el Cuerpo de Cristo, es instrumento de participación en los santos Misterios -en primer lugar, la Eucaristía- y familia de los santos, a cuya protección se nos encomienda en el día del Bautismo. Hoy veneramos precisamente a esta innumerable comunidad de Todos

los Santos, los cuales, a través de sus diferentes itinerarios de vida, nos indican diversos caminos de santidad, unidos por un único denominador: seguir a Cristo y configurarse con él, fin último de nuestra historia humana. De hecho, todos los estados de vida pueden llegar a ser, con la acción de la gracia y con el esfuerzo y la perseverancia de cada uno, caminos de santificación.

La conmemoración de los fieles difuntos, a la que se dedica el día 2 de noviembre, nos ayuda a recordar a nuestros seres queridos que nos han dejado, y a todas las almas que están en camino hacia la plenitud de la vida, precisamente en el horizonte de la Iglesia celestial, a la que la solemnidad de hoy nos ha elevado. Ya desde los primeros tiempos de la fe cristiana, la Iglesia terrena, reconociendo la comunión de todo el Cuerpo místico de Jesucristo, ha cultivado con gran piedad la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios por ellos. Nuestra oración por los muertos es, por tanto, no solo útil sino también necesaria, porque no solo les puede ayudar, sino que al mismo tiempo hace eficaz su intercesión en favor nuestro (cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 958). También la visita a los cementerios, a la vez que conserva los vínculos de afecto con quienes nos han amado en esta vida, nos recuerda que todos tendemos hacia otra vida, más allá de la muerte.

Por eso, el llanto debido a la separación terrena no ha de prevalecer sobre la certeza de la resurrección, sobre la

esperanza de llegar a la bienaventuranza de la eternidad, «momento pleno de satisfacción, en el cual la totalidad nos abraza y nosotros abrazamos la totalidad» (*Spe salvi*, 12). En efecto, el objeto de nuestra esperanza consiste en gozar en la presencia de Dios en la eternidad. Lo prometió Jesús a sus discípulos, diciendo: «Volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría» (*Jn* 16, 22).

A la Virgen María, Reina de todos los santos, encomendamos nuestra peregrinación hacia la patria celestial, mientras invocamos para nuestros hermanos y hermanas difuntos su maternal intercesión.

Plaza de San Pedro. Domingo, 6 de noviembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

Las lecturas bíblicas de la liturgia de este domingo nos invitan a prolongar la reflexión sobre la vida eterna, iniciada con ocasión de la Conmemoración de todos los fieles difuntos. Sobre este punto es neta la diferencia entre quien cree y quien no cree, o -se podría igualmente decir- entre quien espera y quien no espera. San Pablo escribe a los Tesalonicenses: «No queremos que ignoréis la suerte de los difuntos para que no os aflijáis como los que no tienen esperanza» (*1 Ts* 4, 13). La fe en la muerte y resurrección de Jesucristo marca,

también en este campo, un momento decisivo. Asimismo, san Pablo recuerda a los cristianos de Éfeso que, antes de acoger la Buena Nueva, estaban «sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2, 12). De hecho, la religión de los griegos, los cultos y los mitos paganos no podían iluminar el misterio de la muerte, hasta el punto de que una antigua inscripción decía: «*In nihil ab nihilo quam cito recidimus*», que significa: «¡Qué pronto volvemos a caer de la nada a la nada!». Si quitamos a Dios, si quitamos a Cristo, el mundo vuelve a caer en el vacío y en la oscuridad. Y esto se puede constatar también en las expresiones del nihilismo contemporáneo, un nihilismo a menudo inconsciente que lamentablemente contagia a muchos jóvenes.

El Evangelio de hoy es una célebre parábola, que habla de diez muchachas invitadas a una fiesta de bodas, símbolo del reino de los cielos, de la vida eterna (cf. Mt 25, 1-13). Es una imagen feliz, con la que sin embargo Jesús enseña una verdad que nos hace reflexionar; de hecho, de aquellas diez muchachas, cinco entran en la fiesta, porque, a la llegada del esposo, tienen aceite para encender sus lámparas; mientras que las otras cinco se quedan fuera, porque, necias, no han llevado aceite. ¿Qué representa este «aceite», indispensable para ser admitidos al banquete nupcial? San Agustín (cf. *Discursos* 93, 4) y otros autores antiguos leen en él un símbolo del amor, que no se puede comprar, sino que se recibe como don, se conser-

va en lo más íntimo y se practica en las obras. Aprovechar la vida mortal para realizar obras de misericordia es verdadera sabiduría, porque, después de la muerte, eso ya no será posible. Cuando nos despierten para el juicio final, este se realizará según el amor practicado en la vida terrena (cf. Mt 25, 31-46). Y este amor es don de Cristo, derramado en nosotros por el Espíritu Santo. Quien cree en Dios-Amor lleva en sí una esperanza invencible, como una lámpara para atravesar la noche más allá de la muerte, y llegar a la gran fiesta de la vida.

A María, *Sedes Sapientiae*, pidamos que nos enseñe la verdadera sabiduría, la que se hizo carne en Jesús. Él es el camino que conduce de esta vida a Dios, al Eterno. Él nos ha dado a conocer el rostro del Padre, y así nos ha donado una esperanza llena de amor. Por esto, la Iglesia se dirige a la Madre del Señor con estas palabras: «*Vita, dulcedo, et spes nostra*». Aprendamos de ella a vivir y morir en la esperanza que no defrauda.

Plaza de San Pedro. Domingo, 13 de noviembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

La Palabra de Dios de este domingo -el penúltimo del año litúrgico- nos advierte de la precariedad de la existencia terrena y nos invita a vivirla como

una peregrinación, teniendo la mirada fija en la meta, en aquel Dios que nos ha creado y, dado que nos ha hecho para sí (cf. san Agustín, *Confesiones*. 1, 1), es nuestro destino último y el sentido de nuestra vida. Paso obligado para llegar a esa realidad definitiva es la muerte, seguida del juicio final. El apóstol Pablo recuerda que «el día del Señor llegará como un ladrón en la noche» (1 Ts 5, 2), es decir, sin avisar. La conciencia del retorno glorioso del Señor Jesús nos impulsa a vivir en una actitud de vigilancia, esperando su manifestación en la constante memoria de su primera venida.

En la célebre parábola de los talentos -que narra el evangelista Mateo (cf. 25, 14-30)-, Jesús habla de tres siervos a los que el señor, en el momento de partir para un largo viaje, les confía sus bienes. Dos de ellos se comportan bien, porque hacen fructificar el doble los bienes recibidos. El tercero, en cambio, esconde el dinero recibido en un hoyo. Al volver a casa, el señor pide cuentas a los siervos de lo que les había confiado y, mientras se complace con los dos primeros, el tercero lo defrauda. En efecto, el siervo que mantuvo escondido el talento sin valorizarlo hizo mal sus cálculos: se comportó como si su señor ya no fuera a regresar, como si no hubiera un día en que le pediría cuentas de su actuación. Con esta parábola, Jesús quiere enseñar a los discípulos a usar bien sus dones: Dios llama a cada hombre a la vida y le entrega talentos, confiándole al mismo

tiempo una misión que cumplir. Sería de necios pensar que estos dones se nos deben, y renunciar a emplearlos sería incumplir el fin de la propia existencia. Comentando esta página evangélica, san Gregorio Magno nota que el Señor a nadie niega el don de su caridad, del amor. Escribe: «Por esto, es necesario, hermanos míos, que pongáis sumo cuidado en la custodia de la caridad, en toda acción que tengáis que realizar» (*Homilias sobre los Evangelios* 9, 6). Y tras precisar que la verdadera caridad consiste en amar tanto a los amigos como a los enemigos, añade: «Si uno adolece de esta virtud, pierde todo bien que tiene, es privado del talento recibido y arrojado fuera, a las tinieblas» (*ib.*).

Queridos hermanos, acojamos la invitación a la vigilancia, a la que tantas veces nos exhortan las Escrituras. Esta es la actitud de quien sabe que el Señor volverá y querrá ver en nosotros los frutos de su amor. La caridad es el bien fundamental que nadie puede dejar de hacer fructificar y sin el cual cualquier otro don es vano (cf. 1 Co 13, 3). Si Jesús nos ha amado hasta el punto de dar su vida por nosotros (cf. 1 Jn 3, 16), ¿cómo podríamos no amar a Dios con todas nuestras fuerzas y amarnos de todo corazón los unos a los otros? (cf. 1 Jn 4, 11). Solo practicando la caridad, también nosotros podremos participar en la alegría de nuestro Señor. Que la Virgen María sea nuestra maestra de laboriosa y alegre vigilancia en el camino hacia el encuentro con Dios.

AUDIENCIAS

Sala Pablo VI. Miércoles, 26 de octubre de 2011

Plegaria en preparación del Encuentro de Asís. *Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz*

Queridos hermanos y hermanas:

La acostumbrada cita de la audiencia general hoy adquiere un carácter especial, porque estamos en la víspera de la *Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo*, que tendrá lugar mañana en Asís, a los veinticinco años del primer histórico encuentro convocado por el beato Juan Pablo II. Quise dar a esta jornada el título: «Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz», para significar el compromiso que queremos renovar solemnemente, junto con los miembros de las distintas religiones, y también con hombres no creyentes pero en búsqueda sincera de la verdad, en la promoción del verdadero bien de la humanidad y en la construcción de la paz. Como ya he recordado, «quien está en camino hacia Dios no puede menos de transmitir paz; quien construye paz no puede menos de acercarse a Dios» (*Ángelus*, 1 de enero de 2011: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 9 de enero de 2011, p. 7).

Como cristianos, estamos convencidos de que la contribución más valiosa que podemos dar a la causa de la paz es la oración. Por este motivo, nos en-

contramos hoy, como Iglesia de Roma, junto con los peregrinos presentes en la Urbe, a la escucha de la Palabra de Dios, para invocar con fe el don de la paz. El Señor puede iluminar nuestra mente y nuestro corazón y guiarnos a ser constructores de justicia y de reconciliación en nuestras realidades cotidianas y en el mundo.

En el pasaje del profeta Zacarías que acabamos de escuchar, resonó un anuncio lleno de esperanza y de luz (cf. *Zac* 9, 10). Dios promete la salvación, invita a «saltar de gozo» porque esta salvación está a punto de realizarse. Se habla de un rey: «Mira que viene tu rey, justo y triunfador» (v. 9), pero lo que se anuncia no es un rey que se presenta con el poder humano, con la fuerza de las armas; no es un rey que domina con el poder político y militar; es un rey manso, que reina con la humildad y la mansedumbre ante Dios y ante los hombres, un rey distinto respecto a los grandes soberanos del mundo: «montado en un borrico, en un pollino de asna», dice el profeta (*ib.*). Él se manifiesta montando el animal de la gente común, del pobre, en contraste con los carros de guerra de los ejércitos de los poderosos de la tierra. Más aún, es un rey que hará desaparecer estos carros, romperá los arcos guerreros, proclamará la paz a los pueblos (cf. v. 10).

¿Pero quién es este rey del que habla el profeta Zacarías? Vayamos por un

momento a Belén y volvamos a escuchar lo que dice el ángel a los pastores que velaban de noche cuidando su rebaño. El ángel anuncia una alegría que será de todo el pueblo, vinculada a un signo pobre: un niño envuelto en pañales, acostado en un pesebre (cf. *Lc 2, 8-12*). El ejército celestial canta: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que él ama» (cf. v. 14), a los hombres de buena voluntad. El nacimiento de aquel niño, que es Jesús, trae un anuncio de paz para todo el mundo. Pero vayamos también a los momentos finales de la vida de Cristo, cuando entra en Jerusalén acogido por una multitud en fiesta. El anuncio del profeta Zacarías de la venida de un rey humilde y manso volvió de modo especial a la mente de los discípulos de Jesús después de los sucesos de la pasión, muerte y resurrección, del Misterio pascual, cuando volvieron con los ojos de la fe al ingreso gozoso del Maestro en la ciudad santa. Él monta un asno, que tomó prestado (cf. *Mt 21, 2-7*): no va en una suntuosa carroza, ni en un caballo, como los grandes. No entra en Jerusalén acompañado por un poderoso ejército de carros y caballeros. Él es un rey pobre, el rey de los que son los pobres de Dios. En el texto griego aparece el término *praëis*, que significa los mansos, los apacibles; Jesús es el rey de los *anawim*, de aquellos que tienen el corazón libre del afán de poder y de riqueza material, de la voluntad y de la búsqueda de dominio sobre los demás. Jesús es el rey de cuantos tienen esa libertad interior que hace capaces de su-

perar la avidez, el egoísmo que hay en el mundo, y saben que solo Dios es su riqueza. Jesús es rey pobre entre los pobres, manso entre aquellos que quieren ser mansos. De este modo él es rey de paz, gracias al poder de Dios, que es el poder del bien, el poder del amor. Es un rey que hará desaparecer los carros y los caballos de batalla, que quebrará los arcos de guerra; un rey que realiza la paz en la cruz, uniendo la tierra y el cielo y construyendo un puente fraterno entre todos los hombres. La cruz es el nuevo *arco de paz*, signo e instrumento de reconciliación, de perdón, de comprensión; signo de que el amor es más fuerte que todo tipo de violencia y opresión, más fuerte que la muerte: el mal se vence con el bien, con el amor.

Este es el nuevo reino de paz donde Cristo es el rey; y es un reino que se extiende por toda la tierra. El profeta Zacarías anuncia que este rey manso, pacífico, dominará «de mar a mar, desde el Río hasta los extremos del país» (*Zac 9, 10*). El reino que Cristo inaugura tiene dimensiones universales. El horizonte de este rey pobre, manso, no es el de un territorio, de un Estado, sino que son los confines del mundo. Él crea comunión, crea unidad, más allá de toda barrera de raza, lengua o cultura. ¿Dónde vemos hoy la realización de este anuncio? La profecía de Zacarías reaparece luminosa en la gran red de las comunidades eucarísticas que se extiende en toda la tierra. Es un gran mosaico de comunidades en las que se hace presente el sacrificio de

amor de este rey manso y pacífico; es el gran mosaico que constituye el «Reino de paz» de Jesús de mar a mar hasta los confines del mundo; es una multitud de «islas de paz», que irradian paz. Por todos lados, en todo lugar, en toda cultura, desde las grandes ciudades con sus edificios hasta los pequeños poblados con las humildes moradas, desde las grandes catedrales hasta las pequeñas capillas, él viene, se hace presente; y al entrar en comunión con él, también los hombres están unidos entre ellos en un único cuerpo, superando la división, la rivalidad, los rencores. El Señor viene en la Eucaristía para sacarnos de nuestro individualismo, de nuestros particularismos que excluyen a los demás, para hacer de nosotros un solo cuerpo, un solo reino de paz en un mundo dividido.

¿Pero cómo podemos construir este reino de paz del que Cristo es el rey? El mandamiento que él deja a sus Apóstoles y, a través de ellos, a todos nosotros es: «Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos... Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin de los tiempos» (*Mt 28, 19.21*). Como Jesús, los mensajeros de paz de su reino deben ponerse en camino, deben responder a su invitación. Deben ir, pero no con el poder de la guerra o con la fuerza del poder. En el pasaje del Evangelio que hemos escuchado, Jesús envía a setenta y dos discípulos a la gran mies que es el mundo, invitándolos a rogar al Señor de la mies que no falten nunca obreros a su mies (cf. *Lc 10, 1-3*); pero

no los envía con medios poderosos, sino «como corderos en medio de lobos» (v. 3), sin bolsa, ni alforja, ni sandalias (cf. v. 4). San Juan Crisóstomo, en una de sus homilías, comenta: «Mientras seamos corderos, venceremos e, incluso si estamos rodeados por numerosos lobos, lograremos vencerlos. Pero si nos convertimos en lobos, seremos vencidos, porque estaremos privados de la ayuda del pastor» (*Homilía 33, 1: PG 57, 389*). Los cristianos no deben nunca ceder a la tentación de convertirse en lobos entre los lobos; el reino de paz de Cristo no se extiende con el poder, con la fuerza, con la violencia, sino con el don de uno mismo, con el amor llevado al extremo, incluso hacia los enemigos. Jesús no vence al mundo con la fuerza de las armas, sino con la fuerza de la cruz, que es la verdadera garantía de la victoria. Y para quien quiere ser discípulo del Señor, su enviado, esto tiene como consecuencia el estar preparado también a la pasión y al martirio, a perder la propia vida por él, para que en el mundo triunfen el bien, el amor, la paz. Esta es la condición para poder decir, entrando en cada realidad: «Paz a esta casa» (*Lc 10, 5*).

Delante de la basílica de San Pedro hay dos grandes estatuas de san Pedro y san Pablo, fácilmente identificables: san Pedro tiene en la mano las llaves, san Pablo en cambio sostiene una espada. Quien no conoce la historia de este último podría pensar que se trata de un gran caudillo que guió grandes ejércitos y con la espada sometió pueblos y nacio-

nes, procurándose fama y riqueza con la sangre de los demás. En cambio, es exactamente lo contrario: la espada que tiene entre las manos es el instrumento con el que mataron a Pablo, con el que sufrió el martirio y derramó su propia sangre. Su batalla no fue la de la violencia, de la guerra, sino la del martirio por Cristo. Su única arma fue precisamente el anuncio de «Jesucristo, y este crucificado» (1 Co 2, 2). Su predicación no se basó en «persuasiva sabiduría humana, sino en la manifestación y el poder del Espíritu» (v. 4). Dedicó su vida a llevar el mensaje de reconciliación y de paz del Evangelio, gastando sus energías para hacerlo resonar hasta los confines de la tierra. Esta fue su fuerza: no buscó una vida tranquila, cómoda, alejada de las dificultades, de las contrariedades, sino que se gastó por el Evangelio, se entregó sin reservas, y así se convirtió en el gran mensajero de la paz y de la reconciliación de Cristo. La espada que san Pablo tiene en sus manos remite también al poder de la verdad, que a menudo puede herir, puede hacer mal. El Apóstol fue fiel a esta verdad hasta el final, fue su servidor, sufrió por ella, entregó su vida por ella. Esta misma lógica es válida también para nosotros, si queremos ser portadores del reino de paz anunciado por el profeta Zacarías y realizado por Cristo: debemos estar dispuestos a pagar en persona, a sufrir en primera persona la incomprensión, el rechazo, la persecución. No es la espada del conquistador la que construye la paz, sino la espada de quien sufre, de quien sabe donar la propia vida.

Queridos hermanos y hermanas, como cristianos queremos invocar de Dios el don de la paz, queremos pedirle que nos haga instrumentos de su paz en un mundo todavía desgarrado por el odio, las divisiones, los egoísmos, las guerras; queremos pedirle que el encuentro de mañana en Asís favorezca el diálogo entre personas de distintas pertenencias religiosas y traiga un rayo de luz capaz de iluminar la mente y el corazón de todos los hombres, para que el rencor ceda el paso al perdón, la división a la reconciliación, el odio al amor, la violencia a la mansedumbre, y en el mundo reine la paz. Amén.

Sala Pablo VI. Miércoles, 2 de noviembre de 2011

Conmemoración de todos los fieles difuntos

Queridos hermanos y hermanas:

Después de celebrar la solemnidad de Todos los Santos, la Iglesia nos invita hoy a conmemorar a todos los fieles difuntos, a dirigir nuestra mirada a los numerosos rostros que nos han precedido y que han finalizado el camino terreno. En la audiencia de hoy, por eso, quiero proponeros algunos sencillos pensamientos sobre la realidad de la muerte, que para nosotros, los cristianos, está iluminada por la Resurrección de Cristo, y para renovar nuestra fe en la vida eterna.

Como ya dije ayer en el Ángelus, en estos días, se visita el cementerio para rezar por los seres queridos que nos han dejado; es como ir a visitarlos para expresarles, una vez más, nuestro afecto, para sentirlos todavía cercanos, recordando también, de este modo, un artículo del Credo: en la comunión de los santos hay un estrecho vínculo entre nosotros, que aún caminamos en esta tierra, y los numerosos hermanos y hermanas que ya han alcanzado la eternidad.

El hombre desde siempre se ha preocupado de sus muertos y ha tratado de darles una especie de segunda vida a través de la atención, el cuidado y el afecto. En cierto sentido, se quiere conservar su experiencia de vida; y, de modo paradójico, precisamente desde las tumbas, ante las cuales se agolpan los recuerdos, descubrimos cómo vivieron, qué amaron, qué temieron, qué esperaron y qué detestaron. Las tumbas son casi un espejo de su mundo.

¿Por qué es así? Porque, aunque la muerte sea con frecuencia un tema casi prohibido en nuestra sociedad, y continuamente se intenta quitar de nuestra mente el solo pensamiento de la muerte, esta nos concierne a cada uno de nosotros, concierne al hombre de toda época y de todo lugar. Ante este misterio, todos, incluso inconscientemente, buscamos algo que nos invite a esperar, un signo que nos proporcione consolación, que abra algún horizonte, que ofrezca también un fu-

turo. El camino de la muerte, en realidad, es una senda de esperanza; y recorrer nuestros cementerios, así como leer las inscripciones sobre las tumbas, es realizar un camino marcado por la esperanza de eternidad.

Pero nos preguntamos: ¿Por qué experimentamos temor ante la muerte? ¿Por qué una gran parte de la humanidad nunca se ha resignado a creer que más allá de la muerte no existe simplemente la nada? Diría que las respuestas son múltiples: tenemos miedo ante la muerte porque tenemos miedo a la nada, a este partir hacia algo que no conocemos, que ignoramos. Y entonces hay en nosotros un sentido de rechazo pues no podemos aceptar que todo lo bello y grande realizado durante toda una vida se borre improvisamente, que caiga en el abismo de la nada. Sobre todo sentimos que el amor requiere y pide eternidad, y no se puede aceptar que la muerte lo destruya en un momento.

También sentimos temor ante la muerte porque, cuando nos encontramos hacia el final de la existencia, existe la percepción de que hay un juicio sobre nuestras acciones, sobre cómo hemos gestionado nuestra vida, especialmente sobre aquellos puntos de sombra que, con habilidad, frecuentemente sabemos remover o tratamos de remover de nuestra conciencia. Diría que precisamente la cuestión del juicio, a menudo, está implicada en el interés del hombre de todos los tiempos

por los difuntos, en la atención hacia las personas que han sido importantes para él y que ya no están a su lado en el camino de la vida terrena. En cierto sentido, los gestos de afecto, de amor, que rodean al difunto, son un modo de protegerlo basados en la convicción de que esos gestos no quedan sin efecto sobre el juicio. Esto lo podemos percibir en la mayor parte de las culturas que caracterizan la historia del hombre.

Hoy el mundo se ha vuelto, al menos aparentemente, mucho más racional; o mejor, se ha difundido la tendencia a pensar que toda realidad se deba afrontar con los criterios de la ciencia experimental, y que incluso a la gran cuestión de la muerte se deba responder no tanto con la fe, cuanto partiendo de conocimientos experimentales, empíricos. Sin embargo, no se llega a dar cuenta suficientemente de que precisamente de este modo se acaba por caer en formas de espiritismo, intentando tener algún contacto con el mundo más allá de la muerte, casi imaginando que exista una realidad que, al final, sería una copia de la presente.

Queridos amigos, la solemnidad de Todos los Santos y la Conmemoración de todos los fieles difuntos nos dicen que solamente quien puede reconocer una gran esperanza en la muerte, puede también vivir una vida a partir de la esperanza. Si reducimos al hombre exclusivamente a su dimensión horizontal, a lo que se puede percibir empíricamente, la vida misma pierde su

sentido profundo. El hombre necesita eternidad, y para él cualquier otra esperanza es demasiado breve, es demasiado limitada. El hombre se explica solo si existe un Amor que supera todo aislamiento, incluso el de la muerte, en una totalidad que trascienda también el espacio y el tiempo. El hombre se explica, encuentra su sentido más profundo, solamente si existe Dios. Y nosotros sabemos que Dios salió de su lejanía y se hizo cercano, entró en nuestra vida y nos dice: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí no morirá para siempre» (*Jn 11, 25-26*).

Pensemos un momento en la escena del Calvario y volvamos a escuchar las palabras que Jesús, desde lo alto de la cruz, dirige al malhechor crucificado a su derecha: «En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso» (*Lc 23, 43*). Pensemos en los dos discípulos que van hacia Emaús, cuando, después de recorrer un tramo de camino con Jesús resucitado, lo reconocen y parten sin demora hacia Jerusalén para anunciar la Resurrección del Señor (cf. *Lc 24, 13-35*). Con renovada claridad, vuelven a la mente las palabras del Maestro: «No se turbe vuestro corazón, creed en Dios y creed también en mí. En la casa de mi Padre, hay muchas moradas; si no, os lo habría dicho, porque me voy a prepararos un lugar» (*Jn 14, 1-2*). Dios se manifestó verdaderamente, se hizo accesible, amó tanto al mundo «que entregó a su Unigénito, para que

todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3, 16), y en el supremo acto de amor de la cruz, sumergiéndose en el abismo de la muerte, la venció, resucitó y nos abrió también a nosotros las puertas de la eternidad. Cristo nos sostiene a través de la noche de la muerte que él mismo cruzó; él es el Buen Pastor, a cuya guía nos podemos confiar sin ningún miedo, porque él conoce bien el camino, incluso a través de la oscuridad.

Cada domingo reafirmamos esta verdad al recitar el Credo. Y al ir a los cementerios y rezar con afecto y amor por nuestros difuntos, se nos invita, una vez más, a renovar con valentía y con fuerza nuestra fe en la vida eterna, más aún, a vivir con esta gran esperanza y testimoniarla al mundo: tras el presente no se encuentra la nada. Y precisamente la fe en la vida eterna da al cristiano la valentía de amar aún más intensamente nuestra tierra y de trabajar por construirle un futuro, por darle una esperanza verdadera y firme. Gracias.

Plaza de San Pedro. Miércoles 9 de noviembre de 2011

Salmo 119 (118)

Queridos hermanos y hermanas

En las catequesis pasadas meditamos sobre algunos Salmos que son

ejemplos de los géneros típicos de oración: lamentación, confianza, alabanza. En la catequesis de hoy quiero detenerme sobre el Salmo 119 según la tradición judía, 118 según la tradición greco-latina: un Salmo muy especial, único en su género. Lo es ante todo por su extensión: está compuesto por 176 versículos divididos en 22 estrofas de ocho versículos cada una. Luego tiene la peculiaridad de que es un «acróstico alfabético»: es decir, está construido según el alfabeto hebreo, que se compone de 22 letras. Cada estrofa corresponde a una letra de ese alfabeto, y con dicha letra comienza la primera palabra de los ocho versículos de la estrofa. Se trata de una construcción literaria original y muy laboriosa, donde el autor del Salmo tuvo que desplegar toda su habilidad.

Pero lo más importante para nosotros es la temática central de este Salmo: se trata, en efecto, de un imponente y solemne canto sobre la *Torá* del Señor, es decir, sobre su Ley, término que, en su acepción más amplia y completa, se ha de entender como enseñanza, instrucción, directriz de vida; la *Torá* es revelación, es Palabra de Dios que interpela al hombre y provoca en él la respuesta de obediencia confiada y de amor generoso. Y de amor por la Palabra de Dios está impregnado todo este Salmo, que celebra su belleza, su fuerza salvífica, su capacidad de dar alegría y vida. Porque la Ley divina no es yugo pesado de esclavitud, sino don de gracia que libera y conduce a la felicidad.

«Tus decretos son mi delicia, no olvidaré tus palabras», afirma el salmista (v. 16); y luego: «Guíame por la senda de tus mandatos, porque ella es mi gozo» (v. 35); y también: «¡Cuánto amo tu ley! Todo el día la estoy meditando» (v. 97). La Ley del Señor, su Palabra, es el centro de la vida del orante; en ella, encuentra consuelo, la hace objeto de meditación, la conserva en su corazón: «En mi corazón, escondo tus consignas, así no pecaré contra ti» (v. 11); este es el secreto de la felicidad del salmista; y añade: «Los insolentes urden engaños contra mí, pero yo custodio tus mandatos de todo corazón» (v. 69).

La fidelidad del salmista nace de la escucha de la Palabra, de custodiarla en su interior, meditándola y amándola, precisamente como María, que «conservaba, meditándolas en su corazón» las palabras que le habían sido dirigidas y los acontecimientos maravillosos en los que Dios se revelaba, pidiendo su asentimiento de fe (cf. *Lc 2, 19.51*). Y si nuestro Salmo comienza en los primeros versículos proclamando «dichoso» «el que camina en la Ley del Señor» (v. 1b) y «el que guarda sus preceptos» (v. 2a), es también la Virgen María quien lleva a cumplimiento la perfecta figura del creyente descrito por el salmista. En efecto, ella es la verdadera «dichosa», proclamada como tal por Isabel «porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá» (*Lc 1, 45*), y de ella y de su fe, Jesús mismo da testimonio cuando, a la mujer que había gritado «Bienaventurado el vientre que te llevó», responde:

«Mejor, bienaventurados los que escuchan la Palabra de Dios y la cumplen» (*Lc 11, 27-28*). Ciertamente María es bienaventurada porque su vientre llevó al Salvador, pero sobre todo porque acogió el anuncio de Dios, porque fue una custodia atenta y amorosa de su Palabra.

El Salmo 119 está, por tanto, totalmente tejido en torno a esta Palabra de vida y de bienaventuranza. Si su tema central es la «Palabra» y la «Ley» del Señor, junto a estos términos, se encuentran en casi todos los versículos sinónimos como «preceptos», «decretos», «mandamientos», «enseñanzas», «promesa», «juicios»; y luego numerosos verbos relacionados con ellos, como observar, guardar, comprender, conocer, amar, meditar, vivir. Todo el alfabeto se articula a través de las 22 estrofas de este Salmo, y también todo el vocabulario de la relación confiada del creyente con Dios; en él encontramos la alabanza, la acción de gracias, la confianza, pero también la súplica y la lamentación, siempre impregnadas por la certeza de la gracia divina y del poder de la Palabra de Dios. También los versículos marcados en mayor medida por el dolor y por la sensación de oscuridad permanecen abiertos a la esperanza y están impregnados de fe. «Mi alma está pegada al polvo: reanímame con tus palabras» (v. 25), reza confiado el salmista; «Estoy como un odre puesto al humo, pero no olvido tus decretos» (v. 83), es su grito de creyente. Su fidelidad, incluso puesta a

prueba, encuentra fuerza en la Palabra del Señor: «Así responderé a los que me injurian, que confío en tu palabra» (v. 42), afirma con firmeza; e incluso ante la perspectiva angustiada de la muerte, los mandamientos del Señor son su punto de referencia y su esperanza de victoria: «Casi dieron conmigo en la tumba, pero yo no abandoné tus mandatos» (v. 87).

La ley divina, objeto del amor apasionado del salmista y de todo creyente, es fuente de vida. El deseo de comprenderla, de observarla, de orientar hacia ella todo su ser es la característica del hombre justo y fiel al Señor, que la «medita día y noche», como reza el Salmo 1 (v. 2); es una ley, la ley de Dios, para llevar «en el corazón», como dice el conocido texto del *Shema* en el Deuteronomio:

«Escucha, Israel... Estas palabras que yo te mando hoy estarán en tu corazón, se las repetirás a tus hijos y hablarás de ellas estando en casa y yendo de camino, acostado y levantado» (6, 4.6-7).

La Ley de Dios, centro de la vida, exige la escucha del corazón, una escucha hecha de obediencia no servil, sino filial, confiada, consciente. La escucha de la Palabra es encuentro personal con el Señor de la vida, un encuentro que se debe traducir en decisiones concretas y convertirse en camino y seguimiento. Cuando preguntan a Jesús qué hay que hacer para alcanzar la vida eterna, él señala el camino de la observancia de la

Ley, pero indicando cómo hacer para cumplirla totalmente: «Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo; y luego ven y sígueme» (Mc 10, 21 y par.). El cumplimiento de la Ley es seguir a Jesús, ir por el camino de Jesús, en compañía de Jesús.

El Salmo 119 nos conduce, por tanto, al encuentro con el Señor y nos orienta hacia el Evangelio. Hay en él un versículo sobre el que quiero detenerme ahora; es el v. 57: «Mi porción es el Señor; he resuelto guardar tus palabras». También en otros Salmos el orante afirma que el Señor es su «lote», su herencia: «El Señor es el lote de mi heredad y mi copa», reza el Salmo 16 (v. 5a), «Dios es la roca de mi corazón y mi lote perpetuo» es la proclamación del fiel en el Salmo 73 (v. 26 b), y también, en el Salmo 142, el salmista grita al Señor: «Tú eres mi refugio y mi lote en el país de la vida» (v. 6b).

Este término «lote» evoca el hecho de la repartición de la tierra prometida entre las tribus de Israel, cuando a los Levitas no se les asignó ninguna porción del territorio, porque su «lote» era el Señor mismo. Dos textos del Pentateuco son explícitos al respecto, utilizando el término en cuestión: «El Señor dijo a Aarón: “Tu no tendrás heredad ninguna en su tierra; no habrá para ti *porción* entre ellos. Yo soy tu *porción* y tu heredad en medio de los hijos de Israel”», así declara el Libro de los Números (18, 20), y el Deuterono-

mio reafirma: «Por eso, Leví no recibió *parte* en la heredad de sus hermanos, sino que el Señor es su heredad, como le dijo el Señor, tu Dios» (*Dt* 10, 9; cf. *Dt* 18, 2; *Jos* 13, 33; *Ez* 44, 28).

Los sacerdotes, pertenecientes a la tribu de Leví, no pueden ser propietarios de tierras en el país que Dios donaba en herencia a su pueblo cumpliendo la promesa hecha a Abraham (cf. *Gn* 12, 1-7). La posesión de la tierra, elemento fundamental de estabilidad y de posibilidad de supervivencia, era signo de bendición, porque implicaba la posibilidad de construir una casa, criar a los hijos, cultivar los campos y vivir de los frutos de la tierra. Pues bien, los levitas, mediadores de lo sagrado y de la bendición divina, no pueden poseer, como los demás israelitas, este signo exterior de la bendición y esta fuente de subsistencia. Entregados totalmente al Señor, deben vivir solo de él, abandonados a su amor providente y a la generosidad de los hermanos, sin tener heredad porque Dios es su parte de heredad, Dios es su tierra, que los hace vivir en plenitud.

Y ahora el orante del Salmo 119 se aplica a sí mismo esta realidad: «Mi lote es el Señor». Su amor a Dios y a su Palabra lo lleva a la elección radical de tener al Señor como único bien y también de custodiar sus palabras como don valioso, máspreciado que toda heredad y toda posesión terrena. Nuestro versículo, en efecto, se puede traducir de dos maneras, incluso de la siguiente forma:

«Mi lote, Señor, he dicho, es custodiar tus palabras». Las dos traducciones no se contradicen, más aún, se complementan recíprocamente: el salmista está afirmando que su lote es el Señor, pero que también custodiar las palabras divinas es su heredad, como dirá luego en el v. 111: «Tus preceptos son mi herencia perpetua, la alegría de mi corazón». Esta es la felicidad del salmista: a él, como a los Levitas, se le dió como porción de heredad la Palabra de Dios.

Queridos hermanos y hermanas, estos versículos son de gran importancia también hoy para todos nosotros. En primer lugar, para los sacerdotes, llamados a vivir solo del Señor y de su Palabra, sin otras seguridades, teniéndolo a él como único bien y única fuente de vida verdadera. A esta luz, se comprende la libre elección del celibato por el Reino de los cielos que se ha de redescubrir en su belleza y fuerza. Pero estos versículos son importantes también para todos los fieles, pueblo de Dios que pertenece solo a él, «reino de sacerdotes» para el Señor (cf. *1 P* 2, 9; *Ap* 1, 6; 5, 10), llamados a la radicalidad del Evangelio, testigos de la vida traída por Cristo, nuevo y definitivo «Sumo Sacerdote» que se entregó en sacrificio por la salvación del mundo (cf. *Hb* 2, 17; 4, 14-16; 5, 5-10; 9, 11ss). El Señor y su Palabra son nuestra «tierra», en la que podemos vivir en la comunión y en la alegría.

Por lo tanto, dejemos al Señor que nos ponga en el corazón este amor a

su Palabra, y nos done tenerlo siempre a él y su santa voluntad en el centro de nuestra vida. Pidamos que nuestra oración y toda nuestra vida sean iluminadas por la Palabra de Dios, lámpara para nuestros pasos y luz en nuestro camino, como dice el Salmo 119 (cf. v. 105), de modo que nuestro andar sea seguro, en la tierra de los hombres. Y María, que acogió y engendró la Palabra, sea nuestra guía y consuelo, estrella polar que indica la senda de la felicidad.

Entonces también nosotros podremos gozar en nuestra oración, como el orante del Salmo 16, de los dones inesperados del Señor y de la inmerecida heredad que nos tocó en suerte: «El Señor es el lote de mi heredad y mi copa... Me ha tocado un lote hermoso, me encanta mi heredad» (*Sal* 16, 5.6).

Plaza de San Pedro. Miércoles, 16 de noviembre de 2011

Salmo 110 (109)

Queridos hermanos y hermanas:

Quiero concluir hoy mis catequisis sobre la oración del Salterio meditando uno de los famosos «Salmos reales», un Salmo que Jesús mismo citó y que los autores del Nuevo Testamento retomaron ampliamente y leyeron en relación al Mesías, a Cristo. Se trata del Salmo 110 según la tradición judía, 109 se-

gún la tradición greco-latina; un Salmo muy apreciado por la Iglesia antigua y por los creyentes de todas las épocas. Esta oración, en los comienzos, tal vez estaba vinculada a la entronización de un rey davídico; sin embargo, su sentido va más allá de la contingencia específica del hecho histórico, abriéndose a dimensiones más amplias y convirtiéndose de esta forma en celebración del Mesías victorioso, glorificado a la derecha de Dios.

El Salmo comienza con una declaración solemne: «Oráculo del Señor a mi Señor: “Siéntate a mi derecha, y haré de tus enemigos estrado de tus pies”» (v. 1).

Dios mismo entroniza al rey en la gloria, haciéndolo sentar a su derecha, un signo de grandísimo honor y de absoluto privilegio. De este modo, el rey es admitido a participar en el señorío divino, del que es mediador ante el pueblo. Ese señorío del rey se concretiza también en la victoria sobre los adversarios, que Dios mismo coloca a sus pies; la victoria sobre los enemigos es del Señor, pero el rey participa en ella y su triunfo se convierte en testimonio y signo del poder divino.

La glorificación regia expresada al inicio de este Salmo fue asumida por el Nuevo Testamento como profecía mesiánica; por ello el versículo es uno de los más usados por los autores neotestamentarios, como cita explícita o como alusión. Jesús mismo menciona

este versículo a propósito del Mesías para mostrar que el Mesías es más que David, es el Señor de David (cf. *Mt* 22, 41-45; *Mc* 12, 35-37; *Lc* 20, 41-44); y Pedro lo retoma en su discurso en Pentecostés anunciando que en la resurrección de Cristo se realiza esta entronización del rey y que desde ahora Cristo está a la derecha del Padre, participa en el señorío de Dios sobre el mundo (cf. *Hch* 2, 29-35). En efecto, Cristo es el Señor entronizado, el Hijo del hombre sentado a la derecha de Dios que viene sobre las nubes del cielo, como Jesús mismo se define durante el proceso ante el Sanedrín (cf. *Mt* 26, 63-64; *Mc* 14, 61-62; cf. también *Lc* 22, 66-69). Él es el verdadero rey que con la resurrección entró en la gloria a la derecha del Padre (cf. *Rm* 8, 34; *Ef* 2, 5; *Col* 3, 1; *Hb* 8, 1; 12, 2), hecho superior a los ángeles, sentado en los cielos por encima de toda potestad y con todos sus adversarios a sus pies, hasta que la última enemiga, la muerte, sea definitivamente vencida por él (cf. *1 Co* 15, 24-26; *Ef* 1, 20-23; *Hb* 1, 3-4.13; 2, 5-8; 10, 12-13; *1 P* 3, 22). Y se comprende inmediatamente que este rey, que está a la derecha de Dios y participa de su señorío, no es uno de estos hombres sucesores de David, sino nada menos que el nuevo David, el Hijo de Dios, que ha vencido la muerte y participa realmente en la gloria de Dios. Es nuestro rey, que nos da también la vida eterna.

Entre el rey celebrado por nuestro Salmo y Dios existe, por tanto, una

relación inseparable; los dos gobiernan juntos un único gobierno, hasta el punto de que el salmista puede afirmar que es Dios mismo quien extiende el cetro del soberano dándole la tarea de dominar sobre sus adversarios, como reza el versículo 2: «Desde Sión extenderá el Señor el poder de tu cetro: somete en la batalla a tus enemigos».

El ejercicio del poder es un encargo que el rey recibe directamente del Señor, una responsabilidad que debe vivir en la dependencia y en la obediencia, convirtiéndose así en signo, dentro del pueblo, de la presencia poderosa y providente de Dios. El dominio sobre los enemigos, la gloria y la victoria son dones recibidos, que hacen del soberano un mediador del triunfo divino sobre el mal. Él domina sobre sus enemigos, transformándolos, los vence con su amor.

Por eso, en el versículo siguiente, se celebra la grandeza del rey. El versículo 3, en realidad, presenta algunas dificultades de interpretación. En el texto original hebreo se hace referencia a la convocación del ejército, a la cual el pueblo responde generosamente reuniéndose en torno a su rey el día de su coronación. En cambio, la traducción griega de los LXX, que se remonta al siglo III-II antes de Cristo, hace referencia a la filiación divina del rey, a su nacimiento o generación por parte del Señor, y esta es la elección interpretativa de toda la tradición de la Iglesia, por lo cual el versículo suena de la si-

guiente forma: «Eres príncipe desde el día de tu nacimiento entre esplendores sagrados; yo mismo te engendré, desde el seno, antes de la aurora».

Este oráculo divino sobre el rey afirmaría, por lo tanto, una generación divina teñida de esplendor y de misterio, un origen secreto e inescrutable, vinculado a la belleza arcana de la aurora y a la maravilla del rocío que a la luz de la mañana brilla sobre los campos y los hace fecundos. Se delinea así, indisolublemente vinculada a la realidad celestial, la figura del rey que viene realmente de Dios, del Mesías que trae la vida divina al pueblo y es mediador de santidad y de salvación. También aquí vemos que todo esto no lo realiza la figura de un rey davídico, sino el Señor Jesucristo, que viene realmente de Dios; él es la luz que trae la vida divina al mundo.

Con esta imagen sugestiva y enigmática, termina la primera estrofa del Salmo, a la que sigue otro oráculo, que abre una nueva perspectiva, en la línea de una dimensión sacerdotal conectada con la realeza. El versículo 4 reza: «El Señor lo ha jurado y no se arrepiente: “Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec”».

Melquisedec era el sacerdote rey de Salem que había bendecido a Abrán y había ofrecido pan y vino después de la victoriosa campaña militar librada por el patriarca para salvar a su sobrino Lot de las manos de los enemigos que lo

habían capturado (cf. *Gn* 14). En la figura de Melquisedec, convergen poder real y sacerdotal, y ahora el Señor los proclama en una declaración que promete eternidad: el rey celebrado por el Salmo será sacerdote para siempre, mediador de la presencia divina en medio de su pueblo, a través de la bendición que viene de Dios y que en la acción litúrgica se encuentra con la respuesta de bendición del hombre.

La *Carta a los Hebreos* hace referencia explícita a este versículo (cf. 5, 5-6.10; 6, 19-20) y en él, centra todo el capítulo 7, elaborando su reflexión sobre el sacerdocio de Cristo. Jesús -así dice la *Carta a los Hebreos* a la luz del Salmo 110 (109)- es el verdadero y definitivo sacerdote, que lleva a cumplimiento los rasgos del sacerdocio de Melquisedec, haciéndolos perfectos.

Melquisedec, como dice la *Carta a los Hebreos*, no tenía «ni padre, ni madre, ni genealogía» (cf. 7, 3a); por lo tanto, no era sacerdote según las reglas dinásticas del sacerdocio levítico. Así pues, «es sacerdote perpetuamente» (7, 3c), prefiguración de Cristo, sumo sacerdote perfecto «que no ha llegado a serlo en virtud de una legislación carnal, sino en fuerza de una vida imperecedera» (7, 16). En el Señor Jesús, que resucitó y ascendió al cielo, donde está sentado a la derecha del Padre, se realiza la profecía de nuestro Salmo y el sacerdocio de Melquisedec llega a cumplimiento, porque se hace absoluto y eterno, se convierte en una realidad que

no conoce ocaso (cf. 7, 24). Y el ofrecimiento del pan y del vino, realizado por Melquisedec en tiempos de Abrán, encuentra su realización en el gesto eucarístico de Jesús, que en el pan y en el vino se ofrece a sí mismo y, vencida la muerte, conduce a la vida a todos los creyentes. Sacerdote perpetuamente, «santo, inocente, sin mancha» (7, 26), él, como dice una vez más la *Carta a los Hebreos*, «puede salvar definitivamente a los que se acercan a Dios por medio de él, pues vive para siempre para interceder a favor de ellos» (7, 25).

Después de este oráculo divino del versículo 4, con su juramento solemne, la escena del Salmo cambia y el poeta, dirigiéndose directamente al rey, proclama: «El Señor está a tu derecha» (v. 5a). Si en el versículo 1 quien se sentaba a la derecha de Dios, como signo de sumo prestigio y de honor, era el rey, ahora es el Señor quien se coloca a la derecha del soberano para protegerlo con el escudo en la batalla y salvarlo de todo peligro. El rey está a salvo, Dios es su defensor y juntos combaten y vencen todo mal.

Así los versículos finales del Salmo comienzan con la visión del soberano triunfante que, apoyado por el Señor, habiendo recibido de él poder y gloria (cf. v. 2), se opone a los enemigos dispersando a los adversarios y juzgando a las naciones. La escena está dibujada con colores intensos, para significar el dramatismo del combate y la plenitud de la victoria real. El soberano, protegido por

el Señor, derriba todo obstáculo y avanza seguro hacia la victoria. Nos dice: sí, en el mundo hay mucho mal, hay una batalla permanente entre el bien y el mal, y parece que el mal es más fuerte. No, más fuerte es el Señor, nuestro verdadero rey y sacerdote Cristo, porque combate con toda la fuerza de Dios y, no obstante todas las cosas que nos hacen dudar sobre el desenlace positivo de la historia, vence Cristo y vence el bien, vence el amor y no el odio.

Es aquí donde se inserta la sugestiva imagen con la que se concluye nuestro Salmo, que también es una palabra enigmática: «En su camino beberá del torrente; por eso levantará la cabeza» (v. 7).

En medio de la descripción de la batalla, se perfila la figura del rey que, en un momento de tregua y de descanso, bebe de un torrente de agua, encontrando en él fuerza y nuevo vigor, para poder reanudar su camino triunfante, con la cabeza alta, como signo de victoria definitiva. Es obvio que esta palabra tan enigmática era un desafío para los Padres de la Iglesia por las diversas interpretaciones que se podían hacer. Así, por ejemplo, san Agustín dice: este torrente es el ser humano, la humanidad, y Cristo bebió de este torrente haciéndose hombre, y así, entrando en la humanidad del ser humano, levantó su cabeza y ahora es la cabeza del Cuerpo místico, es nuestra cabeza, es el vencedor definitivo (cf. *Enarratio in Psalmum* CIX, 20: pl 36, 1462).

Queridos amigos, siguiendo la línea interpretativa del Nuevo Testamento, la tradición de la Iglesia ha tenido en gran consideración este Salmo como uno de los textos mesiánicos más significativos. Y, de forma eminente, los Padres se refirieron continuamente a él en clave cristológica: el rey cantado por el salmista es, en definitiva, Cristo, el Mesías que inaugura el reino de Dios y vence las potencias del mundo; es el Verbo engendrado por el Padre antes de toda criatura, antes de la aurora; el Hijo encarnado, muerto, resucitado y elevado a los cielos; el sacerdote eterno que, en el misterio del pan y del vino, dona la remisión de los pecados y la reconciliación con Dios; el rey que levanta la cabeza triunfando sobre la muerte con su resurrección. Bastaría recordar una vez más un pasaje también del comentario de san Agustín a este Salmo donde escribe: «Era necesario conocer al Hijo único de Dios, que estaba a punto de venir entre los hombres, para asumir al hombre y para convertirse en hombre a través de la naturaleza asumida: él murió, resucitó, subió al cielo, está sentado a la derecha del Padre y realizó entre las naciones cuanto había prometido... Todo esto, por lo tanto, tenía que ser profetizado, tenía que ser anunciado, tenía que ser indicado como destinado a suceder, para que, al suceder de improviso, no provocara temor, sino que más bien fuera aceptado con fe. En el ámbito de estas promesas se inserta este Salmo, el cual profetiza, en términos tan seguros como explícitos, a nuestro Señor y Sal-

vador Jesucristo, que nosotros no podemos dudar ni siquiera mínimamente que en él está realmente anunciado el Cristo» (cf. *Enarratio in Psalmum CIX*, 3: pl 35, 1447).

El acontecimiento pascual de Cristo se convierte de este modo en la realidad a la que nos invita a mirar el Salmo: mirar a Cristo para comprender el sentido de la verdadera realeza, para vivir en el servicio y en la donación de uno mismo, en un camino de obediencia y de amor llevado «hasta el extremo» (cf. *Jn* 13, 1 y 19, 30). Rezando con este Salmo, por tanto, pedimos al Señor poder caminar también nosotros por sus sendas, en el seguimiento de Cristo, el rey Mesías, dispuestos a subir con él al monte de la cruz para alcanzar con él la gloria, y contemplarlo sentado a la derecha del Padre, rey victorioso y sacerdote misericordioso que dona perdón y salvación a todos los hombres. Y también nosotros, por gracia de Dios convertidos en «linaje elegido, sacerdocio real, nación santa» (cf. *1 P* 2, 9), podremos beber con alegría en las fuentes de la salvación (cf. *Is* 12, 3) y proclamar a todo el mundo las maravillas de aquel que nos «llamó de las tinieblas a su luz maravillosa» (cf. *1 P* 2, 9).

Queridos amigos, en estas últimas catequesis, quise presentaros algunos Salmos, oraciones preciosas que encontramos en la Biblia y que reflejan las diversas situaciones de la vida y los distintos estados de ánimo que pode-

mos tener respecto de Dios. Por eso, quiero renovar a todos la invitación a rezar con los Salmos, tal vez acostumbrándose a utilizar la Liturgia de las Horas de la Iglesia, Laudes por la mañana, Vísperas por la tarde, Completas antes de ir a dormir. Nuestra relación con Dios se verá enriquecida en el camino cotidiano hacia él y realizada con mayor alegría y confianza. Gracias.

Sala Pablo VI. Miércoles, 23 de noviembre de 2011

Viaje Apostólico a Benin

Queridos hermanos y hermanas:

Siguen todavía vivas en mí las impresiones suscitadas por el reciente viaje apostólico a Benín, sobre el cual quiero detenerme hoy. Brota espontánea de mi alma la acción de gracias al Señor: en su providencia, él quiso que volviera a África por segunda vez como sucesor de Pedro, con ocasión del 150° aniversario del comienzo de la evangelización de Benín y para firmar y entregar oficialmente a las comunidades eclesiales africanas la Exhortación apostólica postsinodal *Africae munus*. En este importante documento, después de haber reflexionado sobre los análisis y las propuestas realizadas por la II Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos, que tuvo lugar en el Vaticano en octubre de 2009, quise ofrecer algunas líneas para la

acción pastoral en el gran continente africano. Al mismo tiempo, quise rendir homenaje y rezar ante la tumba de un hijo ilustre de Benín y de África, y gran hombre de Iglesia, el inolvidable cardenal Bernardin Gantin, cuya venerada memoria está más viva que nunca en su país, que lo considera un Padre de la patria, y en todo el continente.

Hoy quiero repetir mi más vivo agradecimiento a todos aquellos que han contribuido en la realización de mi peregrinación. Ante todo estoy muy agradecido al señor presidente de la República, que con gran cortesía me brindó su cordial saludo y el de todo el país; al arzobispo de Cotonú y a los demás venerados hermanos en el episcopado, que me acogieron con afecto. Doy las gracias, además, a los sacerdotes, los religiosos y las religiosas, los diáconos, los catequistas y los innumerables hermanos y hermanas, que con tanta fe y afecto me han acompañado durante estos días de gracia. Hemos vivido juntos una conmovedora experiencia de fe y de encuentro renovado con Jesucristo vivo, en el contexto del 150° aniversario de la evangelización de Benín.

Depositó los frutos de la II Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos a los pies de la Virgen santísima, venerada en Benín especialmente en la basílica de la Inmaculada Concepción de Ouidah. Siguiendo el modelo de María, la Iglesia en África acogió la Buena Noticia del Evangelio, generando muchos pueblos a la

fe. Ahora las comunidades cristianas de África -como ponen de relieve sea el tema del Sínodo sea el lema de mi viaje apostólico- están llamadas a renovarse en la fe para ponerse cada vez más al servicio de la reconciliación, de la justicia y de la paz. Están invitadas a reconciliarse en su interior para convertirse en instrumentos gozosos de la misericordia divina, aportando cada una sus propias riquezas espirituales y materiales al compromiso común.

Este espíritu de reconciliación es indispensable, naturalmente, también en el plano civil y necesita una apertura a la esperanza que debe animar también la vida sociopolítica y económica del continente, como señalé en el encuentro con las instituciones políticas, el Cuerpo diplomático y los representantes de las religiones. En esa circunstancia, quise poner el acento precisamente en la esperanza que debe animar el camino del continente, destacando el ardiente deseo de libertad y de justicia que, especialmente en estos últimos meses, anima el corazón de numerosos pueblos africanos. Subrayé luego la necesidad de construir una sociedad donde las relaciones entre etnias y religiones diversas se caractericen por el diálogo y la armonía. Invité a todos a ser auténticos sembradores de esperanza en cada realidad y en cada ambiente.

Los cristianos son de por sí hombres de esperanza, que no pueden desentenderse de sus hermanos y herma-

nas: recordé también esta verdad a la inmensa multitud reunida para la celebración eucarística dominical en el estadio de la Amistad de Cotonú. Esta misa del domingo fue un momento extraordinario de oración y de fiesta, en el que participaron miles de fieles de Benín y de otros países africanos, desde los de edad avanzada hasta los más jóvenes: un testimonio maravilloso sobre cómo la fe logra unir a las generaciones y sabe responder a los desafíos de cada etapa de la vida.

Durante esta conmovedora y solemne celebración, entregué a los presidentes de las Conferencias episcopales de África la Exhortación apostólica postsinodal *Africae munus* -que firmé el día anterior en Ouidah- destinada a los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y laicos de todo el continente africano. Confiándoles los frutos de la ii Asamblea especial para África del Sínodo de los obispos, les pedí que los mediten atentamente y los vivan en plenitud, para responder eficazmente a la comprometida misión evangelizadora del tercer milenio de la Iglesia peregrina en África. En este importante texto, todo fiel encontrará las líneas fundamentales que guiarán y animarán el camino de la Iglesia en África, llamada a ser cada vez más la «sal de la tierra» y la «luz del mundo» (cf. *Mt* 5, 13-14).

A todos dirigí la llamada a ser constructores incansables de comunión, de paz y de solidaridad, para cooperar de

este modo a la realización del plan de salvación de Dios para la humanidad. Los africanos respondieron con su entusiasmo a la invitación del Papa, y en sus rostros, en su fe ardiente, en su adhesión convencida al Evangelio de la vida vi una vez más signos consoladores de esperanza para el gran continente africano.

Percibí personalmente estos signos también en el encuentro con los niños y con el mundo del sufrimiento. En la iglesia parroquial de Santa Rita, experimenté verdaderamente el gozo de vivir, la alegría y el entusiasmo de las nuevas generaciones que constituyen el futuro de África. Al grupo alegre de los niños, uno de los numerosos recursos y riquezas del continente, señalé la figura de san Kizito, un muchacho ugandés, asesinado porque quería vivir según el Evangelio, y exhorté a cada uno a testimoniar a Jesús a sus propios coetáneos. La visita al Hogar «Paz y Alegría», gestionado por las Misioneras de la Caridad de Madre Teresa, me hizo vivir un momento de gran emoción al encontrarme con niños abandonados y enfermos, y me permitió ver concretamente cómo el amor y la solidaridad saben hacer presente en la debilidad la fuerza y el amor de Cristo resucitado.

La alegría y el ardor apostólico que constaté entre los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, los seminaristas y los laicos, reunidos en gran número, constituye un signo de segura esperanza para el futuro de la Iglesia en Benín. Exhorté a todos a una fe auténtica y

viva, a una existencia cristiana caracterizada por la práctica de las virtudes; y alenté a cada uno a vivir su respectiva misión en la Iglesia con fidelidad a las enseñanzas del Magisterio, en comunión entre ellos y con los Pastores, indicando especialmente a los sacerdotes el camino de la santidad, conscientes de que el ministerio no es una simple función social, sino que consiste en llevar a Dios al hombre y el hombre a Dios.

Momento intenso de comunión fue el encuentro con el episcopado de Benín, para reflexionar en especial sobre el origen del anuncio evangélico en su país, por obra de misioneros que han entregado su vida con generosidad, a veces de modo heroico, con el fin de que el amor de Dios fuera anunciado a todos. A los obispos dirigí la invitación a poner en marcha iniciativas pastorales oportunas para suscitar en las familias, en las parroquias, en las comunidades y en los movimientos eclesiales un constante redescubrimiento de la Sagrada Escritura, como fuente de renovación espiritual y ocasión para profundizar en la fe. En ese renovado acercamiento a la Palabra de Dios y del redescubrimiento del propio Bautismo, los fieles laicos encontrarán la fuerza para testimoniar su fe en Cristo y en su Evangelio en la vida diaria. En esta fase crucial para todo el continente, la Iglesia en África, con su compromiso al servicio del Evangelio, con el valiente testimonio de solidaridad activa, podrá ser protagonista de una nueva estación de esperanza. En África vi la lozanía del sí

a la vida, la lozanía del sentido religioso y de la esperanza, una percepción de la realidad en su totalidad con Dios y no reducida a un positivismo que, al final, apaga la esperanza. Todo esto muestra que en ese continente hay una reserva de vida y de vitalidad para el futuro, sobre la cual podemos contar, sobre la cual la Iglesia puede contar.

Mi viaje constituyó un gran llamamiento a África, para que oriente todo esfuerzo a anunciar el Evangelio a aquellos que todavía no lo conocen. Se trata de un renovado compromiso por la evangelización, a la que todo bauti-

zado está llamado, promoviendo la reconciliación, la justicia y la paz.

A María, Madre de la Iglesia y Nuestra Señora de África, confío a todos los que tuve ocasión de encontrar en este inolvidable viaje apostólico. A ella encomiendo la Iglesia en África. La intercesión maternal de María, «cuyo corazón atiende siempre a la voluntad de Dios, sostenga todo esfuerzo de conversión, consolide cada iniciativa de reconciliación, y haga eficaces todos los esfuerzos en favor de la paz, en un mundo que tiene hambre y sed de justicia» (*Africae munus*, 175). Gracias.

DISCURSOS

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a los miembros de la Fundación Juan Pablo II

*Sala Clementina. Lunes, 24 octubre
de 2011*

Queridos cardenales, queridos hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, hermanos y hermanas en Cristo:

Hace treinta años, a petición de «algunos hermanos y hermanas que viven en Polonia o que han emigrado de allí, pero conservan fuertes vínculos con su tierra de origen», mi predecesor el beato, Juan Pablo II, instituyó en la Ciudad del Vaticano una Fundación

que lleva su nombre, con el objetivo de «promover, a través de su apoyo material y de otro tipo, iniciativas de carácter religioso, cultural, pastoral y caritativo, cultivando y fortaleciendo los vínculos tradicionales entre ellos y la Santa Sede» (cf. *Decreto de institución*).

Hoy, miembros de la Fundación y amigos de todo el mundo han decidido celebrar este aniversario, dando gracias al Señor por todos los frutos que han producido las diversas actividades durante estas tres décadas. Me alegra poder unirme a vosotros en esta acción de gracias. Os saludo cordialmente a todos los que estáis aquí hoy, en particular al

cardenal Stanisław Dziwisz, exsecretario del amado Santo Padre y uno de los promotores de la Fundación, ahora su jefe *ex officio* como arzobispo de Cracovia. Extiendo mi cordial bienvenida al cardenal Stanisław Ryłko, presidente del consejo de administración, y le agradezco las palabras que me ha dirigido. Saludo al arzobispo Szcze-pan Wesoły, expresidente, así como a los ilustres miembros del consejo y a los directores de las instituciones de la Fundación. Por último, saludo cordialmente a todos los miembros del Círculo de amigos de la Fundación esparcidos por todos los continentes. Todos los aquí presentes representan a los miles de bienhechores que siguen sosteniendo la labor de la Fundación desde el punto de vista financiero y espiritual. Os pido que les transmitáis a todos mi saludo y mi agradecimiento.

Como leemos en el prólogo de los Estatutos: «Conscientes de la grandeza del don que la persona y la obra del Papa polaco representan para la Iglesia, para la patria y para el mundo, la Fundación busca conservar y desarrollar esta herencia espiritual, que desea transmitir a las generaciones futuras». Sé que este objetivo se realiza sobre todo a través del «Centro de documentación y estudio del pontificado de Juan Pablo II», que no solo reúne archivos, material bibliográfico y piezas de museo, sino que también promueve publicaciones, exposiciones, congresos y otras iniciativas científicas y culturales para difundir la enseñanza y la acti-

vidad pastoral y humanitaria del beato Pontífice. Confío en que, a través del estudio diario de las fuentes y la cooperación con organismos de índole semejante, tanto en Roma como en otros lugares, este Centro se convierta cada vez más en un importante punto de referencia para cuantos tratan de conocer y apreciar la vasta y rica herencia que nos ha dejado.

Afiliada a la Fundación, la Casa Juan Pablo II aquí, en Roma, en colaboración con la noble Residencia de San Estanislao, brinda ayuda concreta y espiritual a los peregrinos que acuden a las tumbas de los Apóstoles para fortalecer su fe y su unión con el Papa y con la Iglesia universal. El beato Pontífice siempre trató de vincular a los fieles no a sí mismo, sino cada vez más a Cristo, a la tradición apostólica y a la comunidad católica unida al Colegio episcopal presidido por el Papa. Yo mismo puedo experimentar la eficacia de estos esfuerzos, puesto que recibo el amor y el apoyo espiritual de numerosísimas personas de todo el mundo que me acogen con afecto como Sucesor de Pedro, llamado por el Señor a confirmarlas en la fe. Agradezco que la Fundación siga cultivando este espíritu de amor que nos une en Cristo.

Una tarea de gran valor humano y cultural, querida explícitamente por Juan Pablo II y emprendida por la Fundación, es la de contribuir a la «formación del clero y del laicado, en especial de cuantos provienen de los países de

Europa central y oriental». Cada año acuden estudiantes a Lublin, Varsovia y Cracovia desde países que, en el pasado, sufrieron la opresión ideológica del régimen comunista, para proseguir sus estudios en diversas materias científicas, a fin de vivir nuevas experiencias, conocer diferentes tradiciones espirituales y ampliar sus horizontes culturales. Después vuelven a sus países, enriqueciendo los distintos sectores de la vida social, económica, cultural, política y eclesial. Más de novecientos graduados son un valioso don para esas naciones. Todo esto es posible gracias a las becas y a la ayuda espiritual y profesional garantizadas por la generosidad de la Fundación. Espero que esta obra continúe, se desarrolle y dé abundantes frutos.

Queridos amigos, se podrían enumerar muchos más éxitos y numerosas realizaciones de vuestra Fundación. Sin embargo, quiero destacar un aspecto de fundamental importancia, que va más allá de los efectos inmediatos y visibles. Asociada a la Fundación, se ha ido desarrollando una unión espiritual de miles de personas en varios continentes que no solo la sostienen materialmente, sino que también constituyen los Círculos de amigos, comunidades de formación basadas en la enseñanza y el ejemplo del beato Juan Pablo II. No se limitan a un recuerdo sentimental del pasado, sino que discernen las necesidades del presente, miran al futuro con solicitud y confianza, y se comprometen a impregnar más profundamente

el mundo del espíritu de solidaridad y fraternidad. Demos gracias al Señor por el don del Espíritu Santo que os une, os ilumina y os inspira.

Con corazón agradecido, por intercesión de vuestro patrono, el beato Juan Pablo II, encomiendo el futuro de vuestra Fundación a la divina Providencia y os bendigo de todo corazón.

Intervención del Papa, Benedicto XVI, durante la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo "Peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz"

Asís, Basílica de Santa María de los Ángeles. Jueves, 27 de octubre de 2011

Queridos hermanos y hermanas, Distinguidos Jefes y representantes de las Iglesias y Comunidades eclesiales y de las Religiones del mundo, queridos amigos

Han pasado veinticinco años desde que el beato, Papa Juan Pablo II, invitó por vez primera a los representantes de las religiones del mundo a Asís para una oración por la paz. ¿Qué ha ocurrido desde entonces? ¿A qué punto está hoy la causa de la paz? En aquel entonces, la gran amenaza para la paz en el mundo provenía de la división del planeta en dos bloques contrastantes entre sí. El símbolo llamativo de esta división era el muro de Berlín que, pasando por el medio de la ciudad, trazaba la fron-

tera entre dos mundos. En 1989, tres años después de Asís, el muro cayó sin derramamiento de sangre. De repente, los enormes arsenales que había tras el muro dejaron de tener sentido alguno. Perdieron su capacidad de aterrorizar. El deseo de los pueblos de ser libres era más fuerte que los armamentos de la violencia. La cuestión sobre las causas de este derrumbe es compleja y no puede encontrar una respuesta con fórmulas simples. Pero, junto a los factores económicos y políticos, la causa más profunda de dicho acontecimiento es de carácter espiritual: detrás del poder material ya no había ninguna convicción espiritual. Al final, la voluntad de ser libres fue más fuerte que el miedo ante la violencia, que ya no contaba con ningún respaldo espiritual. Apreciamos esta victoria de la libertad, que fue sobre todo también una victoria de la paz. Y es preciso añadir en este contexto que, aunque no se tratara solo, y quizás ni siquiera en primer lugar, de la libertad de creer, también se trataba de ella. Por eso podemos relacionar también todo esto en cierto modo con la oración por la paz.

Pero, ¿qué ha sucedido después? Desgraciadamente, no podemos decir que desde entonces la situación se haya caracterizado por la libertad y la paz. Aunque no haya a la vista amenazas de una gran guerra, el mundo está desafortunadamente lleno de discordia. No se trata solo de que haya guerras frecuentemente aquí o allá; es que la violencia en cuanto tal siempre está

potencialmente presente, y caracteriza la condición de nuestro mundo. La libertad es un gran bien. Pero el mundo de la libertad se ha mostrado en buena parte carente de orientación, y muchos tergiversan la libertad entendiéndola como libertad también para la violencia. La discordia asume formas nuevas y espantosas, y la lucha por la paz nos debe estimular a todos nosotros de modo nuevo.

Tratemos de identificar más de cerca los nuevos rostros de la violencia y la discordia. A grandes líneas –según mi parecer– se pueden identificar dos tipologías diferentes de nuevas formas de violencia, diametralmente opuestas por su motivación, y que manifiestan luego muchas variantes en sus particularidades. Tenemos ante todo el terrorismo, en el cual, en lugar de una gran guerra, se emplean ataques muy precisos, que deben golpear destructivamente en puntos importantes al adversario, sin ningún respeto por las vidas humanas inocentes que de este modo resultan cruelmente heridas o muertas. A los ojos de los responsables, la gran causa de perjudicar al enemigo justifica toda forma de crueldad. Se deja de lado todo lo que en el derecho internacional ha sido comúnmente reconocido y sancionado como límite a la violencia. Sabemos que el terrorismo es a menudo motivado religiosamente y que, precisamente el carácter religioso de los ataques sirve como justificación para una crueldad despiadada, que cree poder relegar las normas del derecho

en razón del «bien» pretendido. Aquí, la religión no está al servicio de la paz, sino de la justificación de la violencia.

A partir de la Ilustración, la crítica de la religión ha sostenido reiteradamente que la religión era causa de violencia, y con eso ha fomentado la hostilidad contra las religiones. En este punto, que la religión motive de hecho la violencia es algo que, como personas religiosas, nos debe preocupar profundamente. De una forma más sutil, pero siempre cruel, vemos la religión como causa de violencia también allí donde se practica la violencia por parte de defensores de una religión contra los otros. Los representantes de las religiones reunidos en Asís en 1986 quisieron decir – y nosotros lo repetimos con vigor y gran firmeza – que esta no es la verdadera naturaleza de la religión. Es más bien su deformación y contribuye a su destrucción. Contra eso, se objeta: Pero, ¿cómo sabéis cuál es la verdadera naturaleza de la religión? Vuestra pretensión, ¿no se deriva quizás de que la fuerza de la religión se ha apagado entre vosotros? Y otros dirán: ¿Acaso existe realmente una naturaleza común de la religión, que se manifiesta en todas las religiones y que, por tanto, es válida para todas? Debemos afrontar estas preguntas si queremos contrastar de manera realista y creíble el recurso a la violencia por motivos religiosos. Aquí se coloca una tarea fundamental del diálogo interreligioso, una tarea que se ha de subrayar de nuevo en este encuentro. A este punto, quisiera decir

como cristiano: Sí, también en nombre de la fe cristiana se ha recurrido a la violencia en la historia. Lo reconocemos llenos de vergüenza. Pero es absolutamente claro que éste ha sido un uso abusivo de la fe cristiana, en claro contraste con su verdadera naturaleza. El Dios en que nosotros los cristianos creemos es el Creador y Padre de todos los hombres, por el cual todos son entre sí hermanos y hermanas y forman una única familia. La Cruz de Cristo es para nosotros el signo del Dios que, en el puesto de la violencia, pone el sufrir con el otro y el amar con el otro. Su nombre es «Dios del amor y de la paz» (2 Co 13,11). Es tarea de todos los que tienen alguna responsabilidad de la fe cristiana el purificar constantemente la religión de los cristianos partiendo de su centro interior, para que – no obstante la debilidad del hombre – sea realmente instrumento de la paz de Dios en el mundo.

Si bien una tipología fundamental de la violencia se funda hoy religiosamente, poniendo con ello a las religiones frente a la cuestión sobre su naturaleza, y obligándonos todos a una purificación, una segunda tipología de violencia de aspecto multiforme tiene una motivación exactamente opuesta: es la consecuencia de la ausencia de Dios, de su negación, que va a la par con la pérdida de humanidad. Los enemigos de la religión – como hemos dicho – ven en ella una fuente primaria de violencia en la historia de la humanidad, y pretenden por tanto la desaparición

de la religión. Pero el «no» a Dios ha producido una crueldad y una violencia sin medida, que ha sido posible solo porque el hombre ya no reconocía norma alguna ni juez alguno por encima de sí, sino que tomaba como norma solamente a sí mismo. Los horrores de los campos de concentración muestran con toda claridad las consecuencias de la ausencia de Dios.

Pero no quisiera detenerme aquí sobre el ateísmo impuesto por el Estado; quisiera hablar más bien de la «decaencia» del hombre, como consecuencia de la cual se produce de manera silenciosa, y por tanto más peligrosa, un cambio del clima espiritual. La adoración de Mamón, del tener y del poder, se revela una anti-religión, en la cual ya no cuenta el hombre, sino únicamente el beneficio personal. El deseo de felicidad degenera, por ejemplo, en un afán desenfrenado e inhumano, como se manifiesta en el sometimiento a la droga en sus diversas formas. Hay algunos poderosos que hacen con ella sus negocios, y después muchos otros seducidos y arruinados por ella, tanto en el cuerpo como en el ánimo. La violencia se convierte en algo normal y amenaza con destruir nuestra juventud en algunas partes del mundo. Puesto que la violencia llega a hacerse normal, se destruye la paz y, en esta falta de paz, el hombre se destruye a sí mismo

La ausencia de Dios lleva al decaimiento del hombre y del humanismo.

Pero, ¿dónde está Dios? ¿Lo conocemos y lo podemos mostrar de nuevo a la humanidad para fundar una verdadera paz? Resumamos ante todo brevemente las reflexiones que hemos hecho hasta ahora. He dicho que hay una concepción y un uso de la religión por la que esta se convierte en fuente de violencia, mientras que la orientación del hombre hacia Dios, vivido rectamente, es una fuerza de paz. En este contexto, me he referido a la necesidad del diálogo, y he hablado de la purificación, siempre necesaria, de la religión vivida. Por otro lado, he afirmado que la negación de Dios corrompe al hombre, le priva de medidas y le lleva a la violencia.

Junto a estas dos formas de religión y anti-religión, existe también en el mundo en expansión del agnosticismo otra orientación de fondo: personas a las que no les ha sido dado el don de poder creer y que, sin embargo, buscan la verdad, están en la búsqueda de Dios. Personas como éstas no afirman simplemente: «No existe ningún Dios». Sufren a causa de su ausencia y, buscando lo auténtico y lo bueno, están interiormente en camino hacia Él. Son «peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz». Plantean preguntas tanto a una como a la otra parte. Despojan a los ateos combativos de su falsa certeza, con la cual pretenden saber que no hay un Dios, y los invitan a que, en vez de polémicos, se conviertan en personas en búsqueda, que no pierden

la esperanza de que la verdad exista y que nosotros podemos y debemos vivir en función de ella. Pero también llaman en causa a los seguidores de las religiones, para que no consideren a Dios como una propiedad que les pertenece a ellos hasta el punto de sentirse autorizados a la violencia respecto a los demás. Estas personas buscan la verdad, buscan al verdadero Dios, cuya imagen en las religiones, por el modo en que muchas veces se practican, queda frecuentemente oculta. Que ellos no logren encontrar a Dios, depende también de los creyentes, con su imagen reducida o deformada de Dios. Así, su lucha interior y su interrogarse es también una llamada a nosotros creyentes, a todos los creyentes a purificar su propia fe, para que Dios –el verdadero Dios– se haga accesible. Por eso he invitado de propósito a representantes de este tercer grupo a nuestro encuentro en Asís, que no solo reúne representantes de instituciones religiosas. Se trata más bien del estar juntos en camino hacia la verdad, del compromiso decidido por la dignidad del hombre y de hacerse cargo en común de la causa de la paz, contra toda especie de violencia destructora del derecho. Para concluir, quisiera aseguraros que la Iglesia católica no cejará en la lucha contra la violencia, en su compromiso por la paz en el mundo. Estamos animados por el deseo común de ser «peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz». Muchas gracias.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en la conclusión de la Jornada***

*Asís, Plaza de San Francisco. Jueves,
27 de octubre de 2011*

Ilustres invitados, queridos amigos:

Al término de esta intensa jornada quiero daros las gracias a todos. Dirijo un vivo agradecimiento a quienes hicieron posible este encuentro. Agradezco en particular, una vez más, a quien nos ha acogido: la ciudad de Asís, la comunidad de esta diócesis con su obispo, los hijos de san Francisco, que custodian la preciosa herencia espiritual del «Poverello» de Asís. Gracias también a los numerosos jóvenes que realizaron la peregrinación a pie desde Santa María de los Ángeles para testimoniar que, entre las nuevas generaciones, son muchos los que se comprometen para vencer violencias y divisiones, y ser promotores de justicia y de paz.

El encuentro de hoy es expresión de que la dimensión espiritual es un elemento clave en la construcción de la paz. A través de esta peregrinación única hemos podido comprometernos en el diálogo fraterno, profundizar en nuestra amistad y unirnos en silencio y oración.

Después de renovar nuestro compromiso en favor de la paz e intercambiar un signo de paz, nos sentimos implicados cada vez más profundamente, junto a todos los hombres y mujeres de

las comunidades que representamos, en nuestro viaje humano común.

No nos estamos separando. Seguiremos encontrándonos, continuaremos unidos en este viaje, en el diálogo, en la edificación cotidiana de la paz, en nuestro compromiso en favor de un mundo mejor, un mundo donde cada hombre y cada mujer puedan vivir según sus legítimas aspiraciones.

De todo corazón os doy las gracias a todos los presentes por haber aceptado mi invitación a venir a Asís como peregrinos de la verdad y de la paz; y os saludo a cada uno con las palabras de san Francisco: «Que el Señor os conceda la paz».

Discurso del Papa, Benedicto XVI, a las Delegaciones que participaron en el Encuentro de Asís

Sala Clementina. Viernes, 28 de octubre de 2011

Distinguidos huéspedes, queridos amigos:

Os acojo esta mañana en el palacio apostólico y os agradezco una vez más vuestra disponibilidad a participar en la Jornada de reflexión, diálogo y oración por la paz y la justicia en el mundo, que celebramos ayer en Asís, veinticinco años después de aquel primer encuentro histórico.

En cierto sentido, esta reunión representa a los miles de millones de hombres y mujeres que en todo el mundo están comprometidos activamente en la promoción de la justicia y de la paz. También es un signo de la amistad y la fraternidad que ha florecido como fruto de los esfuerzos de tantos pioneros en este tipo de diálogo. Que esta amistad siga creciendo entre todos los seguidores de las religiones del mundo y con los hombres y mujeres de buena voluntad en todo lugar.

Agradezco a mis hermanos y hermanas cristianos su presencia fraternal. Asimismo, expreso mi agradecimiento a los representantes del pueblo judío, que está especialmente cercano a nosotros, y a todos vosotros, distinguidos representantes de las religiones del mundo. Soy consciente de que muchos habéis venido de lejos y habéis realizado un arduo viaje. Manifiesto mi gratitud también a quienes representan a las personas de buena voluntad que no siguen ninguna tradición religiosa, pero están comprometidas en la búsqueda de la verdad. Han querido compartir esta peregrinación con nosotros como signo de su deseo de cooperar en la construcción de un mundo mejor.

Mirando hacia atrás, podemos apreciar la clarividencia del Papa, Juan Pablo II, al convocar el primer encuentro de Asís, y la necesidad continua de hombres y mujeres de distintas religiones de testimoniar juntos que el viaje del espíritu siempre es un viaje de paz.

Los encuentros de este tipo son necesariamente excepcionales y poco frecuentes; sin embargo, son una expresión viva del hecho de que cada día, en todo el mundo, personas de diferentes tradiciones religiosas viven y trabajan juntas en armonía. Ciertamente, es importante para la causa de la paz que tantos hombres y mujeres, impulsados por sus más profundas convicciones, estén comprometidos a trabajar por el bien de la familia humana.

De este modo, estoy seguro de que el encuentro de ayer nos ha hecho comprender cuán genuino es nuestro deseo de contribuir al bien de todos los seres humanos y lo mucho que podemos compartir con los demás.

Al separarse nuestros caminos, saquemos fuerza de esta experiencia y, dondequiera que estemos, sigamos renovados el viaje que conduce a la verdad, la peregrinación que lleva a la paz. ¡Os doy las gracias de todo corazón!

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
al Sr. Almir Franco de Sá Barbuda,
nuevo embajador de Brasil ante la
Santa Sede***

Lunes, 31 de octubre de 2011

Señor embajador:

Al recibir las cartas que lo acreditan como embajador extraordinario y

plenipotenciario de la República federativa de Brasil ante la Santa Sede, le expreso mis respetuosos votos de bienvenida y le agradezco las significativas palabras que me ha dirigido, manifestando en ellas los sentimientos que albergaba en su alma al iniciar esta nueva misión. He visto con gran satisfacción los saludos que me ha transmitido de parte de su excelencia la señora presidenta de la República, Dilma Rousseff, y le pido, señor embajador, que tenga la amabilidad de hacerle llegar mi gratitud por ellos y que le asegure mis mejores deseos de éxito en el desempeño de su alta misión, así como mis oraciones por la prosperidad y el bienestar de todos los brasileños, cuyo cariño, experimentado en mi visita pastoral de 2007 permanece indeleble en mis recuerdos. Constató con vivo aprecio y profunda gratitud la disponibilidad manifestada por las diversas esferas gubernativas de la nación, así como de su representación diplomática ante la Santa Sede, para apoyar la XXVIII Jornada mundial de la juventud, que se celebrará, Dios mediante, en 2013 en Río de Janeiro.

Como usted, señor embajador, ha recordado, Brasil, poco después de obtener su independencia como nación, estableció relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Eso no fue más que el culmen de la fecunda historia común de Brasil con la Iglesia católica, que comenzó con aquella primera misa celebrada el 26 de abril de 1500 y que ha dejado testimonios en numerosas ciudades bautizadas

con el nombre de santos de la tradición cristiana y en innumerables monumentos religiosos, algunos de ellos elevados a símbolo de identificación mundial del país, como la estatua del Cristo Redentor con sus brazos abiertos, en un gesto de bendición a toda la nación. Sin embargo, más allá de los edificios materiales, la Iglesia ha contribuido a forjar el espíritu brasileño caracterizado por la generosidad, la laboriosidad, el aprecio por los valores familiares y la defensa de la vida humana en todas sus fases.

Un capítulo importante en esta fecunda historia común se escribió con el Acuerdo firmado entre la Santa Sede y el Gobierno brasileño en 2008. Ese Acuerdo, lejos de ser una fuente de privilegios para la Iglesia o suponer una afrenta a la laicidad del Estado, quiere solo dar un carácter oficial y jurídicamente reconocido a la independencia y a la colaboración entre estas dos realidades. Inspirándose en las palabras de su divino Fundador, que ordenó dar «al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (*Mt 22, 21*), la Iglesia expresó así su posición en el concilio Vaticano II: «La comunidad política y la Iglesia son entre sí independientes y autónomas en su propio campo. Sin embargo, ambas, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social de los mismos hombres» (*Gaudium et spes*, 76). La Iglesia espera que el Estado, a su vez, reconozca que una sana laicidad no debe considerar la religión como un simple sentimiento individual que se puede relegar al ámbito privado, sino como una realidad que, al

estar también organizada en estructuras visibles, necesita que se reconozca su presencia comunitaria pública.

Por eso, corresponde al Estado garantizar la posibilidad del libre ejercicio de culto de cada confesión religiosa, así como sus actividades culturales, educativas y caritativas, siempre que ello no esté en contraste con el orden moral y público. Ahora bien, la contribución de la Iglesia no se limita a iniciativas asistenciales, humanitarias y educativas concretas, sino que incluye, sobre todo, el crecimiento ético de la sociedad, impulsado por las múltiples manifestaciones de apertura a lo trascendente y por medio de la formación de conciencias sensibles al cumplimiento de los deberes de solidaridad. Por lo tanto, el Acuerdo firmado entre Brasil y la Santa Sede es la garantía que permite a la comunidad eclesial desarrollar todas sus potencialidades en beneficio de cada persona humana y de toda la sociedad brasileña.

Entre estos campos de colaboración recíproca, me complace subrayar aquí, señor embajador, el de la educación, al que la Iglesia ha contribuido con innumerables instituciones educativas, cuyo prestigio es reconocido por toda la sociedad. De hecho, el papel de la educación no se puede reducir a una mera transmisión de conocimientos y habilidades que miran a la formación de un profesional, sino que debe abarcar todos los aspectos de la persona, desde su faceta social hasta su anhelo

de trascendencia. Por este motivo, es conveniente reafirmar que la enseñanza religiosa confesional en las escuelas públicas, tal como quedó confirmada en el citado Acuerdo de 2008, lejos de significar que el Estado asume o impone un credo religioso determinado, indica el reconocimiento de la religión como un valor necesario para la formación integral de la persona. Y esa enseñanza no se puede reducir a una genérica sociología de las religiones, pues no existe una religión genérica, aconfesional. Así, la enseñanza religiosa confesional en las escuelas públicas, además de no herir la laicidad del Estado, garantiza el derecho de los padres a escoger la educación de sus hijos, contribuyendo de ese modo a la promoción del bien común.

Por último, en el campo de la justicia social, el Gobierno brasileño sabe que puede contar con la Iglesia como una colaboradora privilegiada en to-

das sus iniciativas orientadas a erradicar el hambre y la miseria. La Iglesia «no puede ni debe sustituir al Estado. Pero tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia» (*Deus caritas est*, 28), por lo cual siempre se mostrará feliz de contribuir a la asistencia a los más necesitados, ayudándoles a librarse de su situación de indigencia, pobreza y exclusión.

Señor embajador, al concluir este encuentro, le renuevo mis votos de éxito en su misión. En el desempeño de la misma, estarán siempre a su disposición los diversos dicasterios que forman la Curia romana. De Dios omnipotente, por intercesión de Nuestra Señora Aparecida, invoco las mayores bendiciones para usted, para sus seres queridos y para la República federativa de Brasil, que usted, excelencia, a partir de ahora tiene el honor de representar ante la Santa Sede.

HOMILÍAS

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la capilla papal para la
canonización de los beatos: Guido
María Conforti (1865-1931),
Luis Guanella (1842-1915) y
Bonifacia Rodríguez de Castro
(1837-1905)***

*Plaza de San Pedro. Domingo, 23 de
octubre de 2011*

*Venerados hermanos en el episcopado
y en el sacerdocio, queridos hermanos y
hermanas:*

Nuestra liturgia dominical se enriquece hoy por varios motivos de acción de gracias y de súplica a Dios. En efecto, mientras celebramos con toda la Iglesia la Jornada mundial de las misiones -cita anual que quiere despertar el im-

pulso y el compromiso por la misión-, alabamos al Señor por tres nuevos santos: el obispo Guido María Conforti, el sacerdote Luis Guanella y la religiosa Bonifacia Rodríguez de Castro. Con alegría dirijo mi saludo a todos los presentes, en particular a las delegaciones oficiales y a los numerosos peregrinos que han venido para festejar a estos tres discípulos ejemplares de Cristo.

La Palabra del Señor, que acaba de resonar en el Evangelio, nos ha recordado que toda la ley divina se resume en el amor. El evangelista san Mateo narra que los fariseos, después de que Jesús respondiera a los saduceos dejándolos sin palabras, se reunieron para ponerlo a prueba (cf. 22, 34-35). Uno de estos interlocutores, un doctor de la ley, le preguntó: «Maestro, ¿cuál es el mandamiento principal de la ley?» (v. 36). A esa pregunta, decididamente insidiosa, Jesús responde con total sencillez: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. Este mandamiento es el principal y primero» (vv. 37-38). De hecho, la exigencia principal para cada uno de nosotros es que Dios esté presente en nuestra vida. Como dice la Escritura, él debe penetrar todos los estratos de nuestro ser y llenarlos completamente: el corazón debe saber de él y dejarse tocar por él; e igualmente el alma, las energías de nuestro querer y decidir, como también la inteligencia y el pensamiento. Es poder decir, como san Pablo: «No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí» (*Ga* 2, 20).

Inmediatamente después, Jesús añade algo que, en verdad, no había preguntado el doctor de la ley: «El segundo es semejante a él: Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (v. 39). Al declarar que el segundo mandamiento es semejante al primero, Jesús da a entender que la caridad hacia el prójimo es tan importante como el amor a Dios. De hecho, el signo visible que el cristiano puede mostrar para testimoniar al mundo el amor de Dios es al amor a los hermanos. ¡Cuán providencial resulta entonces el hecho de que precisamente hoy la Iglesia señala a todos sus miembros tres nuevos santos que se dejaron transformar por la caridad divina y, según ella, moldearon su vida. En situaciones distintas y con diversos carismas, amaron al Señor con todo el corazón y al prójimo como a sí mismos «llegando a ser así un modelo para todos los creyentes» (cf. *1 Ts* 1, 7).

El Salmo 17, que se acaba de proclamar, invita a abandonarse con confianza en manos del Señor, que tuvo «misericordia de su ungido» (cf. v. 51). Esta actitud interior guió la vida y el ministerio de san Guido María Conforti. Desde que, en su niñez, tuvo que vencer la oposición de su padre para entrar en el seminario, dio muestras de un carácter firme al seguir la voluntad de Dios, al corresponder en todo a la *caritas Christi* que, en la contemplación del Crucificado, lo atraía a sí. Sintió una fuerte urgencia de anunciar este amor a quienes no habían recibido aún su anuncio, y el lema «*Caritas Christi*

urget nos» (cf. 2 Co 5, 14) sintetiza el programa del Instituto misionero que fundó cuando tenía solo treinta años: una familia religiosa puesta totalmente al servicio de la evangelización bajo el patrocinio del gran apóstol de Oriente san Francisco Javier. San Guido María fue llamado a vivir este impulso apostólico en el ministerio episcopal primero en Rávena y luego en Parma: con todas sus fuerzas se dedicó al bien de las almas a él encomendadas, sobre todo de las que se habían alejado del camino del Señor. Su vida estuvo marcada por numerosas pruebas, algunas de ellas graves. Supo aceptar todas las situaciones con docilidad, acogiéndolas como indicaciones del camino trazado para él por la divina Providencia; en todas las circunstancias, incluso en las derrotas más mortificantes, supo reconocer el designio de Dios, que lo guiaba a edificar su Reino sobre todo en la renuncia a sí mismo y en la aceptación diaria de su voluntad, con un abandono confiado cada vez más pleno. Él fue el primero en experimentar y testimoniar lo que enseñaba a sus misioneros, o sea, que la perfección consiste en hacer la voluntad de Dios, siguiendo el ejemplo de Jesús crucificado. San Guido María Conforti mantuvo fija su mirada interior en la cruz, que dulcemente lo atraía a sí; al contemplarla veía abrirse de par en par el horizonte del mundo entero, descubría el «urgente» deseo, escondido en el corazón de todo hombre, de recibir y acoger el anuncio del único amor que salva.

El testimonio humano y espiritual de san Luis Guanella es para toda la Iglesia un don especial de gracia. Durante su existencia terrena vivió con valentía y determinación el Evangelio de la caridad, el «gran mandamiento» que también hoy la Palabra de Dios nos ha recordado. Gracias a la profunda y continua unión con Cristo, en la contemplación de su amor, don Guanella, guiado por la divina Providencia, se hizo compañero y maestro, consuelo y alivio de los más pobres y los más débiles. El amor de Dios animaba en él el deseo del bien para las personas que le habían sido encomendadas, en la realidad de su vida diaria. Prestaba solícita atención al camino de cada uno, respetando sus tiempos de crecimiento y cultivando en el corazón la esperanza de que todo ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, al gustar la alegría de ser amado por él -Padre de todos-, puede sacar y dar a los demás lo mejor de sí mismo. Hoy queremos alabar y dar gracias al Señor porque en san Luis Guanella nos ha dado un profeta y un apóstol de la caridad. En su testimonio, tan lleno de humanidad y de atención a los últimos, reconocemos un signo luminoso de la presencia y de la acción benéfica de Dios: el Dios -como resonó en la primera lectura- que defiende al forastero, a la viuda, al huérfano, al pobre que debe dejar en prenda su manto, su único abrigo para cubrir su cuerpo por la noche (cf. Ex 22, 20-26). Que este nuevo santo de la caridad sea para todos, especialmente para los miembros de las Congregacio-

nes que fundó, un modelo de profunda y fecunda síntesis entre contemplación y acción, como él mismo la vivió y practicó. Toda su historia humana y espiritual la podemos sintetizar en las últimas palabras que pronunció en su lecho de muerte: «*In caritate Christi*». Es el amor de Cristo lo que ilumina la vida de todo hombre, revelando cómo en la entrega de sí a los demás no se pierde nada, sino que se realiza plenamente nuestra verdadera felicidad. Que san Luis Guanella nos obtenga crecer en la amistad con el Señor para ser en nuestro tiempo portadores de la plenitud del amor de Dios, para promover la vida en todas sus manifestaciones y condiciones, y para hacer que la sociedad humana llegue a ser cada vez más la familia de los hijos de Dios.

En la segunda lectura hemos escuchado un pasaje de la primera *carta a los Tesalonicenses*, un texto que usa la metáfora del trabajo manual para describir la labor evangelizadora y que, en cierto modo, puede aplicarse también a las virtudes de santa Bonifacia Rodríguez de Castro. Cuando san Pablo escribe la carta, trabaja para ganarse el pan; parece evidente, por el tono y los ejemplos empleados, que es en el taller donde él predica y encuentra sus primeros discípulos. Esta misma intuición movió a santa Bonifacia, que desde el inicio supo aunar su seguimiento de Jesucristo con el esmerado trabajo cotidiano. Faenar, como había hecho desde pequeña, no era solo un modo para no ser gravosa a nadie, sino que

suponía también tener la libertad para realizar su propia vocación, y le daba al mismo tiempo la posibilidad de atraer y formar a otras mujeres, que en el obrador pueden encontrar a Dios y escuchar su llamada amorosa, discerniendo su propio proyecto de vida y capacitándose para llevarlo a cabo. Así nacen las Siervas de San José, en medio de la humildad y sencillez evangélica, que en el hogar de Nazaret se presenta como una escuela de vida cristiana. El Apóstol continúa diciendo en su carta que el amor que tiene a la comunidad es un esfuerzo, una fatiga, pues supone siempre imitar la entrega de Cristo por los hombres, no esperando nada ni buscando otra cosa que agradar a Dios. Madre Bonifacia, que se consagra con ilusión al apostolado y comienza a obtener los primeros frutos de sus afanes, vive también esta experiencia de abandono, de rechazo precisamente de sus discípulas, y en ello aprende una nueva dimensión del seguimiento de Cristo: la cruz. Ella la asume con el aguante que da la esperanza, ofreciendo su vida por la unidad de la obra nacida de sus manos. La nueva santa se nos presenta como un modelo acabado en el que resuena el trabajo de Dios, un eco que llama a sus hijas, las Siervas de San José, y también a todos nosotros, a acoger su testimonio con la alegría del Espíritu Santo, sin temer la contrariedad, difundiendo en todas partes la Buena Noticia del reino de los cielos. Nos encomendamos a su intercesión, y pedimos a Dios por todos los trabajadores, sobre todo por los que desempeñan los

oficios más modestos y en ocasiones no suficientemente valorados, para que, en medio de su quehacer diario, descubran la mano amiga de Dios y den testimonio de su amor, transformando su cansancio en un canto de alabanza al Creador.

«Te amo, Señor, mi fortaleza». Así, queridos hermanos y hermanas, hemos aclamado con el Salmo responsorial. De ese amor apasionado a Dios son signo elocuente estos tres nuevos santos. Dejémonos atraer por su ejemplo, dejémonos guiar por sus enseñanzas, para que toda nuestra vida se transforme en testimonio de auténtico amor a Dios y al prójimo. Que nos obtenga esta gracia la Virgen María, la Reina de los santos, y también la intercesión de san Guido María Conforti, de san Luis Guanella y de santa Bonifacia Rodríguez de Castro. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
durante la misa de sufragio de los
Cardenales y Obispos fallecidos
durante el año***

Altar de la Cátedra, Basilica Vaticana. Jueves, 3 de noviembre de 2011

Venerados hermanos, queridos hermanos y hermanas:

Al día siguiente de la conmemoración litúrgica de todos los fieles difuntos, nos reunimos en torno al altar

del Señor para ofrecer su Sacrificio en sufragio de los cardenales y de los obispos que, en el curso del último año, han concluido su peregrinación terrena. Con gran afecto recordamos a los venerados miembros del Colegio cardenalicio que nos han dejado: Urbano Navarrete, s.j., Michele Giordano, Varkey Vithayathil, c.ss.r., Giovanni Saldarini, Agustín García-Gasco Vicente, Georg Maximilian Sterzinsky, Kazimierz Świątek, Virgilio Noè, Aloysius Matthew Ambrozic y Andrzej Maria Deskur. Juntamente con ellos presentamos al trono del Altísimo las almas de los hermanos en el episcopado fallecidos. Por todos y por cada uno elevamos nuestra oración, animados por la fe en la vida eterna y en el misterio de la comunión de los santos. Una fe llena de esperanza, iluminada también por la Palabra de Dios que hemos escuchado.

El texto, tomado del *Libro del profeta Oseas*, nos hace pensar inmediatamente en la resurrección de Jesús, en el misterio de su muerte y de su despertar a la vida inmortal. Este pasaje de Oseas -la primera mitad del capítulo VI- estaba profundamente grabado en el corazón y en la mente de Jesús. En efecto, -en los Evangelios- retoma más de una vez el versículo 6: «Quiero misericordia y no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos». En cambio, Jesús no cita el versículo 2, pero lo hace suyo y lo realiza en el misterio pascual: «En dos días nos volverá la vida y al tercero nos hará resurgir; viviremos en

su presencia». El Señor Jesús, a la luz de esta palabra, afrontó la pasión, emprendió con decisión el camino de la cruz. Hablaba abiertamente a sus discípulos de lo que debía sucederle en Jerusalén, y el oráculo del profeta Oseas resonaba en sus mismas palabras: «El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres y lo matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará» (*Mc* 9, 31).

El evangelista anota que los discípulos «no entendían lo que decía, y les daba miedo preguntarle» (v. 32). También nosotros, ante la muerte, no podemos menos de experimentar los sentimientos y los pensamientos que brotan de nuestra condición humana. Y siempre nos sorprende y nos supera un Dios que se hace tan cercano a nosotros que no se detiene ni siquiera ante el abismo de la muerte, más aún, que lo atraviesa, permaneciendo durante dos días en el sepulcro. Pero precisamente aquí se realiza el misterio del «tercer día». Cristo asume hasta las últimas consecuencias nuestra carne mortal a fin de que sea revestida del poder glorioso de Dios, por el viento del Espíritu vivificante, que la transforma y la regenera. Es el bautismo de la pasión (cf. *Lc* 12, 50), que Jesús recibió por nosotros y del que san Pablo escribe en la *Carta a los Romanos*. La expresión que el Apóstol utiliza -«bautizados en su muerte» (*Rm* 6, 3)- nunca deja de asombrarnos, tal es la concisión con la que resume el vertiginoso misterio. La muerte de Cristo es fuente de

vida, porque en ella, Dios ha volcado todo su amor, como en una inmensa cascada, que hace pensar en la imagen contenida en el Salmo 41: «Una sima grita a otra sima, con voz de cascadas; tus torrentes y tus olas me han arrollado» (v. 8). El abismo de la muerte es colmado por otro abismo, aún más grande, el abismo del amor de Dios, de modo que la muerte ya no tiene ningún poder sobre Jesucristo (cf. *Rm* 8, 9), ni sobre aquellos que, por la fe y el Bautismo, son asociados a él: «Si hemos muerto con Cristo -dice san Pablo- creemos que también viviremos con él» (*Rm* 6, 8). Este «vivir con Jesús» es la realización de la esperanza profetizada por Oseas: «Viviremos en su presencia» (6, 2).

En realidad, solo en Cristo esa esperanza encuentra su fundamento real. Antes corría el peligro de reducirse a una ilusión, a un símbolo tomado del ritmo de las estaciones: «como la lluvia de otoño, como la lluvia de primavera» (cf. *Os* 6, 3). En tiempos del profeta Oseas, la fe de los israelitas amenazaba contaminarse con las religiones naturalistas de la tierra de Canaán, pero esta fe no era capaz de salvar a nadie de la muerte. En cambio, la intervención de Dios en el drama de la historia humana no obedece a ningún ciclo natural, obedece solamente a su gracia y a su fidelidad. La vida nueva y eterna es fruto del árbol de la cruz, un árbol que florece y fructifica por la luz y la fuerza que provienen del sol de Dios. Sin la cruz de Cristo, toda la energía

de la naturaleza permanece impotente ante la fuerza negativa del pecado. Era necesaria una fuerza benéfica más grande que la que impulsa los ciclos de la naturaleza, un Bien más grande que la creación misma: un Amor que procede del «corazón» mismo de Dios y que, mientras revela el sentido último de la creación, la renueva y la orienta a su meta originaria y última.

Todo esto sucede en aquellos «tres días», cuando el «grano de trigo» cayó en la tierra, permaneció allí el tiempo necesario para colmar la medida de la justicia y de la misericordia de Dios, y finalmente produjo «mucho fruto», no quedando solo, sino como primicia de una multitud de hermanos (cf. *Jn* 12, 24; *Rm* 8, 29). Ahora sí, gracias a Cristo, gracias a la obra realizada en él por la Santísima Trinidad, las imágenes tomadas de la naturaleza ya no son solo símbolos, mitos ilusorios, sino que nos hablan de una realidad. Como fundamento de la esperanza está la voluntad del Padre y del Hijo, que hemos escuchado en el evangelio de esta liturgia: «Padre, este es mi deseo: que los que me has dado estén conmigo donde yo estoy» (*Jn* 17, 24). Y entre estos que el Padre ha dado a Jesús están también los venerados hermanos por los cuales ofrecemos esta Eucaristía: ellos «han conocido» a Dios mediante Jesús, han conocido su nombre, y el amor del Padre y del Hijo, el Espíritu Santo, ha vivido en ellos (cf. *Jn* 12, 25-26), abriendo su vida al cielo, a la eternidad. Demos gracias a Dios por este

don inestimable. Y, por intercesión de María santísima, recemos para que este misterio de comunión, que ha colmado toda su existencia, se realice plenamente en cada uno de ellos.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante el rezo de Vísperas para la inauguración del Año Académico de las Universidades Pontificias

Basílica Vaticana, Altar de la Cátedra. Viernes, 4 de noviembre de 2011

Venerados hermanos, queridos hermanos y hermanas:

Me alegra celebrar estas Vísperas con vosotros, que formáis la gran comunidad de las universidades pontificias romanas. Saludo al cardenal Zenon Grocholewski, agradeciéndole las amables palabras que me ha dirigido y sobre todo el servicio que presta como prefecto de la Congregación para la educación católica, ayudado por el secretario y los demás colaboradores. A ellos, y a todos los rectores, a los profesores y a los estudiantes dirijo mi más cordial saludo.

Hace setenta años el venerable Pío XII, con el *motu proprio* «*Cum nobis*» (cf. AAS 33 [1941] 479-481) instituyó la Obra pontificia para las vocaciones sacerdotales, con la finalidad de promover las vocaciones presbiterales, difundir el conocimiento de la digni-

dad y de la necesidad del ministerio ordenado y estimular la oración de los fieles para obtener del Señor numerosos y dignos sacerdotes. Con ocasión de dicho aniversario, esta tarde quiero proponeros algunas reflexiones precisamente sobre el ministerio sacerdotal. El *motu proprio* «*Cum nobis*» representó el inicio de un vasto movimiento de iniciativas de oración y de actividades pastorales. Fue una respuesta clara y generosa al llamamiento del Señor: «La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (*Mt* 9, 37-38). Después de la puesta en marcha de la Obra pontificia, se desarrollaron otras por doquier. Entre ellas quiero recordar el «*Serra International*», fundado por algunos empresarios de Estados Unidos, que toma su título del padre Junípero Serra, fraile franciscano español, con el fin de estimular y sostener las vocaciones al sacerdocio y asistir económicamente a los seminaristas. A los miembros del *Serra*, que recuerdan el 60° aniversario del reconocimiento de la Santa Sede, dirijo un cordial saludo. La Obra pontificia para las vocaciones sacerdotales fue instituida en la memoria litúrgica de san Carlos Borromeo, venerado protector de los seminarios. A él le pedimos también en esta celebración que interceda por el despertar, la buena formación y el crecimiento de las vocaciones al presbiterado.

También la Palabra de Dios que hemos escuchado en el pasaje de la *Prime-*

ra Carta de san Pedro invita a meditar en la misión de los pastores en la comunidad cristiana. Ya desde los albores de la Iglesia fue evidente el relieve otorgado a los guías de las primeras comunidades, establecidos por los Apóstoles para el anuncio de la Palabra de Dios a través de la predicación y para celebrar el sacrificio de Cristo, la Eucaristía. San Pedro dirige un apasionado llamamiento: «A los presbíteros entre vosotros, yo presbítero con ellos, testigo de la pasión de Cristo y partícipe de la gloria que se va a revelar, os exhorto» (*1 P* 5, 1). San Pedro hace este llamamiento en virtud de su relación personal con Cristo, que culminó en los dramáticos sucesos de la pasión y en la experiencia del encuentro con él, resucitado de entre los muertos. San Pedro, además, insiste en la solidaridad recíproca de los pastores en el ministerio, subrayando el hecho de que tanto él como ellos pertenecen al único orden apostólico. En efecto, dice que es «presbítero con ellos». El término griego es *sumpresbýteros*. Apacentar el rebaño de Cristo es su vocación y tarea común y los une de un modo particular entre sí, por estar unidos a Cristo con un vínculo especial. De hecho, el Señor Jesús en varias ocasiones se comparó a sí mismo con un pastor solícito, atento a cada una de sus ovejas. Dijo de sí mismo: «Yo soy el Buen Pastor» (*Jn* 10, 11). Y santo Tomás de Aquino comenta: «Aunque todos los jefes de la Iglesia sean pastores, sin embargo dice que él lo es de un modo singular: “Yo soy el *buen pastor*”, con el fin de introducir con dulzura la

virtud de la caridad. De hecho, solo se puede ser buen pastor siendo uno con Cristo y sus miembros mediante la caridad. La caridad es el primer deber del buen pastor». Así dice santo Tomás de Aquino en su Comentario al Evangelio de san Juan (*Exposición sobre Juan*, cap. 10, lect. 3).

Es grande la visión que el apóstol san Pedro tiene de la llamada al ministerio de guía de la comunidad, concebida en continuidad con la singular elección que recibieron los Doce. La vocación apostólica vive gracias a la relación personal con Cristo, alimentada con la oración asidua y animada por el celo de comunicar el mensaje recibido y la misma experiencia de fe de los Apóstoles. Jesús llamó a los Doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar su mensaje (cf. *Mc* 3, 14). Para que haya una creciente consonancia con Cristo en la vida del sacerdote, se requieren algunas condiciones. Quiero subrayar tres, que emergen de la lectura que hemos escuchado: la *aspiración a colaborar con Jesús* en la difusión del reino de Dios, la *gratuidad* del compromiso pastoral y la actitud de *servicio*.

En la llamada al ministerio sacerdotal, está ante todo el encuentro con Jesús y el ser atraídos, conquistados por sus palabras, por sus gestos, por su misma persona. Es haber distinguido su voz entre las numerosas voces, respondiendo como san Pedro: «Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo

de Dios» (*Jn* 6, 68-69). Es como haber sido alcanzados por la irradiación de bien y de amor que emana de él, sentirse implicados y partícipes con él hasta el punto de desear permanecer con él como los dos discípulos de Emaús -«quédate con nosotros porque atardece» (*Lc* 24, 29)- y de llevar al mundo el anuncio del Evangelio. Dios Padre envió al Hijo eterno al mundo para realizar su plan de salvación. Jesucristo constituyó a la Iglesia para que se extendieran en el tiempo los efectos benéficos de la redención. La vocación de los sacerdotes tiene su raíz en esta acción del Padre, realizada en Cristo, a través del Espíritu Santo. Así, el ministro del Evangelio es aquel que se deja conquistar por Cristo, que sabe «permanecer» con él, que entra en sintonía, en íntima amistad con él, para que todo se cumpla «como Dios quiere» (*1 P* 5, 2), según su voluntad de amor, con gran libertad interior y con profunda alegría del corazón.

En segundo lugar, estamos llamados a ser administradores de los Misterios de Dios «no por sórdida ganancia, sino con entrega generosa» (*ib.*), dice san Pedro en la lectura de estas Vísperas. Nunca hay que olvidar que se entra en el sacerdocio a través del Sacramento, de la ordenación, y esto significa precisamente abrirse a la acción de Dios eligiendo cada día entregarse por él y por los hermanos, según el dicho evangélico: «Gratis habéis recibido, dad gratis» (*Mt* 10, 8). La llamada del Señor al ministerio no es fruto de méritos

particulares; es un don que es preciso acoger y al que se debe corresponder dedicándose no a un proyecto propio, sino al de Dios, de modo generoso y desinteresado, para que él disponga de nosotros según su voluntad, aunque esta pudiera no corresponder a nuestros deseos de autorrealización. Amar junto a Aquel que nos amó primero y se entregó totalmente a sí mismo. Es estar dispuestos a dejarse implicar en su acto de amor pleno y total al Padre y a todos los hombres consumado en el Calvario. No debemos olvidar nunca -como sacerdotes- que la única elevación legítima hacia el ministerio de pastor no es la del éxito, sino la de la cruz.

En esta lógica, ser sacerdotes quiere decir ser servidores también con una vida ejemplar: «Sed modelos del rebaño» es la invitación del apóstol san Pedro (1 Pt 5, 3). Los presbíteros son dispensadores de los medios de salvación, de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y de la Penitencia; no disponen de ellos a su arbitrio, sino que son sus humildes servidores para el bien del pueblo de Dios. Así pues, es una vida marcada profundamente por este servicio: por el atento cuidado del rebaño, por la celebración fiel de la liturgia y por la generosa solicitud hacia todos los hermanos, especialmente hacia los más pobres y necesitados. Al vivir esta «caridad pastoral» siguiendo el ejemplo de Cristo y con Cristo, en cualquier lugar donde el Señor lo llama, todo sacerdote podrá realizarse plenamente y realizar su vocación.

Queridos hermanos y hermanas, os he propuesto algunas reflexiones sobre el ministerio sacerdotal. Pero también las personas consagradas y los laicos -pienso de modo particular en las numerosas religiosas y laicas que estudian en las universidades eclesíásticas de Roma, así como en los que prestan su servicio como profesores o como personal en dichos ateneos-, podrán encontrar elementos útiles para vivir más intensamente el tiempo que pasan en la ciudad eterna. De hecho, para todos es importante aprender cada vez más a «permanecer» con el Señor, cada día, en el encuentro personal con él para dejarse fascinar y conquistar por su amor y ser anunciadores de su Evangelio; es importante tratar de seguir en la vida, con generosidad, no un proyecto propio, sino el que Dios tiene para cada uno, conformando la propia voluntad a la del Señor; es importante prepararse, también a través de un estudio serio y comprometido, a servir al pueblo de Dios en las tareas que se les confíen.

Queridos amigos, vivid bien, en íntima comunión con el Señor, este tiempo de formación: es un don precioso que Dios os brinda, especialmente aquí en Roma, donde se respira de modo muy singular la catolicidad de la Iglesia. Que san Carlos Borromeo obtenga la gracia de la fidelidad a todos los que frecuentan las facultades eclesíásticas romanas. Que el Señor conceda a todos, por intercesión de la Virgen María, *Sedes Sapientiae*, un provechoso año académico. Amén.

MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
con motivo del 50º Aniversario de
Adveniat***

*A mi venerado hermano monseñor
Franz-Josef Overbeck, Obispo de Essen*

Con alegría he sabido que la Acción episcopal Adveniat celebra en estos días su 50º aniversario y dirijo saludos afectuosos y bendiciones a todos los que han llegado a Essen para esta ocasión.

Durante el tiempo de Adviento de 1961, los obispos alemanes destinaron, por primera vez, la colecta de Navidad, realizada en todo el territorio federal, a los proyectos pastorales de la Iglesia en América Latina. De esta fiel relación entre la Iglesia alemana y los hermanos y hermanas de América del sur y de América central nació la Acción episcopal Adveniat. A través de sus donaciones generosas y de su compromiso incondicional, los católicos alemanes han llevado a cabo innumerables proyectos de ayuda en los países de América Latina. Esta expresión generosa de caridad cristiana merece un sincero reconocimiento.

El nombre Adveniat es el programa. De hecho, la Acción episcopal tomó el nombre de la súplica del Padrenuestro *Adveniat regnum tuum*, «Venga tu reino». El reino de Dios es introducido entre nosotros por la encarnación de Jesús y de igual manera los cristianos están llamados a colaborar en la edificación de este

reino. En este sentido, Adveniat permite al rostro de Cristo, humano y divino, resplandecer cada vez más en América Latina y coopera decididamente en el desarrollo de una sociedad vital y digna de vivir en la justicia y en la paz. A través de innumerables proyectos socio-caritativos y de programas de formación, las personas pobres y sin recursos han recibido un gran apoyo. La colaboración con vistas al reino de Dios tiene una dimensión esencialmente espiritual. En el Padrenuestro, Cristo nos enseña a rezar por la venida del Reino. No lo podemos hacer sencillamente porque es sobre todo un don. El reino de Dios y la obra de Cristo van unidos. Se realizan allí donde, a través del anuncio de la Buena Nueva y la celebración de los sacramentos, se verifica el encuentro con él, el Redentor y Salvador de los hombres. Él mismo es la fuente de paz y el dador de la salvación. Él no permite que nuestro esfuerzo social sea solo material, exterior y vacío, sino que lo colma de espíritu y vida desde el interior. La Acción episcopal Adveniat quiere dirigirse siempre al hombre en su integridad, en sus necesidades naturales y sobrenaturales. Entonces el reino de Dios surge verdaderamente en medio de nosotros.

Ya el beato Papa Juan XXIII, en su carta del 11 de enero de 1961 a los obispos de Alemania, agradecía la sabia decisión de «ayudar a América Latina». Hoy quiero renovar este agradecimiento y decirlos de todo corazón a vosotros y a todos los católicos de Alemania un

Vergelt's Gott por estos cincuenta años de ayuda fructífera. Con alegría acompaño la obra ulterior de *Adveniat* en favor de las personas de América Latina con mis oraciones, en especial a Nuestra Señora de Guadalupe, así como a los santos patronos de América Latina. Os imparto de corazón la bendición apostólica.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión del II Congreso
Nacional de la Familia en Ecuador
(9-12 noviembre 2011)***

Al venerado hermano Antonio Arregui Yarza, Arzobispo metropolitano de Guayaquil, Presidente de la Conferencia Episcopal Ecuatoriana

Con ocasión del *Segundo Congreso Nacional de la Familia*, saludo con afecto a los pastores y fieles de la Iglesia en Ecuador que, dentro del contexto de la Misión Continental auspiciada en Aparecida por el Episcopado Latinoamericano y del Caribe y en preparación al VII Encuentro Mundial de las Familias, que tendrá lugar en Milán, se proponen llevar a cabo un proceso de reflexión del Evangelio que permita a los matrimonios y hogares cristianos responder a su identidad, vocación y misión.

El tema del Congreso, «*La familia ecuatoriana en misión: el trabajo y la fiesta al servicio de la persona y del bien común*», reconoce que la familia, nacida del pacto de amor y de la entrega total y sincera de

un hombre y una mujer en el matrimonio, no es una realidad privada, encerrada en sí misma. Ella por vocación propia presta un servicio maravilloso y decisivo al bien común de la sociedad y a la misión de la Iglesia. En efecto, la sociedad no es una mera suma de individuos, sino el resultado de relaciones entre las personas, hombre-mujer, padres-hijos, entre hermanos, que tienen su base en la vida familiar y en los vínculos de afecto que de ella se derivan. Cada familia entrega a la sociedad, a través de sus hijos, la riqueza humana que ha vivido. Con razón, se puede afirmar que de la salud y calidad de las relaciones familiares depende la salud y calidad de las mismas relaciones sociales.

En este sentido, el trabajo y la fiesta atañen particularmente y están hondamente vinculados a la vida de las familias: condicionan sus elecciones, influyen en las relaciones entre los cónyuges y entre los padres e hijos, e inciden en los vínculos de la familia con la sociedad y con la Iglesia.

A través del trabajo, el hombre se experimenta a sí mismo como sujeto, partícipe del proyecto creador de Dios. De ahí que la falta de trabajo y la precariedad del mismo atenten contra la dignidad del hombre, creando no solo situaciones de injusticia y de pobreza, que frecuentemente degeneran en desesperación, criminalidad y violencia, sino también crisis de identidad en las personas. Es urgente, pues, que surjan por doquier medidas eficaces, planteamientos serios y atinados, así como una voluntad

inquebrantable y franca que lleve a encontrar caminos para que todos tengan acceso a un trabajo digno, estable y bien remunerado, mediante el cual se santifiquen y participen activamente en el desarrollo de la sociedad, conjugando una labor intensa y responsable con tiempos adecuados para una rica, fructífera y armoniosa vida familiar. Un ambiente hogareño sereno y constructivo, con sus obligaciones domésticas y con sus afectos, es la primera escuela del trabajo y el espacio más indicado para que la persona descubra sus potencialidades, acreciente sus ansias de superación y dé curso a sus más nobles aspiraciones. Además, la vida familiar enseña a vencer el egoísmo, a nutrir la solidaridad, a no desdeñar el sacrificio por la felicidad del otro, a valorar lo bueno y recto, y a aplicarse con convicción y generosidad en aras del bienestar común y el bien recíproco, siendo responsables de cara a sí mismos, a los demás y al medio ambiente.

La fiesta, por su parte, humaniza el tiempo abriéndolo al encuentro con Dios, con los demás y con la naturaleza. De ahí que las familias necesiten recuperar el genuino sentido de la fiesta, especialmente del domingo, día del Señor y del hombre. En la celebración eucarística dominical, la familia experimenta aquí y ahora la presencia real del Señor Resucitado, recibe la vida nueva, acoge el don del Espíritu, incrementa su amor a la Iglesia, escucha la divina Palabra, comparte el Pan eucarístico y se abre al amor fraterno.

Con estos sentimientos, a la vez que reitero mi cercanía y cordialidad a los queridísimos hijos e hijas de esa Nación, confío los frutos de este Congreso a la poderosa intercesión de Nuestra Señora de la Presentación del Quinche, celestial patrona del Ecuador, y, como prenda de abundantes favores divinos, imparto complacido a todos los presentes la implorada Bendición Apostólica.

VIAJES

VIAJE APOSTÓLICO A BENÍN (18-20 DE NOVIEMBRE DE 2011)

Entrevista del Papa, Benedicto XVI, concedida a los periodistas durante el vuelo hacia Benín

Viernes, 18 de noviembre de 2011

P. Lombardi: *Santidad, bienvenido entre nosotros, en este grupo de perio-*

distas que le acompañamos a África. Le agradecemos mucho que nos dedique algo de su tiempo también en esta ocasión. En este avión hay unos 40 periodistas, fotógrafos y cameraman de diversas agencias y televisiones; están también los medios vaticanos que le acompañan; unas cincuenta personas. En Cotonou, nos espera

un millar de periodistas que seguirán el viaje sobre el terreno. Como de costumbre, le hacemos algunas preguntas recogidas estos días entre los colegas. La primera pregunta se la hago en francés, pensando que será también del agrado de los benineses cuando al llegar puedan escucharlo y verlo en la televisión.

P. Lombardi: *Santo Padre, este viaje nos lleva a Benín. Pero es un viaje muy importante para todo el continente africano. ¿Por qué ha pensado que precisamente Benín es el país adecuado para dirigir un mensaje a toda África, de hoy y del futuro?*

Santo Padre: Hay varias razones. La primera es que Benín es un país en paz, paz exterior e interior. Hay instituciones democráticas que funcionan, realizadas con espíritu de libertad y responsabilidad, y por tanto la justicia y el trabajo en favor del bien común son posibles y están garantizados por el funcionamiento de las instituciones democráticas y el sentido de responsabilidad en la libertad. La segunda razón es que, como en la mayor parte de los países africanos, se da la presencia de diversas religiones y una convivencia pacífica entre ellas. Están los cristianos en su diversidad, que no es siempre fácil; los musulmanes y, en fin, las religiones tradicionales. Estas tres religiones diferentes conviven en el respeto recíproco y la responsabilidad común por la paz, por la reconciliación interior y exterior. Me parece que esta convivencia de las religiones,

el diálogo interreligioso como factor de paz y de libertad es muy importante, y es también un aspecto destacado de la Exhortación apostólica postsinodal. Y, finalmente, la tercera razón, es que se trata del país de mi querido amigo, el cardenal Bernardin Gantin. Siempre había tenido el deseo de poder rezar un día ante su tumba. Para mí es realmente un gran amigo -tal vez hablaremos al final de él- y, por tanto, visitar el país del cardenal Gantin como un gran representante del África católica, del África humana y civilizada, es también para mí una razón para ir a este país.

P. Lombardi: *Mientras los africanos experimentan el debilitamiento de sus comunidades tradicionales, la Iglesia católica debe afrontar el éxito creciente de Iglesias evangélicas o pentecostales, a veces nacidas en África, que propagan una fe atractiva, una gran simplificación del mensaje cristiano: insisten en las curaciones y mezclan sus cultos con los tradicionales. ¿Cómo se sitúa la Iglesia católica ante estas comunidades, agresivas con respecto a ella? Y, ¿cómo puede ser atractiva, cuando estas comunidades se presentan festivas, entusiastas o inculturadas?*

Santo Padre: Estas comunidades son un fenómeno mundial, en todos los continentes; con modalidades diversas, están muy presentes sobre todo en Latinoamérica y en África. Diría que los elementos característicos son su poca institucionalidad, pocas instituciones, poca atención a la instrucción,

un mensaje fácil, simple, comprensible, aparentemente concreto y además -como usted ha dicho- una liturgia participativa con la expresión de los propios sentimientos, la propia cultura y también la combinación sincretista entre las religiones. Por una parte, todo esto asegura el éxito, pero implica también poca estabilidad. Sabemos también que muchos vuelven a la Iglesia católica o pasan de una de estas comunidades a otra. Por consiguiente, no debemos imitar a estas comunidades, sino preguntarnos qué podemos hacer nosotros para revitalizar la fe católica. Y diría que un primer punto es ciertamente un mensaje sencillo, profundo, comprensible; es importante que el cristianismo no aparezca como un sistema difícil, europeo, que ningún otro puede comprender y practicar, sino como un mensaje universal de que Dios existe, que Dios tiene que ver con nosotros, que nos conoce y nos ama, y que la religión concreta suscita la colaboración y la fraternidad. Por eso es muy importante un mensaje sencillo y concreto. Es siempre muy importante también que la institución no sea sofocante; que predomine, digamos, la iniciativa de la comunidad y de la persona. Y, diría también, es importante una liturgia participativa, pero no sentimental: no debe basarse solo en la expresión de los sentimientos, sino que se ha de caracterizar por la presencia del misterio en el que entramos, y por el que nos dejamos formar. En fin, diría que es importante no perder la universalidad en la inculturación. Yo preferiría hablar de inter-

culturalidad más que de inculturación, es decir, de un encuentro de culturas en la verdad común de nuestro ser humano en nuestro tiempo, y crecer así también en la fraternidad universal; no perder esta grandeza de la catolicidad, de que en todas las partes del mundo somos hermanos, somos una familia que se conoce y colabora con espíritu de fraternidad.

P. Lombardi: *En los últimos decenios ha habido en tierra africana muchas operaciones de pacificación, conferencias para la reconstrucción nacional, comisiones de verdad y reconciliación, con resultados unas veces positivos y otras decepcionantes. Durante la asamblea sinodal, los obispos usaron palabras fuertes sobre la responsabilidad de los políticos con respecto a los problemas del continente. ¿Qué mensaje piensa dirigir a los responsables políticos de África? Y ¿cuál es la contribución específica que la Iglesia puede dar a la construcción de una paz duradera en el continente?*

Santo Padre: El mensaje se encuentra en el texto que entregaré a la Iglesia en África: no puedo resumirlo ahora en pocas palabras. Es verdad que ha habido muchas conferencias internacionales también precisamente para África, para la fraternidad universal. Se dicen cosas buenas y también se hacen a veces cosas realmente buenas: hemos de reconocerlo. Pero, ciertamente, las palabras, las intenciones y también la voluntad son más grandes que las realizaciones; y debemos preguntarnos por

qué las palabras y las intenciones no se hacen realidad. Me parece que un factor fundamental es que esta renovación, esta fraternidad universal, requiere renunciarnos, exige también ir más allá del egoísmo y ser para el otro. Y esto es fácil decirlo, pero difícil hacerlo. El hombre, tal como es después del pecado original, quiere poseerse a sí mismo, tenerse su vida y no darla. Quisiera conservar todo lo que tengo. Pero, naturalmente, con esta mentalidad, según la cual no quiero dar, sino tener, las grandes intenciones no pueden funcionar. Solo podemos llegar a esto precisamente con el amor y el conocimiento de un Dios que nos ama, que nos damos: osamos perder la vida, nos atrevemos a entregarnos porque sabemos que precisamente así nos ganamos. Por tanto, los detalles que hoy se encuentran en el documento del Sínodo se refieren a esta postura fundamental: amando a Dios y estando en amistad con este Dios que se da, también nosotros podemos atrevernos e implorar el dar, no solo el tener; renunciar, ser para el otro, perder la vida con la certeza de que sí, precisamente así, ganamos.

P. Lombardi: *Durante la inauguración del Sínodo africano en Roma, usted habló de África como de un gran «pulmón espiritual para una humanidad en crisis de fe y de esperanza». Pensando en los grandes problemas de África, esta expresión parece casi desconcertante. ¿En qué sentido piensa verdaderamente que África puede dar fe y esperanza al mundo? ¿Piensa en un papel de África tam-*

bién en la evangelización del resto del mundo?

Santo Padre: África tiene naturalmente grandes problemas y dificultades, toda la humanidad tiene grandes problemas. Si pienso en mi juventud, era un mundo totalmente diverso del de hoy, y algunas veces pienso que vivo en otro planeta respecto a cuando era joven. Así, la humanidad se encuentra en un proceso de transformación cada vez más rápido. Para África, este proceso de los últimos cincuenta o sesenta años -a partir de la independencia, después del colonialismo, hasta llegar al tiempo actual- ha sido un proceso muy exigente y, naturalmente, muy difícil, con grandes dificultades y problemas, y estos problemas aún no se han superado. Con el proceso de la humanidad, se dan también dificultades. Sin embargo, esta lozanía del sí a la vida que hay en África, esta juventud que existe, que está llena de entusiasmo y de esperanza, incluso de humor y de alegría, nos muestra que en África hay una reserva humana, hay aún un verdor del sentido religioso y de esperanza; hay aún una percepción de la realidad metafísica, de la realidad en su totalidad con Dios: no esa reducción al positivismo, que limita nuestra vida y la hace un tanto árida, y que también apaga la esperanza. Por tanto, diría, un humanismo lozano, que se encuentra en el alma joven de África, no obstante todos los problemas que existen y existirán, manifiesta que aún hay una reserva de vida y de vitalidad para el futuro, con la que podemos contar.

P. Lombardi: *Una última pregunta, Santidad. Volvamos un momento a un punto que usted ha mencionado entre los motivos de este viaje a Benín: sabemos que en este viaje tiene un lugar importante el recuerdo de la figura del cardenal Gantin. Usted lo conoció muy bien: fue su predecesor como decano del Colegio cardenalicio, y la estima que lo rodea universalmente es muy grande. ¿Quiere darnos un breve testimonio personal de él?*

Santo Padre: Vi por primera vez al cardenal Gantin durante mi ordenación como arzobispo de Munich, en 1977. Él fue allí porque uno de sus alumnos era discípulo mío: así, idealmente, sin que nos hubiéramos visto aún, ya existía entre nosotros una amistad. En aquel día decisivo de mi ordenación episcopal, fue hermoso para mí encontrar a este joven obispo africano, lleno de fe, de alegría y de valentía. Después hemos colaborado muchísimo, sobre todo cuando él era prefecto de la Congregación para los Obispos, y después en el Colegio cardenalicio. He admirado siempre su inteligencia práctica y profunda; su sentido de discernimiento, de no caer en ciertas frases hechas, sino de comprender lo que era esencial y lo que no tenía sentido. Y también su verdadero sentido del humor, que era muy hermoso. Y, sobre todo, era un hombre de profunda fe y de oración. Todo esto hizo del cardenal Gantin no solo un amigo, sino también un ejemplo que seguir, un gran obispo africano, católico. Realmente me alegra po-

der rezar ahora ante su tumba y sentir su cercanía y su gran fe, que hace de él, siempre para mí, un ejemplo y un amigo.

P. Lombardi: Gracias, Santidad. Si me permite, añado que «su discípulo» que había invitado al cardenal Gantin está también aquí con nosotros en el viaje, porque es Mons. Barthélémy Adoukounou y, por tanto, él está también presente en este momento tan bello. Por nuestra parte, le agradecemos este tiempo que nos ha concedido. Le deseamos un buen viaje y, como siempre, trataremos de colaborar a una buena difusión de sus mensajes para África en estos días. Gracias nuevamente y hasta la vista.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en la ceremonia de bienvenida

Aeropuerto internacional “Cardenal Bernardin Gantin” de Cotonú. Viernes, 18 de noviembre de 2011

Señor Presidente de la República, Señores Cardenales, Señor Presidente de la Conferencia Episcopal de Benín, Autoridades civiles, eclesíásticas y religiosas, Queridos amigos

Le agradezco, Señor Presidente, sus cálidas palabras de bienvenida. Usted sabe el afecto que siento por su continente y su país. Quería volver a África, y son tres los motivos que me han

inducido a emprender este viaje apostólico. En primer lugar, Señor Presidente, su amable invitación a visitar el país. Una iniciativa que ha ido a la par con la de la Conferencia Episcopal de Benín. Son iniciativas felices, pues se enmarcan en el año en que Benín celebra el 40 aniversario del establecimiento de relaciones diplomáticas con la Santa Sede y el 150 aniversario de su evangelización. Al estar entre ustedes, tendré ocasión de participar en numerosos encuentros. Me alegro por ello. Todos serán diferentes y culminarán en la Eucaristía que celebraré antes de despedirme.

También se cumple mi deseo de entregar en suelo africano la Exhortación apostólica postsinodal *Africae munus*. Sus reflexiones guiarán la acción pastoral de numerosas comunidades cristianas en los próximos años. Este documento podrá germinar, crecer y dar fruto, produciendo «el ciento o sesenta o treinta por uno», como dice el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo (*Mt* 13,23).

Hay, en fin, un tercer motivo más personal o de sentimiento. Siempre he tenido en alta estima a un hijo de este país, el cardenal Bernardin Gantin. Los dos hemos trabajado durante muchos años, cada uno según sus propias competencias, al servicio de la misma viña. Hemos ayudado lo mejor posible a mi Predecesor, el beato Juan Pablo II, a ejercer su ministerio petrino. Tuvimos ocasión de encontrarnos muchas veces,

de conversar en profundidad y de orar juntos. El cardenal Gantin se había ganado el respeto y el afecto de muchos. Por eso me ha parecido justo venir a su país natal, para rezar ante su tumba y para agradecer a Benín el haber dado a la Iglesia a este hijo eminente.

Benín es un país de antiguas y nobles tradiciones. Su historia es reconocida. Quisiera aprovechar esta oportunidad para saludar a los jefes tradicionales. Su contribución es importante para construir el futuro de este país. Quiero animarlos a contribuir con su sabiduría y comprensión de las costumbres a la delicada transición que se está produciendo actualmente de la tradición a la modernidad.

No se ha de temer a la modernidad, pero tampoco se puede construir olvidando el pasado. Debe ir acompañada de la prudencia para el bien de todos, evitando los escollos que hay en África, lo mismo que en otras partes, como la sumisión incondicional a las fuerzas del mercado o las finanzas, el nacionalismo o tribalismo exacerbado y estéril, que puede llegar a ser funesto, la politización extrema de las tensiones interreligiosas en detrimento del bien común o, finalmente, la erosión de los valores humanos, culturales, éticos y religiosos. La transición a la modernidad debe estar guiada por criterios seguros basados en las virtudes reconocidas, como las citadas en vuestro lema nacional, pero también aquellas enraizadas en la dignidad, la grandeza de la

familia y el respeto de la vida. Todos estos valores son para el bien común, el único que debe primar, y el único que debe ser la mayor preocupación de todo sujeto responsable. Dios confía en el hombre y desea su bien. Nos atañe a nosotros corresponder con una honestidad y justicia que esté a la altura de su confianza.

La Iglesia, por su parte, ofrece su contribución específica. Con su presencia, su oración y sus diversas obras de misericordia, especialmente en el campo de la educación y la sanidad, desea dar lo mejor que tiene. Desea mostrarse cercana de quien está en necesidad, de quien busca a Dios. Quiere hacer comprender que Dios no está ausente, ni es inútil, como se trata de hacer creer, sino que es amigo del hombre. Señor Presidente, vengo a vuestro país con este espíritu de amistad y hermandad.

ace mawu tɔn ni kɔn do benin to ɔ
bi ji [Dios bendiga a Benín]

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
durante su visita a la catedral de
Cotonú***

*Cotonú. Viernes, 18 de noviembre de
2011*

*Señores Cardenales, Señor Arzobispo y
queridos hermanos en el Episcopado, Señor
Rector de la catedral, Queridos her-
manos y hermanas*

El antiguo himno del *Te Deum* que acabamos de cantar, expresa nuestra alabanza a Dios tres veces santo, que nos reúne en esta hermosa catedral de Nuestra Señora de la Misericordia. Rendimos homenaje con reconocimiento a los arzobispos precedentes que aquí reposan: Monseñor Christophe Adimou y Monseñor Isidore de Sousa. Fueron valerosos trabajadores en la viña del Señor, y su recuerdo sigue vivo en el corazón de los católicos y de numerosos Benineses. Estos dos preladados, cada uno a su manera, fueron pastores llenos de celo y caridad. Se entregaron sin reservas al servicio del Evangelio y del Pueblo de Dios, especialmente de los más desvalidos. Todos ustedes saben que Monseñor de Sousa era un amigo de la verdad y que desempeñó un papel determinante en la transición a la democracia de vuestro país.

Mientras alabamos a Dios por las maravillas con las que sigue colmando a la humanidad, les invito a meditar por un momento en su infinita misericordia. Esta catedral se presta providencialmente a ello. La historia de la salvación, que culmina en la encarnación de Jesús y tiene su pleno cumplimiento en el misterio pascual, es una revelación conmovedora de la misericordia de Dios. En el Hijo se hace visible el «Padre de las misericordias» (2 Co 1,3) que, siempre fiel a su paternidad, «es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria

moral o pecado» (Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 6). La misericordia divina no consiste solo en la remisión de nuestros pecados; consiste también en que Dios, nuestro Padre, a veces con dolor, tristeza o miedo por nuestra parte, nos devuelve al camino de la verdad y de la luz, porque no quiere que nos perdamos (cf. *Mt* 18,14; *Jn* 3,16). Esta doble manifestación de la misericordia de Dios muestra lo fiel que es Dios a la alianza sellada con todo cristiano en el bautismo. Al releer la historia personal de cada uno y la de la evangelización de nuestros países, podemos decir con el salmista: «Cantaré eternamente las misericordias del Señor» (*Sal* 88,2).

La Virgen María experimentó el misterio del amor divino en su más alto grado: «Su misericordia llega a sus fieles de generación en generación» (*Lc* 1,50), exclama en su *Magnificat*. Por su «sí» a la llamada de Dios, ha contribuido a la manifestación del amor divino entre los hombres. En este sentido, ella es Madre de la Misericordia por su participación en la misión de su Hijo; y ha recibido el privilegio de socorrernos siempre y en todo lugar. «Por su múltiple intercesión, continúa alcanzándonos los dones de la eterna salvación. Por su amor materno, cuida de los hermanos de su Hijo que peregrinan y se debaten entre peligros y angustias, y luchan contra el pecado hasta que sean llevados a la patria feliz» (*Lumen gentium*, 62). Bajo el amparo de su misericordia, sanan los corazones quebrantados, se vencen las acechanzas del Maligno y los enemigos se recon-

cilian. En María, no solo tenemos un modelo de perfección, sino también una ayuda para lograr la comunión con Dios y con nuestros hermanos y hermanas. La Madre de la Misericordia es una guía segura para los discípulos de su Hijo, que quieren servir a la justicia, la reconciliación y la paz. Ella nos indica con sencillez y corazón de madre la única Luz y la única Verdad: su Hijo, Jesucristo, que lleva a la humanidad hacia su plena realización en el Padre. No tengamos miedo de invocar confiadamente a aquella que no cesa de dispensar a sus hijos las gracias divinas:

Madre de la Misericordia, Salve, Madre del Redentor; Dios te salve, Virgen gloriosa; Salve, Reina nuestra.

Reina de la Esperanza, muéstranos el rostro de tu divino Hijo; guíanos por el camino de la santidad; danos la alegría de los que saben decir «sí» a Dios.

Reina de la paz, colma las más nobles aspiraciones de los jóvenes de África; sacia los corazones sedientos de justicia, paz y reconciliación; corona las esperanzas de los niños que sufren el hambre y la guerra.

Reina de la justicia, alcánzanos el amor filial y fraterno; haz que seamos amigos de los pobres y pequeños; consigue para los pueblos de la tierra el espíritu de hermandad.

Nuestra Señora de África, implora a tu divino Hijo la curación de los enfermos,

el consuelo de los afligidos, el perdón de los pecadores.

Intercede por África ante tu Hijo, y consigue para toda la humanidad la salvación y la paz.

Amén

Discurso del Papa, Benedicto XVI, en el encuentro con los miembros del Gobierno, representantes de las Instituciones de la República, el Cuerpo Diplomático y representantes de las principales religiones

Palacio Presidencial de Cotonú. Sábado, 19 de noviembre de 2011

Señor Presidente de la República, Distinguidas autoridades civiles, políticas y religiosas, Damas y caballeros Jefes de Misiones Diplomáticas, Queridos hermanos en el Episcopado, Señoras y Señores, queridos amigos,

Doo noumi!

Señor Presidente, habéis querido ofrecerme la ocasión de este encuentro ante una prestigiosa asamblea de personalidades. Es un privilegio que aprecio, al mismo tiempo que agradezco de todo corazón las amables palabras que me ha dirigido en nombre de todo el pueblo de Benin. Deseo dar las gracias también a la Señora representante de

los Cuerpos Constituidos por sus palabras de bienvenida. Y expreso mis mejores deseos para todas las personalidades presentes, que son responsables de primer orden de la vida nacional en Benin, cada uno en su respectivo ámbito.

En mis intervenciones anteriores, he unido frecuentemente la palabra África a la de esperanza. Lo hice hace dos años en Luanda, en un contexto sinodal. Por otro lado, la palabra esperanza se encuentra muchas veces en la Exhortación apostólica postsinodal *Africae munus* que luego firmaré. Cuando digo que África es el continente de la esperanza, no hago retórica fácil, sino expreso simplemente una convicción personal, que es también de la Iglesia. Con demasiada frecuencia nuestra mente se queda en prejuicios o imágenes que dan una visión negativa de la realidad africana, fruto de un análisis pesimista. Es siempre tentador señalar lo que está mal; más aún, es fácil adoptar el tono del moralista o del experto, que impone sus conclusiones y propone, a fin de cuentas, pocas soluciones adecuadas. Existe también la tentación de analizar la realidad africana de manera parecida a la de un antropólogo curioso, o como alguien que no ve en ella más que una enorme reserva de energía, minerales, productos agrícolas y recursos humanos fáciles de explotar para intereses a menudo escasamente nobles. Estas son visiones reduccionistas e irrespetuosas, que llevan a una cosificación nada correcta para África y sus gentes.

Soy consciente de que las palabras no tienen el mismo significado en todas partes. Pero el término esperanza varía poco según las culturas. Hace algunos años dediqué una Carta encíclica a la esperanza cristiana. Hablar de la esperanza es hablar del porvenir y, por tanto, de Dios. El futuro enlaza con el pasado y el presente. El pasado lo conocemos bien: lamentamos sus errores y reconocemos sus logros positivos. El presente, lo vivimos como podemos. Lo mejor, lo espero aún y con la ayuda de Dios. En este terreno, compuesto de múltiples elementos contradictorios y complementarios, es donde se trata de construir con la ayuda de Dios.

Queridos amigos, quisiera leer a la luz de esta esperanza que nos debe animar, dos aspectos importantes de África en la actualidad. El primero se refiere a la vida sociopolítica y económica del continente en general; el segundo al diálogo interreligioso. Estos aspectos son interesantes porque nuestro siglo parece haber nacido con el dolor y la dificultad de hacer crecer la esperanza en estos ámbitos específicos.

En los últimos meses, muchos han expresado su deseo de libertad, su necesidad de seguridad material y su deseo de vivir en armonía en la diferencia de etnias y religión. Ha nacido incluso un nuevo Estado en vuestro continente. También ha habido muchos conflictos provocados por la ceguera del hombre, por sus ansias de poder y por intereses político-económicos que ig-

noran la dignidad de la persona o de la naturaleza. La persona humana aspira a la libertad, quiere vivir dignamente; desea buenas escuelas y alimentación para los niños, hospitales dignos para cuidar a los enfermos; quiere ser respetada y reivindica un gobierno límpido que no confunda el interés privado con el interés general; y, sobre todo, desea la paz y la justicia. En estos momentos, hay demasiados escándalos e injusticias, demasiada corrupción y codicia, demasiado desprecio y mentira, excesiva violencia que lleva a la miseria y a la muerte. Estos males afligen ciertamente vuestro continente, pero también al resto del mundo. Toda nación quiere entender las decisiones políticas y económicas que se toman en su nombre. Se da cuenta de la manipulación, y la revancha es a veces violenta. Desea participar en el buen gobierno. Sabemos que ningún régimen político humano es perfecto, y que ninguna decisión económica es neutral. Pero siempre deben servir al bien común. Por tanto, estamos ante una reivindicación legítima, que afecta a todos los países, de una mayor dignidad y, sobre todo, de más humanidad. El hombre quiere que su humanidad sea respetada y promovida. Los responsables políticos y económicos de los países se encuentran ante decisiones determinantes y opciones que no pueden eludir.

Desde esta tribuna, hago un llamamiento a todos los líderes políticos y económicos de los países africanos y del resto del mundo. No privéis a vues-

tros pueblos de la esperanza. No amputéis su porvenir mutilando su presente. Tened un enfoque ético valiente en vuestras responsabilidades y, si sois creyentes, rogad a Dios que os conceda sabiduría. Esta sabiduría os hará entender que, siendo los promotores del futuro de vuestros pueblos, es necesario que seáis verdaderos servidores de la esperanza. No es fácil vivir en la condición de servidor, de mantenerse íntegro entre las corrientes de opinión y los intereses poderosos. El poder, de cualquier tipo que sea, ciega fácilmente, sobre todo cuando están en juego intereses privados, familiares, étnicos o religiosos. Solo Dios purifica los corazones y las intenciones.

La Iglesia no ofrece soluciones técnicas ni impone fórmulas políticas. Ella repite: No tengáis miedo. La humanidad no está sola ante los desafíos del mundo. Dios está presente. Y este es un mensaje de esperanza, una esperanza que genera energía, que estimula la inteligencia y da a la voluntad todo su dinamismo. Un antiguo arzobispo de Toulouse, el cardenal Saliège, decía: «Esperar no es abandonar; es redoblar la actividad». La Iglesia acompaña al Estado en su misión; quiere ser como el alma de ese cuerpo, indicando incansablemente lo esencial: Dios y el hombre. Quiere cumplir abiertamente y sin temor esa tarea inmensa de quien educa y cuida y, sobre todo, de quien ora incesantemente (cf. *Lc* 18,1), que muestra dónde está Dios (cf. *Mt* 6,21) y dónde está el verdadero hombre (cf.

Mt 20,26; *Jn* 19,5). Desesperar es individualismo. La esperanza es comunión. ¿No es este un camino espléndido que se nos propone? Invito a emprenderlo a todos los responsables políticos, económicos, así como del mundo académico y de la cultura. Sed también vosotros sembradores de esperanza.

Quisiera abordar ahora el segundo punto, el del diálogo interreligioso. No parece necesario recordar los recientes conflictos provocados en nombre de Dios, y las muertes causadas en nombre de Aquel que es la vida. Toda persona sensata comprende la necesidad de promover la cooperación serena y respetuosa entre las diferentes culturas y religiones. El auténtico diálogo interreligioso rechaza la verdad humanamente egocéntrica, porque la sola y única verdad está en Dios. Dios es la Verdad. Por tanto, ninguna religión, ninguna cultura puede justificar que se invoque o se recurra a la intolerancia o a la violencia. La agresividad es una forma de relación bastante arcaica, que se remite a instintos fáciles y poco nobles. Utilizar las palabras reveladas, las Sagradas Escrituras o el nombre de Dios para justificar nuestros intereses, nuestras políticas tan fácilmente complacientes o nuestras violencias, es un delito muy grave.

Solo puedo conocer al otro si me conozco a mí mismo. Solo lo puedo amar si me amo a mí mismo (cf. *Mt* 22,39). Por tanto, el conocimiento, la profundización y la práctica de su propia

religión es esencial para un verdadero diálogo. Este solo puede comenzar con la oración personal sincera de quien quiere dialogar. Que se retire en el secreto de su habitación interior (cf. *Mt* 6,6) para pedir a Dios la purificación de sus motivos y la bendición para el encuentro deseado. Esta oración pide también a Dios el don de ver en el otro a un hermano que debe amar, y de reconocer en la tradición en que él vive un reflejo de esa Verdad que ilumina a todos los hombres (*Nostra Aetate*, 2). Por eso conviene que cada uno se sitúe en la verdad ante Dios y ante el otro. Esta verdad no excluye, y no comporta una confusión. El diálogo interreligioso mal entendido conduce a la confusión o al sincretismo. No es este el diálogo que se busca.

No obstante los esfuerzos que se han hecho, sabemos también que, a veces, el diálogo interreligioso no es fácil, o incluso inviable por diversas razones. Esto no significa un fracaso. Las formas de diálogo interreligioso son múltiples. La cooperación en el ámbito social o cultural pueden ayudar a las personas a comprenderse mejor a sí mismas y a vivir juntos con serenidad. También es bueno saber que no se dialoga por debilidad, sino que dialogamos porque creemos en Dios, creador y padre de todos los hombres. El diálogo es una forma más de amar a Dios y al prójimo (cf. *Mt* 22,37) en el amor de la verdad.

Tener esperanza no es ser ingenuo, sino hacer un acto de fe en Dios, Señor

del tiempo y Señor también de nuestro futuro. La Iglesia Católica pone así en práctica una de las intuiciones del Concilio Vaticano II, la promoción de las relaciones amistosas entre ella y los miembros de religiones no cristianas. Durante décadas, el Consejo Pontificio que lo gestiona establece lazos, multiplica las reuniones y publica regularmente documentos, con el fin de favorecer ese diálogo. La Iglesia trata de reparar la confusión de lenguas y la dispersión de los corazones nacida del pecado de Babel (cf. *Gn* 11). Saludo a todos los líderes religiosos que han tenido la amabilidad de venir aquí para encontrarme. Deseo asegurarles, así como a los de otros países africanos, que el diálogo ofrecido por la Iglesia Católica nace del corazón. Les animo a promover, especialmente entre los jóvenes, una pedagogía del diálogo, de modo que descubran que la conciencia de cada uno es un santuario que se ha de respetar, y que la dimensión espiritual construye la hermandad. La verdadera fe lleva invariablemente al amor. Y en este espíritu os invito a todos a la esperanza.

Estas consideraciones generales se aplican de manera particular a África. En vuestro continente, hay numerosas familias cuyos miembros profesan creencias diferentes, pero siguen permaneciendo unidas. Esta unidad no se debe solo a la cultura, sino que está cimentada en el afecto fraterno. Hay naturalmente a veces fracasos, pero también muchos éxitos. En este ám-

bito concreto, África puede ofrecer a todos materia de reflexión y ser así una fuente de esperanza.

Por último, quisiera utilizar la imagen de la mano. Está compuesta por cinco dedos muy diferentes entre sí. Sin embargo, cada uno de ellos es esencial y su unidad forma la mano. El buen entendimiento entre las culturas, la consideración no altiva de unos hacia otros y el respeto de los derechos de cada uno, son un deber vital. Se ha de enseñar esto a todos los fieles de las diversas religiones. El odio es un fracaso, la indiferencia, un callejón sin salida y el diálogo, una apertura. ¿No es ese el buen terreno donde sembrar la simiente de la esperanza? Tender la mano significa esperar a llegar, en un segundo momento, a amar. Y, ¿hay acaso algo más bello que una mano tendida? Esta ha sido querida por Dios para dar y recibir. Dios no la ha querido para que mate (cf. *Gn* 4,1ss) o haga sufrir, sino para que cuide y ayude a vivir. Junto con el corazón y la mente, también la mano puede hacerse un instrumento de diálogo. Puede hacer florecer la esperanza, sobre todo cuando la mente balbucea y el corazón recela.

Según la Sagrada Escritura, hay tres símbolos que describen la esperanza para el cristiano: el yelmo, que le protege del desaliento (cf. *1 Ts* 5,8), el ancla segura y firme, que fija en Dios (cf. *Hb* 6,19), y la lámpara, que le permite esperar el alba de un nuevo día (cf. *Lc* 12,35-36). Tener miedo, dudar

y temer, acomodarse en el presente sin Dios, y también el no tener nada que esperar, son actitudes ajenas a la fe cristiana (cf. S. Juan Crisóstomo, *Homilía XIV sobre la Carta a los Romanos*, 6: PG 45, 941C) y también, creo yo, a cualquier otra creencia en Dios. La fe vive el presente, pero espera los bienes futuros. Dios está en nuestro presente, pero viene también del futuro, lugar de la esperanza. El ensanchamiento del corazón no es solo la esperanza en Dios, sino también la apertura al cuidado de las realidades corporales y temporales para dar gloria a Dios. Siguiendo los pasos de Pedro, del que soy sucesor, deseo que vuestra fe y vuestra esperanza estén puestas en Dios (cf. *1 P* 1,21). Estos son los votos que formulo para toda África, que me es tan querida. ¡Ten confianza, África, y levántate. El Señor te llama! Que Dios os bendiga. Gracias.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con los niños***

Cotonú, iglesia parroquial de Santa Rita. Sábado, 19 de noviembre de 2011

Queridos niños.

Agradezco a Monseñor René-Marie Ehuzu, Obispo de Porto Novo y responsable de la Pastoral Social de la Conferencia Episcopal de Benin, sus palabras de bienvenida. Doy las gracias también al Señor Cura Párroco y a Aï-

cha por lo que me han dicho en nombre de todos. Después de este precioso momento de adoración, os saludo con gran alegría. Gracias por haber venido tantos.

Dios nuestro Padre nos ha convocado alrededor de su Hijo y nuestro hermano, Jesús, presente en la hostia consagrada en la misa. Es un gran misterio que hay que adorar y creer. Jesús, que nos quiere tanto, está verdaderamente presente en los sagrarios de todas las iglesias del mundo, en los sagrarios de las iglesias de vuestros barrios y parroquias. Os invito a visitarlo con frecuencia para manifestarle vuestro amor.

Algunos de vosotros habéis hecho ya la primera comunión, otros os estáis preparando para hacerla. El día de mi primera comunión fue uno de los más bonitos de mi vida. También para vosotros, ¿no es verdad? Y, ¿sabéis por qué? No solo por los lindos vestidos, los regalos o el banquete de fiesta, sino principalmente porque en ese día recibimos por primera vez a Jesús-Cristo. Cuando yo comulgo, Jesús viene a habitar dentro de mí. Tengo que recibirlo con amor y escucharlo con atención. En lo más profundo del corazón, le puedo decir por ejemplo: «Jesús, yo sé que tú me amas. Dame tu amor para que te ame y ame a los demás con tu amor. Te confío mis alegrías, mis penas y mi futuro». Queridos niños, no dudéis en hablar de Jesús a los demás. Es un tesoro que hay que saber compartir con generosidad. En la historia de la

Iglesia, el amor a Jesús ha llenado de valor y de fuerza a muchos cristianos, incluso a niños como vosotros. Así, a san Kizito, un muchacho ugandés, lo mataron porque él quería vivir según el bautismo que acababa de recibir. Kizito rezó. Había comprendido que Dios no solo es importante sino que lo es todo.

Pero, ¿qué es la oración? Es un grito de amor dirigido a Dios nuestro Padre, deseando imitar a Jesús nuestro Hermano. Jesús se fue a un lugar apartado para orar. Como Jesús, yo también puedo encontrar cada día un lugar tranquilo para recogerme delante de una cruz o una imagen sagrada y hablar y escuchar a Jesús. También puedo usar el Evangelio. Después me fijo con el corazón en un pasaje que me ha impresionado y me que guiará durante la jornada. Quedarme así por un rato con Jesús, él me puede llenar con su amor, su luz y su vida. Y estoy llamado, por mi parte, a dar este amor que recibo en la oración a mis padres, mis amigos, a todos los que me rodean, incluso a los que no me quieren o a los que yo quiero tanto. Queridos niños, Jesús os ama. Pedid también a vuestros padres que recen con vosotros. Algunas veces habrá que insistirles un poco. No dudéis en hacerlo. Dios es muy importante.

Que la Virgen María, su madre, os enseñe a amarlo cada vez más mediante la oración, el perdón y la caridad. Os confío a todos a Ella, así como a vues-

tras familias y educadores. Mirad, saco un rosario de mi bolsillo. El rosario es como un instrumento que uso para rezar. Es muy sencillo rezar el rosario. Tal vez lo sabéis ya, si no es así, pedid a vuestros padres que os lo enseñen. Además, cada uno de vosotros recibirá un rosario al terminar nuestro encuentro. Cuando lo tengáis en vuestras manos, podréis rezar por el Papa, os lo ruego, por la Iglesia y por todas las intenciones importantes. Y ahora, antes de que os bendiga con gran afecto, recemos juntos un *Ave María* por los niños de todo el mundo, especialmente por los que sufren a causa de la enfermedad, el hambre y la guerra. Recemos ahora: *Ave María, etc.*

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el encuentro con los obispos de
Benín***

Cotonou. Sábado, 19 de noviembre de 2011

Señores Cardenales, Querido Monseñor Ganyé, Presidente de la Conferencia Episcopal de Benín Queridos hermanos en el episcopado

Es una gran dicha encontraros juntos esta tarde, a vosotros que sois los pastores de la Iglesia Católica en Benín. Agradezco al presidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor Anthony Ganyé, Arzobispo de Cotonou, las palabras fraternas que me acaba de dirigir

en nombre todos. Me complace poder dar gracias juntos al Señor, cuando se celebra el 150 aniversario del comienzo de la evangelización de su país. En efecto, el 18 de abril de 1861, desembarcaron en Ouidah los primeros misioneros de la Sociedad de Misiones Africanas, comenzando así una nueva página del anuncio del Evangelio en África Occidental. La Iglesia está especialmente agradecida a todos los misioneros, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, así como a los laicos que, originarios del país o venidos de otras tierras, los han sucedido desde entonces hasta hoy. Ellos entregaron generosamente su vida, a veces de manera heroica, para que el amor de Dios fuera anunciado a todos.

Esta celebración jubilar ha de ser para las comunidades y para cada uno de sus miembros ocasión de una profunda renovación espiritual. Y, como pastores del Pueblo de Dios, es vuestra responsabilidad discernir su perfil a la luz de la Palabra de Dios. El *Año de la fe*, que he querido promulgar para el quincuagésimo aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, será sin duda una buena oportunidad para fomentar en los fieles el redescubrimiento y profundización de su fe en la persona del Salvador de los hombres. En efecto, si desde hace 150 años unos hombres y mujeres han tenido el valor de darlo todo por servir el Evangelio, es porque han aceptado poner a Cristo en el centro de su vida. Este mismo planteamiento debe estar hoy en el centro de la

vida de toda la Iglesia. Nos debe guiar el rostro crucificado y glorioso de Cristo, para testimoniar a todos su amor por el mundo. Esta actitud requiere de una conversión constante para dar una fuerza nueva a la dimensión profética de nuestro anuncio. Incumbe a quienes han recibido la misión de guiar al Pueblo de Dios el promoverla y ayudar a discernir los signos de la presencia de Dios en el corazón de las personas y de los acontecimientos. Que todos los fieles tengan un encuentro personal y comunitario con Cristo para convertirse en sus mensajeros. Este encuentro con Cristo debe estar firmemente arraigado en la escucha y meditación de la Palabra de Dios. En efecto, la Escritura debe ocupar un puesto central en la vida de la Iglesia y de cada cristiano. Os animo, pues, a hacer de su redescubrimiento una fuente de renovación constante, para que ella unifique la vida cotidiana de los fieles y sea cada vez más el corazón de la actividad eclesial.

La Iglesia no puede guardarse la Palabra de Dios para sí sola; ella tiene por vocación anunciarla al mundo. Este Año Jubilar debe ser para la Iglesia en Benín una oportunidad privilegiada para dar nuevo vigor a su conciencia misionera. El celo apostólico que debe animar a todos los fieles se deriva directamente de su bautismo y, por tanto, no pueden eludir la responsabilidad de confesar su fe en Cristo y su Evangelio donde quiera que se hallen y en su vida diaria. Los obispos y sacerdotes, por su

parte, están llamados a despertar esta conciencia en las familias, parroquias, comunidades y los diversos movimientos eclesiales. Por otro lado, quisiera destacar una vez más con admiración el papel de los catequistas en la actividad misionera de vuestras diócesis. Además, como ya he dicho en la Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, «La Iglesia no puede limitarse en modo alguno a una pastoral de “mantenimiento” para los que ya conocen el Evangelio de Cristo. El impulso misionero es una señal clara de la madurez de una comunidad eclesial» (n. 95). La Iglesia debe dirigirse a todos. Y les animo a continuar sus esfuerzos con el fin de compartir el personal misionero con las diócesis de menores recursos, tanto en su propio país como en otros países de África o de los continentes más lejanos. No tengan miedo de suscitar vocaciones misioneras de sacerdotes, religiosos y religiosas o de laicos.

Para que el mundo crea en la Palabra que la Iglesia anuncia, es indispensable que los discípulos de Cristo estén unidos entre sí (cf. *Jn* 17,21). Como guías y pastores de vuestro pueblo, estáis llamados a tener una viva conciencia de la hermandad sacramental que os une, y de la única misión se os ha encomendado, para ser efectivamente signos y promotores de unidad en vuestras diócesis. Respecto a vuestros presbíteros, debe prevalecer una actitud de escucha, de atención personal y paternal, para que ellos, conscientes del aprecio que les tenéis, vivan con serenidad y since-

ridad su vocación sacerdotal, la hagan brillar en su entorno con gozo y ejerzan fielmente sus tareas. Os invito, pues, a ayudar a los sacerdotes y a los fieles a redescubrir, también ellos, la belleza del sacerdocio y su ministerio. Las dificultades que se encuentran, y que a veces pueden ser serias, nunca han de ser motivo de desesperación, sino, por el contrario, convertirse en incentivo para fomentar en los sacerdotes y los obispos una profunda vida espiritual que llene su corazón con un amor cada vez más grande por Cristo y un celo desbordante por la santificación del Pueblo de Dios. Un fortalecimiento de los lazos de hermandad y amistad entre todos será también un apoyo importante, al facilitar el progreso en la búsqueda de un florecimiento espiritual y humano.

Queridos hermanos en el episcopado, la formación de los futuros sacerdotes de vuestras diócesis es algo que os preocupa de manera particular. Os animo ardientemente a hacer de esto una de vuestras prioridades pastorales. Es indispensable una sólida formación humana, intelectual y espiritual de los jóvenes que les permita alcanzar un equilibrio personal, psicológico y afectivo, que los prepare para aceptar la realidad de la vida sacerdotal, particularmente en el campo relacional. Por lo demás, como he dicho en la carta dirigida recientemente a todos los seminaristas, «lo más importante en el camino hacia el sacerdocio, y durante toda la vida sacerdotal, es la relación

personal con Dios en Jesucristo. El sacerdote [...] es el mensajero de Dios entre los hombres. Quiere llevarlos a Dios, y que así crezca la comunión entre ellos» (n. 1). En esta perspectiva, pues, los seminaristas deben aprender a vivir en contacto constante con Dios. Por eso, una de las responsabilidades importantes que incumbe a los obispos es la selección de los formadores. Y os exhorto a ejercerla con prudencia y discernimiento. Los formadores, contando siempre con las cualidades humanas e intelectuales necesarias, han de esmerarse por el progreso en su propio camino de santidad, así como el de los jóvenes a los que deben ayudar en su búsqueda de la voluntad de Dios para su vidas.

El ministerio episcopal, al que el Señor os ha llamado, tiene sus alegrías y sus penas. Al encontrarme con vosotros esta tarde, quisiera dejar a cada uno un mensaje de esperanza. Durante los últimos 150 años, el Señor ha hecho grandes cosas en el pueblo beninés. Tened la seguridad de que sigue acompañándoos cada día en vuestro compromiso al servicio de la evangelización. Sed siempre pastores según el corazón de Dios, auténticos servidores del Evangelio. Esto es lo que los hombres y mujeres de nuestro tiempo esperan de vosotros.

Queridos hermanos en el episcopado, al término de este encuentro, me gustaría expresarles mi gran alegría por volver a tierras africanas, y especial-

mente a Benín, en esta doble ocasión de la celebración del ciento cincuenta aniversario de la evangelización de vuestro país y la entrega de la Exhortación postsinodal *Africae munus*. Quisiera darles las gracias, y por su medio a todo el pueblo de Benín, por la cálida acogida – diría simplemente, «la hospitalidad africana» –, que me han depa-
 parado. Encomiendo a la Virgen María, Nuestra Señora de África, a cada una de sus diócesis, así como a ustedes y a su ministerio episcopal. Que Ella proteja a todo el pueblo de Benín. De todo corazón les imparto una afectuosa Bendición Apostólica, así como a los sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y a todos los fieles de sus diócesis.

Homilía del Papa, Benedicto XVI, durante la Santa Misa y entrega de la Exhortación Apostólica Postsinodal a los obispos de África

Estadio de la Amistad, Cotonú. Domingo, 20 de noviembre de 2011

Queridos hermanos en el Episcopado y el sacerdocio, Queridos hermanos y hermanas

Es una gran alegría para mí visitar por segunda vez este querido continente, a continuación de haberlo hecho mi querido Predecesor, el beato Papa, Juan Pablo II, y volver a vuestra casa, Benín, para dirigiros un mensaje de

esperanza y de paz. En primer lugar, deseo agradecer muy cordialmente, a Monseñor Antonio Ganyé, Arzobispo de Cotonou, sus palabras de bienvenida, y saludar a los obispos de Benín, así como a los cardenales y obispos de numerosos países de África y de otros continentes. Y saludo calurosamente a todos vosotros, queridos hermanos y hermanas, venidos para participar en esta Misa celebrada por el Sucesor de Pedro. Pienso ciertamente en los benineses, pero también en los fieles de los países francófonos vecinos, como Togo, Burkina Faso, Níger y otros más. Nuestra celebración eucarística en la solemnidad de Cristo Rey del universo es una oportunidad para dar gracias a Dios por el ciento cincuenta aniversario del comienzo de la evangelización de Benín, y por la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos celebrado en Roma hace algún tiempo.

El Evangelio que acabamos de escuchar, nos dice que Jesús, el Hijo del hombre, el juez último de nuestra vida, ha querido tomar el rostro de los hambrientos y sedientos, de los extranjeros, los desnudos, enfermos o prisioneros, en definitiva, de todos los que sufren o están marginados; lo que les hagamos a ellos será considerado como si lo hiciéramos a Jesús mismo. No veamos en esto una mera fórmula literaria, una simple imagen. Toda la vida de Jesús es una muestra de ello. Él, el Hijo de Dios, se ha hecho hombre, ha compartido nuestra existencia hasta en

los detalles más concretos, haciéndose servidor de sus hermanos más pequeños. Él, que no tenía donde reclinar su cabeza, fue condenado a morir en una cruz. Este es el Rey que celebramos.

Sin duda, esto puede parecernos desconcertante. Aún hoy, como hace 2000 años, acostumbrados a ver los signos de la realeza en el éxito, la potencia, el dinero o el poder, tenemos dificultades para aceptar un rey así, un rey que se hace servidor de los más pequeños, de los más humildes, un rey cuyo trono es la cruz. Sin embargo, dicen las Sagradas Escrituras, así es como se manifiesta la gloria de Cristo; en la humildad de su existencia terrena es donde se encuentra su poder para juzgar al mundo. Para él, reinar es servir. Y lo que nos pide es seguir por este camino para servir, para estar atentos al clamor del pobre, el débil, el marginado. El bautizado sabe que su decisión de seguir a Cristo puede llevarle a grandes sacrificios, incluso el de la propia vida. Pero, como nos recuerda san Pablo, Cristo ha vencido a la muerte y nos lleva consigo en su resurrección. Nos introduce en un mundo nuevo, un mundo de libertad y felicidad. También hoy son tantas las ataduras con el mundo viejo, tantos los miedos que nos tienen prisioneros y nos impiden vivir libres y dichosos. Dejemos que Cristo nos libere de este mundo viejo. Nuestra fe en Él, que vence nuestros miedos, nuestras miserias, nos da acceso a un mundo nuevo, un mundo donde la justicia y la verdad no son una parodia, un mundo

de libertad interior y de paz con nosotros mismos, con los otros y con Dios. Este es el don que Dios nos ha dado en nuestro bautismo.

«Venid vosotros, benditos de mi Padre; heredad el reino preparado para vosotros desde la creación del mundo» (*Mt 25,34*). Acojamos estas palabras de bendición que el Hijo del hombre dirigirá el Día del Juicio a quienes habrán reconocido su presencia en los más humildes de sus hermanos con un corazón libre y rebosante de amor de Dios. Hermanos y hermanas, este pasaje del Evangelio es verdaderamente una palabra de esperanza, porque el Rey del universo se ha hecho muy cercano a nosotros, servidor de los más pequeños y más humildes. Y quisiera dirigirme con afecto a todos los que sufren, a los enfermos, a los aquejados del sida u otras enfermedades, a todos los olvidados de la sociedad. ¡Tened ánimo! El Papa está cerca de vosotros con el pensamiento y la oración. ¡Tened ánimo! Jesús ha querido identificarse con el pequeño, con el enfermo; ha querido compartir vuestro sufrimiento y reconocer a vosotros como hermanos y hermanas, para liberaros de todo mal, de toda aflicción. Cada enfermo, cada persona necesitada merece nuestro respeto y amor, porque a través de él Dios nos indica el camino hacia el cielo.

Esta mañana, os invito también a que compartáis vuestra alegría conmigo. En efecto, hace 150 años que la cruz de Cristo fue plantada en vuestra

tierra, que el Evangelio fue anunciado por primera vez. En este día, damos gracias a Dios por el trabajo realizado por los misioneros, por los «obreros apostólicos» originarios de aquí o venidos de otros lugares, obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, catequistas y todos aquellos que, hoy como ayer, han hecho posible la difusión de la fe en Jesucristo en el continente africano. Deseo honrar aquí la memoria del venerado cardenal Bernardin Gantin, ejemplo de fe y sabiduría para Benín y para todo el continente africano.

Queridos hermanos y hermanas, todos los que han recibido ese don maravilloso de la fe, el don del encuentro con el Señor resucitado, sienten también la necesidad de anunciarlo a los demás. La Iglesia existe para anunciar esta Buena Noticia. Y este deber es siempre urgente. Después de 150 años, hay todavía muchos que aún no han escuchado el mensaje de salvación de Cristo. Hay también muchos que se resisten a abrir sus corazones a la Palabra de Dios. Y son numerosos aquellos cuya fe es débil, y su mentalidad, costumbres y estilo de vida ignoran la realidad del Evangelio, pensando que la búsqueda del bienestar egoísta, la ganancia fácil o el poder es el objetivo final de la vida humana. ¡Sed testigos ardientes, con entusiasmo, de la fe que habéis recibido! Haced brillar por doquier el rostro amoroso de Cristo, especialmente ante los jóvenes que buscan razones para vivir y esperar en un mundo difícil.

La Iglesia en Benín ha recibido mucho de los misioneros: ella debe llevar a su vez este mensaje de esperanza a quienes no conocen o han olvidado al Señor Jesús. Queridos hermanos y hermanas, os invito a que tengáis esta preocupación por la evangelización en vuestro país, en los pueblos de vuestro continente y en el mundo entero. El reciente Sínodo de los Obispos para África lo recuerda con insistencia: el hombre de esperanza, el cristiano, no puede ignorar a sus hermanos y hermanas. Esto estaría en contradicción con el comportamiento de Jesús. El cristiano es un constructor incansable de comunión, de paz y solidaridad, esos dones que Jesús mismo nos ha dado. Al ser fieles a ellos, estamos colaborando en la realización del plan de salvación de Dios para la humanidad.

Queridos hermanos y hermanas, os invito por tanto a fortalecer vuestra fe en Jesucristo mediante una auténtica conversión a su persona. Solo Él nos da la verdadera vida, y nos libera de nuestros temores y resistencias, de todas nuestras angustias. Buscad las raíces de vuestra existencia en el bautismo que habéis recibido y que os ha hecho hijos de Dios. Que Jesucristo os dé a todos la fuerza para vivir como cristianos y tratar de transmitir con generosidad a las nuevas generaciones lo que habéis recibido de vuestros padres en la fe.

akluno ni kɔn fɛnu tɔn lɛ do mi ji.
[Que el Señor os llene de su gracia]

On this feast day, we rejoice together in the reign of Christ the King over the whole world. He is the one who removes all that hinders reconciliation, justice and peace. We are reminded that true royalty does not consist in a show of power, but in the humility of service; not in the oppression of the weak, but in the ability to protect them and to lead them to life in abundance (cf. *Jn* 10:10). Christ reigns from the Cross and, with his arms open wide, he embraces all the peoples of the world and draws them into unity. Through the Cross, he breaks down the walls of division, he reconciles us with each other and with the Father. We pray today for the people of Africa, that all may be able to live in justice, peace and the joy of the Kingdom of God (cf. *Rom* 14:17). With these sentiments I affectionately greet all the English-speaking faithful who have come from Ghana and Nigeria and neighbouring countries. May God bless all of you!

[En este día de fiesta, nos alegramos del reino de de Cristo Rey en toda la tierra. Él es quien remueve todo lo que obstaculiza la reconciliación, la justicia y la paz. Recordemos que la verdadera realeza no consiste en una ostentación de poder, sino en la humildad del servicio; no en la opresión de los débiles, sino en la capacidad de protegerlos para darles vida en abundancia (cf. *Jn* 10,10). Cristo reina desde la cruz y con los brazos abiertos, que abarcan a todos los pueblos de la tierra y les atrae a la unidad. Por la cruz, derriba los muros

de la división, y nos reconcilia unos con otros y con el Padre. Hoy oramos por los pueblos de África, para que todos puedan vivir en la justicia, la paz y la alegría del Reino de Dios (cf. *Rm* 14,17). Con estos sentimientos, saludo con afecto a todos los fieles anglófonos, venidos de Ghana, Nigeria y los países limítrofes. ¡Que Dios os bendiga!]

Queridos irmãos e irmãs da África lusófona que me ouvis, a todos dirijo a minha saudação e convido a renovar a vossa decisão de pertencer a Cristo e de servir o seu Reino de reconciliação, de justiça e de paz. O seu Reino pode ser posto em perigo no nosso coração. Aqui Deus cruza-se com a nossa liberdade. Nós – e só nós – podemos impedi-Lo de reinar sobre nós mesmos e, em consequência, tornar difícil a sua realeza sobre a família, a sociedade e a história. Por causa de Cristo, tantos homens e mulheres se opuseram, victoriosamente, às tentações do mundo para viver fielmente a sua fé, às vezes mesmo até ao martírio. A seu exemplo, amados pastores e fiéis, sede sal e luz de Cristo na terra africana! Amen.

[Queridos hermanos y hermanas de lengua portuguesa en Africa que me escucháis, os dirijo mi saludo y os invito a renovar vuestra decisión de pertenecer a Cristo y servir a su reino de reconciliación, de justicia y de paz. Su reino puede estar amenazado en nuestro corazón. En él, Dios se encuentra con nuestra libertad. Nosotros – y solo nosotros – podemos impedir que rei-

ne sobre nosotros y hacer así difícil su señorío sobre la familia, la sociedad y la historia. A causa de Cristo, muchos hombres y mujeres se han opuesto con éxito a las tentaciones del mundo para vivir fielmente su fe, a veces hasta el martirio. Queridos pastores y fieles, sed para ellos ejemplo, sal y luz de Cristo en la tierra africana. Amén.]

Alocución del Papa, Benedicto XVI, durante la entrega de la Exhortación Apostólica Postsinodal a los obispos de África

Estadio de la Amistad, Cotonú. Domingo, 20 de noviembre de 2011

Señores Cardenales, Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, Queridos hermanos y hermanas

Durante esta solemne celebración litúrgica, hemos dado gracias a Dios por el don de la Segunda Asamblea especial para África del Sínodo de los Obispos, celebrada en octubre de 2009, sobre el tema *La Iglesia en África al servicio de la reconciliación, la justicia y la paz*: «Vosotros sois la sal de la tierra... Vosotros sois la luz del mundo» (Mt 5,13-14). Agradezco a todos los Padres sinodales su contribución a los trabajos de esta Asamblea sinodal. Mi gratitud se extiende también al Secretario General del Sínodo de los Obispos, Monseñor Nikola Eterović, por la labor desarrollada y por las palabras que me ha dirigido en vuestro nombre.

Después de haber firmado ayer la Exhortación apostólica postsinodal *Africae munus*, hoy tengo la dicha de entregársela a todas las Iglesias particulares por vuestro medio, Presidentes de las Conferencias Episcopales de África –tanto nacionales como regionales– y los Presidentes de los Sínodos de las Iglesias orientales católicas. Tras recibir el documento, comienzan las fases locales de asimilación y de aplicación de los contenidos teológicos, eclesiológicos, espiritual y pastorales de esta Exhortación. Es un texto que pretende promover, fomentar y consolidar las diversas iniciativas locales ya existentes. Y desea también inspirar otras más para la Iglesia católica en África.

One of the first missions of the Church is the proclamation of Jesus Christ and his Gospel *ad gentes*, that is the evangelization of those at a distance from the Church in one way or another. I hope that this Exhortation will guide you in the proclamation of the Good News of Jesus in Africa. It is not just a message or a word. It is above all openness and adhesion to a person: Jesus Christ the incarnate Word. He alone possesses the words of life eternal (cf. *Jn* 6:68)! Following the example of Christ, all Christians are called to reflect the mercy of the Father and the light of the Holy Spirit. Evangelization presupposes and brings with it reconciliation and it promotes peace and justice.

[Una de las primeras tareas de la Iglesia sigue siendo el anuncio de Jesu-

cristo y su Evangelio *ad gentes*, es decir, la evangelización de quienes están alejados de la Iglesia de una u otra manera. Deseo que esta Exhortación os guíe en la proclamación de la Buena Nueva de Jesús en África. Esto no es solo un mensaje o una palabra. Es sobre todo una apertura a una persona: Jesucristo, el Verbo encarnado. Solo Él tiene palabras de vida eterna (cf. *Jn* 6,68). Siguiendo el ejemplo de Cristo, todo cristiano está llamado a reflejar la misericordia del Padre y la luz del Espíritu Santo. La evangelización supone e implica también la reconciliación, prometiéndole la paz y la justicia.]

Amada Igreja na África, torna-te cada vez mais o sal da terra, desta terra que Jesus Cristo abençoou com a sua presença quando, nela, encontrou refúgio. Sê o sal da terra africana, abençoada pelo sangue de tantos mártires, homens, mulheres e crianças, testemunhas da fé cristã até ao dom supremo da própria vida. Torna-te luz do mundo, luz da África que muitas vezes, no meio das provações, procura o caminho da paz e da justiça para todos os seus habitantes. A tua luz é Jesus Cristo, «Luz do mundo» (*Jo* 8, 12). Que Deus te abençoe, África bem amada!

[Querida Iglesia en África, sé cada vez más sal de la tierra en este territorio que Jesucristo ha bendecido con su presencia cuando ha encontrado refugio en él. Sé la sal de la tierra de África, bendecida por la sangre de tantos mártires, hombres, mujeres y niños, testigos

de la fe cristiana hasta el don supremo de la vida. Hazte luz del mundo, luz de África, que muchas veces, a través de pruebas, busca el camino de la paz y la justicia para todos sus habitantes. Tu luz es Jesucristo, «luz del mundo» (*Jn* 8,12). Que Dios te bendiga, querida África.]

ÁNGELUS

Estadio de la Amistad, Cotonú. Domingo, 20 de noviembre de 2011

Queridos hermanos y hermanas,

Al término de esta solemne celebración eucarística, unidos por Cristo, nos dirigimos con confianza a su Madre para rezar el Ángelus. Después de haber presentado la Exhortación apostólica *Africae munus*, deseo confiar a la Virgen María, Nuestra Señora de África, la nueva etapa que se abre para la Iglesia en este continente, para que acompañe el porvenir de la evangelización de toda África, especialmente esta tierra de Benín.

María aceptó con júbilo la invitación del Señor para ser la Madre de Jesús. Que ella nos lleve a cumplir con la misión que Dios nos confía hoy a nosotros. María es la mujer de nuestra tierra que ha tenido el privilegio de dar a luz al Salvador del mundo. ¿Quién mejor que ella conoce el valor y la belleza de la vida humana? Que nunca cese nues-

tro asombro ante el don de la vida. ¿Quién mejor que ella conoce nuestras necesidades de hombres y mujeres todavía peregrinos en la tierra? A los pies de la cruz, unida a su Hijo crucificado, ella es la Madre de la esperanza. Esta esperanza nos permite afrontar lo cotidiano con la fuerza que proviene de la verdad manifestada por Jesús.

Queridos hermanos y hermanas de África, tierra hospitalaria para la Sagrada Familia, seguid cultivando los valores familiares cristianos. En un momento en que muchas familias están separadas, exiliadas y afligidas por conflictos interminables, sed los artesanos de la reconciliación y la esperanza. Que con María, la Virgen del *Magnificat*, permanezcáis siempre alegres. Y que esta alegría llegue al corazón de vuestras familias y vuestro país.

Con las palabras del *Angelus*, nos dirigimos ahora a nuestra querida Madre. Confiemos a ella las intenciones que llevamos en nuestro corazón, y pidámosle por África y el mundo entero.

Discurso del Papa, Benedicto XVI, durante la ceremonia de despedida

Aeropuerto internacional «Cardenal Bernardin Gantin» de Cotonú. Domingo, 20 de noviembre de 2011

Señor Presidente, Eminencias y excelencias, Autoridades presentes y queridos amigos

Mi viaje apostólico en tierra africana termina. Doy gracias a Dios por estos días que he estado con ustedes con alegría y cordialidad. Gracias, señor Presidente, por sus corteses palabras y por tantos esfuerzos por hacer agradable mi estancia. También quiero dar gracias a las diversas autoridades en este país y a todos los voluntarios que han contribuido generosamente al éxito en estos días. No olvido a toda la población beninés, que me ha recibido con calor y entusiasmo. Mi gratitud se extiende también a los miembros de la Iglesia católica, a los Presidentes de las Conferencias Episcopales nacionales y regionales que han venido hasta aquí y, por supuesto, y muy especialmente, a los obispos de Benín.

Quise volver a visitar de nuevo el continente africano, por el que tengo una especial estima y afecto, pues estoy íntimamente convencido de que es una tierra de esperanza. Ya lo he dicho en muchas otras ocasiones. Aquí se encuentran valores auténticos, capaces de aleccionar a todo el mundo, y que reclaman ser extendidos con la ayuda de Dios y la determinación de los africanos. La Exhortación apostólica post-sinodal *Africae munus* puede ayudar mucho a eso, pues abre perspectivas pastorales y suscitará iniciativas interesantes. Se la confío al conjunto de los fieles africanos, que sabrán estudiarla con atención y traducirla en acciones concretas en su vida diaria. El cardenal Gantin, ese eminente beninés, cuyo prestigio ha sido reconocido hasta el

punto de que este aeropuerto lleva su nombre, participó conmigo en muchos sínodos, aportando una contribución esencial y apreciada. Que él acompañe la aplicación de este documento.

Durante esta visita, he podido encontrarme con varios componentes de la sociedad de Benín, y los miembros de la Iglesia. Estos numerosos encuentros, tan diferentes en su naturaleza, dan testimonio de la posibilidad de una coexistencia armoniosa en el seno de la nación, y entre Iglesia y el Estado. La buena voluntad y el respeto mutuo no solo ayudan al diálogo, sino que son esenciales para construir la unidad entre las personas, los grupos étnicos y los pueblos. El término Fraternidad es también la primera de las tres palabras de vuestro lema nacional. Vivir juntos fraternamente, no obstante las legítimas diferencias, no es una utopía. ¿Por

qué un país africano no podría indicar al resto del mundo el camino a tomar para vivir una fraternidad auténtica en la justicia, fundada en la grandeza de la familia y del trabajo? Que los africanos vivan reconciliados en la paz y la justicia. Estos son los deseos que expreso con confianza y esperanza antes de salir de Benín y el continente africano.

Señor Presidente, renuevo mi más sincero agradecimiento, que hago extensivo a todos sus conciudadanos, a los obispos de Benín y a todos los fieles de su país. Deseo también animar a todo el continente a ser cada vez más sal de la tierra y luz del mundo. Que por la intercesión de Nuestra Señora de África, Dios les bendiga a todos.

ace mawu tɔn ni kɔn do benin to ɔ
bi ji [¡Dios bendiga a Benín!]



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANANOVIEMBRE

- Día 5: Con la presencia del Ilmo. Sr. Administrador Apostólico, Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Luis Quintero Fiuza, solemne Eucaristía en la parroquia de **San Miguel de Torneiros**, en la que se tendrá presente la memoria e intercesión del **beato Manuel Fernández Ferrero**, salesiano, natural de Paradiñas, en dicha parroquia. Y bendición una imagen del beato trabajada en la Casa dos Rosarios, de Braga, y una estampa en la que aparece la casa de nacimiento del beato, una breve biografía, con las fechas del bautismo, martirio y beatificación, y por el reverso, la oración de los beatos mártires, para ayudar a la piedad.
- Día 8: Presentación de los actos programados para la celebración de los 10 años del grupo Scout Axóuxere en la parroquia de San Pío X.
- Días 10: Inauguración de las actividades de los grupos de Vida Ascendente de la Diócesis.
La Sociedad Filatélica, Numismática y Vitófilica Miño, presenta, como todos los años, el sello dedicado a una parroquia que tenga como patrono a San Martín, este año la parroquia de San Martín de Lago.
- Día 11: San Martín de Tours, patrono de la Diócesis de Ourense, solemne Misa Pontifical en la Santa Iglesia Catedral Basílica de San Martín, presidida por el Ilmo. Sr. Administrador Apostólico, Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Luis Quintero Fiuza
- Día 17: Reunión del Consejo Episcopal en el Obispado de Ourense.
- Día 22: Presentación del número 6 de la Revista de los Archivos Catedralicio, Histórico diocesano y de la asociación de los Amigos de la Catedral *Diversarum Rerum*.
En el Liceo Orensano, presentación del cuadro titulado *La Cena de Emaus* del pintor Manuel Vidal, destinado a completar en programa iconográfico de la Capilla del Santo Cristo de Ourense.
- Día 23: Reunión del Colegio de Arciprestes en el Seminario Mayor.

Día 26: A las 11 de la mañana, Sesión de la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo en la Villa de Celanova e inauguración de la nueva sede de la misma.

A las 20 horas, Vigilia de Adviento en la S.I. Catedral.



DIÓCESIS
DE OURENSE
